

CAPITULO VIII

Valle del río Grande — Acequias — Vivac cerca de La Joyita — Visita de los apaches — Petroglifos indígenas — Lava augítica sobre las masas aluviales del valle — El río perfora una muralla de lava — Aves acuáticas y fracaso de una cacería — Dunas — Abusos de los mayores — Vistas de El Socorro — Valle de Valverde — Basalto — Matorrales de mezquite — Cascabeles — Tarántulas — Perdices — El Paisano — San Cristóbal — Desierto del Muerto — Observaciones geológicas y paisajes — Un monstruo vegetal — Doñana — Sierra de los Organos — Frutas — El Rancho Fletcher — Recordatorio — Desertores del Fuerte Fillmore — Razones del descontento — Desfiladeros del río Grande cerca de El Paso — Franklin y Macgoffinville.

Las numerosas y extensas acequias dan al valle del río Grande un carácter especial por cuanto afecta a su cultivo, y produce una grata impresión al viajero que viene de las llanuras. Este valle es un oasis largo y estrecho en un yermo de varias millas cuadradas por ambos lados; o, mejor dicho, es una serie de oasis como hoyas separadas por pasos rocosos y desfiladeros desnudos de vegetación. Año con año el río inunda cierta parte del valle, pero, debido a la muy escasa precipitación pluvial y a la falta de manantiales y arroyos que bañan esa tierra, la humedad que deja la inundación es insuficiente para cultivarla. Es verdad que desde las altas y rocosas sierras que en grupos aislados amurallan ambos lados del valle bajan quebradas cuya aspereza y cantos rodados son prueba de que fueron lechos de torrentes montañoses; pero estos lechos están completamente secos, excepto cuando, en raras ocasiones, se precipitan de las montañas impetuosos torrentes producidos por las lluvias. Estas correntadas llegan con violencia al río, y, en vez de fertilizar el valle, hacen estragos en él. Tan pronto como la inundación cede, el río baja a un nivel inferior al del valle, y los paredones de los barrancos quedan entonces a la vista como si fueran acantilados. Tanto en esto, como en el color leonado de sus aguas, el río Grande se parece al Misuri, al Arkansas, al Ohio, al Misisipi inferior, al Californian Colorado y a muchos otros ríos de la América del Norte. Los barrancos del río Grande, igual que los de aquellos otros ríos, de cuando en cuando se derrumban por la acción de las aguas, de manera

que los álamos y sauces de sus bordes van a parar al río, en tanto que en la orilla opuesta se forman nuevos bancos de arena que se pueblan de vegetación. Con esto la correntada abre nuevos cauces, y las aguas del viejo río quedan estancadas entre los álamos del valle. Debido a que los barrancos de las riberas son muy escarpados, el río se hace inaccesible a lo largo de muchas millas, razón por la cual los animales de la caravana, a pesar de estar a la orilla del agua, suelen sufrir de sed. Cuando por pura necesidad logran bajar con dificultad al río, no pueden después volver arriba. Por tanto, de serle posible, la caravana acampa cerca de alguna acequia, como hicimos en La Joyita.

Aun cuando el valle del río Grande ha sufrido mucho a causa de las incursiones de los indios, especialmente de parte de los apaches, no es raro ver dos o tres acequias —capaces cada una de hacer funcionar un molino— a lo largo de varias millas del valle, y a diferentes niveles, destinadas a regar tierras distantes del río y a niveles más altos. Este sistema de cultivo agrícola es desconocido en Estados Unidos, y es también contrario al espíritu individualista de sus habitantes; ya que un sistema de riego en gran escala presupone la injerencia legislativa y cortapisas a la libre disposición de la tierra por parte de su dueño. En Texas, en donde los mexicanos han seguido el mismo sistema agrícola —como en las vecindades de San Antonio, por ejemplo— están en decadencia y ruinas las acequias construidas por los españoles. Los agricultores que han llegado de otros estados de la Unión, por puro odio a los mexicanos, y a causa de algunos raros años lluviosos, dejaron perderse las acequias; en consecuencia, los últimos años de sequía les hicieron ver su error. En Nuevo México la naturaleza es muy caprichosa, y la inmigración insignificante, para que pueda temerse el completo abandono del bien fundamentado sistema, que con toda probabilidad es de origen indígena.

En nuestro campamento de La Joyita vi por primera vez cara a cara a los temidos apaches. Mientras almorzábamos llegaron dos indios a caballo; se apearon, estrecharon las manos y con toda naturalidad comenzaron a compartir nuestra comida. Vestían ropa de gamuza y traían buenos fusiles, que pusieron a un lado. Nos dijeron que pertenecían a la tribu de los mescaleros,²⁶ y uno de ellos se las echaba de jefe de tribu, pero sus rudos modales lo traicionaban. Los jefes indios, por lo general, son ceremoniosos y de porte distinguido. La fisonomía de esos dos hombres, a quienes al poco rato se les juntó una mujer, era muy semejante a la de los chinos, sobre todo por la nariz chata; sin embargo, también se ve entre ellos gran variedad de fisonomías, y vi después tipos bien perfilados y señoriales. Debido a que tienen hijos con mujeres mexicanas robadas, y a que la tribu suele adoptar a los niños prisioneros, se hace cada vez más difícil determinar la configuración facial y el color de la piel originales.

²⁶ El mescal es una clase de piñuela cuyas raíces se comen. Los indios californianos me dieron de una raíz dulce de la piñuela, que, me parece, es de la llamada mescal silvestre. Mescal es también el nombre de un aguardiente sacado de la piñuela. La tribu de la familia de los apaches toma su nombre de tal planta. La raíz es alimento básico entre muchas tribus indias.

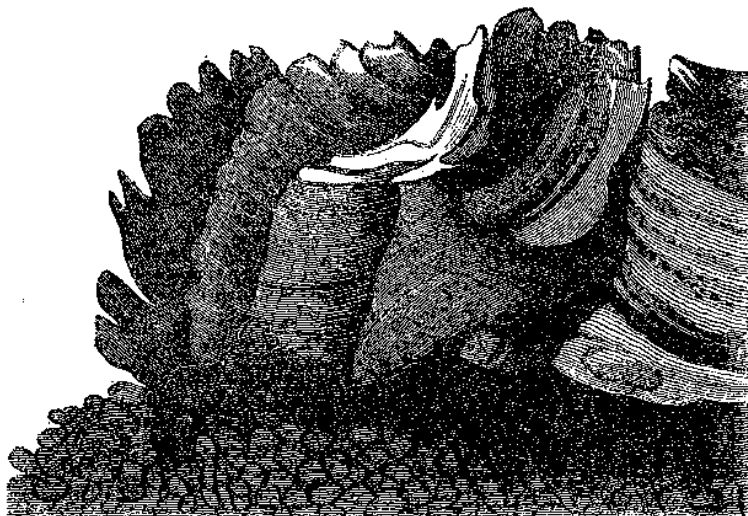
Quise aprovechar esta oportunidad para coleccionar unas pocas palabras de la lengua de los apaches, pero me fue muy difícil lograr mi propósito. Mis preguntas les disgustaron al principio, y no me contestaron. Luego me valí de una artimaña que me dio resultado. Les dije que yo sabía hablar esa lengua, y pronuncié unas palabras del comanche que yo conocía. El odio que los apaches sienten por los comanches llegó a tal punto que, para probarme la superioridad de su lengua, me enseñaron algunas palabras.

Por esta gente supe que no todas las tribus apaches hablan la misma lengua: La de los apaches de la Mina del Cobre y la de los del Gila, por ejemplo, distan mucho de ser como la de ellos, y no la entienden.

Nuestros huéspedes se fueron al anochecer. Esa noche dormí en las rondas de nuestro campamento, situado en una sabana cercana al pueblo; junto a mí se acostó el cocinero. De pronto nos despertaron el trote de unos caballos y los ladridos de nuestro perro. A cinco pasos de nosotros vimos a dos indios montados. En un segundo encañoné con mi escopeta a uno, y el cocinero, tomando uno de mis revólveres, apuntó al otro, mientras el perro se colgaba del pescuezo de una de las bestias. "¡No tira, compadre!", exclamó uno de los indios. "¿No conoce a sus amigos, los apaches, que vuelven a tomarse una taza de café con usted?" Les dijimos que no recibíamos visitas de noche, que se largaran; pero que si querían podían volver en la mañana a desayunarse con nosotros. Se fueron refunfuñando, y, cuando se habían alejado un poco, uno de ellos se volvió y me dijo: "¡Oiga, amigo!, los apaches somos buenos, nosotros somos amigos suyos, pero los de allá son bandidos!", calificando así a los de La Joyita. En la mañana los esperamos en vano; y más tarde los vimos rondar con ocho o diez más en una loma vecina. No queda duda de que su visita nocturna tuvo por objeto pulsar nuestra vigilancia, y sólo gracias a que el resto de nuestros hombres se encontraba cuidando las mulas a media milla de allí fue que no ocurrió nada desagradable.

Más allá de La Joyita el valle se estrecha, y el río se encauza en una cañada que corta una planicie de nivel más alto que cruza el valle. Por su lado oeste se yerguen altas y escarpadas sierras, con formaciones columnarias que quizá sean de pórfido. Entre los cerros hay una fuente de agua termal. Una muralla plana de lava augítica cruza el valle, y a través de ella se abre paso el río; el camino va por esta loma de lava, al lado este del valle, y es muy dificultoso a causa de las arenas sueltas que a trechos cubren las lajas. Mientras la caravana avanzaba penosamente, yo seguí el curso de la cañada tajada por el río, y subí sobre las peñas de la falda. En cierto lugar, por un sendero poco trillado que sube del valle a la cumbre, vi algunos petroglifos. En esta misma obra trataré más adelante de muchas tallas similares, así que ahora paso a otra cosa.

Cerca de este lugar hay un muy interesante estrato de lava augítica. Yace sobre una masa aluvial semejante a la de la meseta de California, famosa por sus yacimientos aluviales auríferos.



Más allá el río Grande serpentea a través de prados de gran belleza pringados de álamos; y en las riberas del río hay también de esos mismos árboles. En la entrada del valle di con un viejo caño del río; en él había millares de varias clases de gansos y de patos, y grandes bandadas de garzas poblaban sus riberas. Cogiéndome de los matorrales subí acercándome a ellos hasta colocarme a distancia de hacerles tiro. Al dispararles los dos cartuchos de mi escopeta salieron volando nubes de aves acuáticas cuyo aleteo y chillidos llenaron los aires. Gansos y patos quedaron en el agua dando aletazos; estaban heridos, pero al acercarme a cogerlos sacaron fuerzas y lograron escapar. Me metí al agua que me llegó a la cintura, con un revólver en la mano, pero sólo pude coger un pato, al que rematé de un tiro.

Habiéndome alejado de la caravana, llegué a unos montículos de arenas a la deriva que cubrían la roca augítica. Eran de forma exacta a las lomitas de nieve que se forman en los Alpes. Estas formaciones me recordaron vivamente aquellos paisajes europeos. Ya me había alejado varias millas de mis compañeros, cuando me di cuenta del peligro que corría allí. Así pues, cargué de nuevo la escopeta y me dí a buscar el camino más corto para reincorporarme a la caravana.

Continuamos viaje y vivaqueamos más allá de Sabino. Algunos de los hombres pidieron permiso para volver al pueblo en el que esa noche había baile. Se les concedió; pero, una vez allí, un norteamericano despertó los celos de un campesino mexicano y fue agredido por una turba. Al verse en tal aprieto sacó su pistola y disparó un tiro sin herir a nadie; pero por dicha todo terminó felizmente como en las óperas cómicas. Ya he dicho que los mexicanos que viven en la frontera son con frecuencia víctimas de la arrogancia y violencia de los norteamericanos. La noche siguiente uno de los mayores encontró a un mulero mexicano dormido en su puesto de guardia, y, para despertarlo, le dio tan tremendo golpe que le abrió en la

cabeza una herida de dos pulgadas. Por poco lo mata, y el mayoral se jactaba abiertamente de que esa había sido su intención.

El camino que va por el valle corre a veces al pie y otras sobre las colinas que forman las terrazas laterales más bajas. Bajo un punto de vista geológico, estas últimas son en parte simplemente las porciones separadas de las aglomeraciones aluviales adyacentes a las montañas, o consisten de llanuras o bancos de corrientes de lava basáltica o augítica que han llenado parte del valle, como en La Joyita. Esos bancos que cerca de los Fuertes Conrad y Valverde forman un precipicio semicircular y perpendicular hacia el fondo del valle, son de piedra basáltica, en parte compacta y en parte porosa, con numerosos granos de olivino, y un relleno yesoso en muchas de las cavidades, substancia ésta que no pude examinar detenidamente. Sobre la superficie de la colada de lava que yace sobre el estrato aluvial del valle, hay ahora recientes depósitos de guijarros, cascajo y arena.

Al pie de esta loma crece una vigorosa vegetación de yerba alta, y también arbustos entre salpicaduras de álamos. Esta es excelente tierra labrantía. Uno de los más bellos parajes de la zona es el Valle de Valverde, sobre el que se asienta un pequeño poblado del mismo nombre. Si no estuviera, al igual que el resto del valle, expuesto a los ataques de los pieles rojas, sería uno de los lugares más adecuados que he visto en todos mis viajes por América del Norte, para una ciudad permanente. Cuando pasamos por allí no vivía más que un norteamericano con sirvientes mexicanos. La tierra no era suya, pero se había adueñado de ella.

Uno de los más hermosos panoramas que el valle del río Grande ofrece al viajero, es el que se domina desde la cumbre de los cerros de más allá de Parida, al otro lado del valle, con el pueblo del Socorro al pie de una alta montaña. El camino que va sobre la loma corre al borde de un despeñadero, al pie del cual el río Grande —en cuyo lecho se ven bancos de arena gris— fluye entre álamos y sauces que pueblan la pradera. En el límite de ésta, que a distancia se ve cortada por una acequia, está el pueblo con sus techos planos; y detrás de él se yergue la sierra —desnuda desde la base a la cumbre— en terrazas una sobre la otra, sustentada su mole por rocas columnarias. Como en todas las sierras que bordean el río Grande, grupos dispersos de mezquite, "*Larrea mexicana*" y varias clases de artemisa, con una que otra mata de espadillo o de algún cacto, constituyen la fisonomía del primer plano de este paisaje. En donde la tierra es de aluvión, el mezquite predomina.²⁷ Yo no sé si todo lo que es mezquite, de Texas a California, lo incluyen los botánicos en la especie de "*Algarobbia glandulosa*". Porque si es así, esta mimosa resulta ser entonces un perfecto Proteo. En Nuevo México es una mata con ramas y vás-

²⁷ Los norteamericanos, que mutilan todo nombre español o mexicano, dicen musquito en vez de mezquite; y desde Texas a California, en libros y periódicos, aparece la palabra compuesta árbol-de-musquito, arbusti-musquito, yerba-musquito, y así por el estilo. Pero esa palabra no tiene ninguna relación con la voz jején o mosquito, sino que es una palabra azteca: "mezquitl". La yerba toma su nombre del arbusto.

tagos que brotan del suelo, o mejor dicho desde las raíces; en Texas es un arbusto; y en el Gila y el Colorado es un árbol de buen tamaño que se propaga hasta formar bosquecillos. Si se comparan estas variedades, son tan diferentes que una persona sin conocimientos científicos puede confundirse creyéndolas varias especies del mismo género. Los mexicanos las dividen en dos clases: las vainas de una son comestibles, las de la otra no. Más adelante hablaré de este árbol o arbusto; dejando para entonces todo lo que tenga que decir al respecto. En el curso medio del río Grande el mezquite crece por lo común en dunas bajas que forman los caprichos del viento. Estas plantas prefieren tal clase de terreno, porque donde quiera que sea firme y fuerte, allí crecerá la "*Larrea mexicana*". Los matorrales de mezquite y los montículos de arena son el habitat preferido de cascabeles y tarántulas. En algunos lugares de Nuevo México, las cascabeles se encuentran a cada cien pasos, más o menos, y en mi viaje maté un día cinco en pocas horas. Las había en todas partes. El peligro aquí es mucho menor que entre la yerba de la pradera. En Nuevo México, la tierra en donde los matorrales crecen separados, es por lo común pelada, de modo que en el día no es fácil tropezar por descuido con una cascabel. Al salir a cazar las preciosas perdices californianas —de curvo copete de plumas— debe uno ser muy cauteloso cuando se mete en un matorral espinoso de mezquite. La carne de esta gallarda ave es muy buena; abunda en el Gila y el Colorado. El cucillo o cuco terrestre (*Geococcyx viaticus*) tiene también sus características. Lo vi correr con frecuencia delante de mí en varias partes del país; y son tan veloces que en los sotobosques es muy difícil cogerlos. Los mexicanos lo llaman paisano, corrupción de su nombre en latín que es "Faesano". Se parece mucho al faisán, sobre todo por su cola larga y velocidad para correr, pero es mucho más pequeño. En Texas y California se le da el nombre de correcamino. Muchos me dijeron que se alimentan principalmente de cascabeles.

Habiendo dejado atrás Valverde, y el Fuerte Conrad, que queda en sus inmediaciones, llegamos a San Cristóbal. Probablemente este lugar estuvo habitado alguna vez. Es una pequeña parte del valle, confinado al este y al sur por una cuesta de basalto. El río fluye en dirección oeste pasando por una serie de desfiladeros entre esta planicie y las sierras que se asientan en ella; y sigue su curso, por unas cien millas, sobre una hendedura rocosa donde los vagones no pueden pasar, y cuya tierra es apenas cultivable. El camino, pues, asciende, en dirección al sur, sobre la cuesta basáltica, y continúa por una llanura de noventa millas, entre distantes serranías situadas al este y al oeste. Esta meseta lateral del este del río Grande, con promedio de siete a ochocientos pies más alta que el lecho del río (el cual en esta zona desciende casi cuatrocientos pies) se llama Jornada del Muerto. La mala reputación que se le achaca es injusta, pues en esas noventa millas es raro que falte completamente el agua; y aun cuando este fuera el caso, no es cosa que infunda gran temor a viajeros que conducen vagones bien provistos desde Texas a California. Con mulas se puede recorrer esa distancia sin tener que llevar agua; en todo el camino, que en su mayor parte es muy bueno, hay excelente forraje.

Pero esto no fue así al principio. La cuesta es arenosa, y en partes el camino pasa sobre pedregales. Llegamos al fin a lo plano de la meseta. Y más o menos la mitad de los vagones habían llegado a la cima cuando se desató un aguacero que nos empapó hasta los huesos. En ese estado estuvimos trabajando hasta bastante entrada la noche, teniendo que enganchar doble número de bestias de tiro a los vagones rezagados para que pudieran subir. Para las mulas no había pasto arriba, así que las llevamos de nuevo al valle, en donde estuvieron vigiladas toda la noche. La jornada del siguiente día no fue trabajosa ni desagradable. Debido a lo avanzado de la estación, la yerba estaba ya un poco marchita, pero en las orillas del camino había muchas lindas flores tardías, y allí vimos, por primera vez, un arbusto de la especie del espadillo que, junto con las obscuras rocas de la montaña, matizaban el paisaje dándole un toque completamente nuevo. Venados, liebres, conejos y bandadas de garzas, daban vida a esa llanura sobre la que seguimos en silencio nuestro viaje de treinta millas, hasta la laguna, a cuya orilla acampamos de noche.

Esta laguna y otra más pequeña, situada pocas millas al sur, recogen agua de lluvia durante unos tres meses del año. Ninguna de las dos tiene desagüe. Grandes bandadas de patos cubrían la superficie, en tanto que centenares de gigantescas garzas grises caminaban majestuosamente entre la alta yerba de las riberas. Estas aves son muy ariscas, por lo que no pudimos tirar ninguna. Durante la noche estuve oyendo el aleteo de bandadas de garzas, gansos y patos que volaban con rumbo oeste sobre la llanura, en busca del río Grande.

A mediodía del día siguiente descansamos a la orilla de la otra laguna. A nuestro alrededor se erguían los bordes de la pradera en grupos aislados de cerros desnudos, escarpados y de ásperos perfiles. La llanura se prolonga entre ellos hacia el norte, el sur y el oeste, hasta llegar al río Grande, mientras que por el este topa con la meseta pasando los desfiladeros de los montes que quedan entre la Sierra de los Jumanes, la Sierra del Caballo y otras más. La lluvia de la tarde nos impidió llegar a Alemán, punto en el cual teníamos en mente pernoctar, porque allí hay agua. La noche fue clara, y en la mañana amaneció escarchado el suelo.

Siguiendo nuestro camino llegamos a una serranía que corta la llanura. La tierra es de barro rojo, guijarros y fragmentos de piedra caliza, arena ferruginosa, pedernal, sílex negro, carniola, jaspe y madera silicea. La vegetación predominante es de "*Larrea mexicana*". En otras veredas hay muchas otras clases de plantas, en especial de la familia del ajenojo o amargura (*Artemisiae*), y una quenopodiácea de hojas grises. Dispersos entre estos matorrales crecen espadillos como arbustos; a medida que el viajero avanza hacia el sur nota que sus tallos crecen más altos. La planta se asemeja ya a una palmera pequeña, por lo cual adquiere el nombre de palmitilla. El desproporcionado grosor del tallo es efecto de las hojas marchitas que lo arropan. Al atardecer llegamos junto a un núcleo de lomas bajas de traquita. La traquita está bordeada de piedra caliza, la cual

tiene cierto parecido con la del aguadero Ojo de Verendo. Esta traquita está bastante estratificada ya, y en algunas partes aprisiona fragmentos de hornablenda, pedernal y otras clases de rocas, lo que le da trazas de mármol de brecha. Los trajinantes americanos llaman a este lugar Point of Rocks, pero los mexicanos lo nombran Perilla.

Grupos aislados de cerros confinan por el oeste con la meseta de la Jornada del Muerto. Los del este forman una larga e ininterrumpida cordillera fragmentada, haciéndose más altos, escarpados y de perfiles irregulares por el sur. A la mañana siguiente apareció a la vista, al otro lado de una depresión de la cordillera, el pico nevado de la Sierra Blanca. Al sur de la meseta, por donde el terreno desciende hacia el río Grande, se alza un núcleo circular de lomas rocosas como una isla en la llanura, que parecen ser restos de un viejo volcán. Del lado de allá, por la izquierda, se yerguen los afilados picos de la Sierra de los Organos, sierra que es el extremo sur de la cordillera. Las luces del crepúsculo vespertino maticaban de mágica belleza estos montes, color tabaco, sus sombras negras, y por otro lado los altos picachos de la más lejana Sierra de los Organos se bañaban en delicados tintes lila y violeta, con opacidades de intenso azul, haciéndolos aparecer como una sólida masa de lepidolita.

Paramos en un lugar donde la meseta comienza a descender en dirección al sur. Cuando desperté a las 3 de la mañana estaba el campo completamente escarchado. Yendo de camino pegamos fuego a las hojas secas de unos espadillos que ardieron, junto con sus tallos, como leña crepitante; eso nos calentó un poco. Al rayar el alba llegamos al valle. Nuestro viaje a obscuras me impidió examinar el núcleo aislado de montes que mencioné, los cuales, desde un punto de vista geológico, deben ser muy interesantes. Si la distancia no me engañó, rocas volcánicas, plutónicas, metamórficas y sedimentarias, se apretujan aquí en un pequeño espacio y pueden ser fácilmente examinadas. Es un pequeño laboratorio de geología.

Junto al río el escenario es igualmente llamativo. Hay un alto, escarpado y rocoso cerro al otro lado del valle. Los álamos crecen en el territorio llano, y la loma arenosa que habíamos bajado estaba cubierta de altas matas de espadillo y de gran variedad de matorrales; mientras que detrás de esto, hacia el este, los lejanos picos de los montes más elevados se veían sorprendentemente cerca. Aquí encontré por primera vez el gigantesco "*Echinocactus wislizeni*", un auténtico monstruo vegetal. Imagínese el lector un cuerpo verde en forma de barril, de tres a cuatro pies de alto por tres de ancho, cubierto por macollas de espinas largas y tan duras que pueden infligir una herida mortal; las del centro de la macolla son curvadas, como ganchos auténticos. Las rocas del precipicio junto al cual pasa el camino son de piedra arenisca, con vestigios volcánicos. La montaña del otro lado del valle parece ser de esa misma formación geológica. Los fragmentos de la loma aluvial son de origen plutónico: basalto, pórfido, traquita, y, en fin, toda la variedad del cuarzo y la calcedonia.

Hicimos alto para pasar la noche como a una milla de Doñana, pueblito bellamente situado. Los picos de la Sierra de los Organos, aunque casi a medio día de camino de allí, se veían tan cerca de los techos planos de las casas, que parecían ser una muralla de peñascos hecha expreso para la localidad.

Esta sierra, en donde hay una productiva mina de plata, es uno de los más interesantes distintivos del panorama de las inmediaciones del río Grande. Es un conjunto de picos cuya posición vertical le da el nombre que tiene. Sin embargo, su parte central es la que verdaderamente merece tal nombre, ya que por el norte y el sur su conjunto es más ancho y más compacto.

En este valle se dan muy bien la uva y muchas frutas. En Doñana, y después en Las Cruces, compramos ricas uvas, buenas manzanas y peras regulares. Los vinos, las peras, los duraznos y las uvas pasas, son importantes rubros de comercio, y se exportan del valle del río Grande a Chihuahua. Las peras pasas de El Paso son las mejores del mundo.

Una casa grande fortificada que lleva el nombre de su dueño —Rancho de Fletcher— se alza ingrima en el camino entre Doñana y Las Cruces. Sus tierras son extensas, pero su dueño dedica más atención al comercio que a la agricultura, y la casa es, en realidad, una tienda grande. Es más que probable que al ser escogido este lugar se haya pensado en el contrabando de mercaderías que podía hacerse con la ciudad de Mesilla. Porque ésta queda al otro lado del río Grande, y cuando se abrió la tienda México no había vendido todavía esa tierra a Estados Unidos, cosa que no ocurrió sino hasta unos años después. Pero en un solitario lugar como éste es más lucrativo negociar con mercancías prohibidas que trabajar una hacienda, puesto que los apaches prefieren cometer sus tropelías en des poblado antes que contra manadas de ovejas y caballos de una casa fortificada. Aquí aprendí una lección que me sirvió de mucho en las partes más pobladas de Nuevo México. Me había quedado solo en el Rancho de Fletcher hasta media hora después de haber salido de allí la caravana, e iba ya a caballo detrás de ella para alcanzarla, cuando me topé con dos norteamericanos con quienes cambié unas pocas palabras. Pocos días después, en El Paso, supe que los pieles rojas los habían asesinado cerca del sitio donde me los encontré.

El Fuerte Fillmore, que no es otra cosa que un simple puesto militar, tenía en aquellos días una guarnición de 200 soldados de infantería y 200 dragones. Acampamos dos millas más allá del valle, en donde su anchura es muy grande, y en donde el río se bifurca formando entre sus brazos una isla de muchas millas cuadradas. Del fuerte llegó a visitarnos un soldado alemán. Se quejó de maltrato, pero su jovialidad, apariencia de bien comido y uniforme de magnífica calidad contrastaban fuertemente con su decir. Portaba un hermoso rifle de caza y andaba en busca de una liebre o pavo para mejorar su mesa; liebres y pavos abundan en el valle. Pero quería desertar. Algún tiempo después me lo encontré en territorio me-

xicano, a donde había llegado junto con otros compañeros del Fuerte Fillmore, todos con buenas armas y caballos. (En Chihuahua los altos oficiales del ejército montan muy hermosas bestias, las que por una bagatela compran a los desertores). Pregunté al hombre la causa de su descontento, y me dijo que era la rebaja arbitraria del sueldo extra que debía pagárseles por hacer trabajos en el campo, y de construcción, labor que de vez en cuando se exigía a la guarnición. El sueldo extra era de 18 centavos de dólar diarios, que el comandante, el comisario y otros oficiales se embolsaban; esos hombres vivían regimiento y hasta ahorran dinero, según el desertor. Pero si eso es verdad debemos admirar doblemente la largueza del Tío Sam que, a pesar de tan gran peculado, el soldado tiene más de lo necesario. En todos esos fuertes el viajero puede comprar comida, que allí sobra, y capas; y éstas tan poco usadas que muchos de mis conciudadanos las lucirían con orgullo. En Europa es apenas posible formarse una idea del lujoso uniforme y de la excelente manutención del ejército de Estados Unidos; y si desde el punto de vista militar esto se considerara de primordial importancia, el sistema sería digno de ser admirado. Esta esplendidez, sin embargo, es de la misma índole del despilfarro que hace el Congreso al imprimir sus documentos oficiales, que no tienen, por cierto, ningún mérito literario. El gobierno de Estados Unidos actúa, en este caso; como el nuevo rico de escasa educación que derrochando su dinero se empeña, sin ningún provecho, en adquirir posición en los círculos sociales. La causa de las frecuentes deserciones en los fuertes fronterizos es que los oficiales tratan con altanería a los soldados rasos, desaprovechando de esa manera la beneficiosa influencia que de otro modo podrían ejercer fácilmente sobre ellos. En estos fuertes, colocados como están en lugares deshabitados, la mutua comprensión entre oficiales y soldados es de suma importancia. La mayoría de las deserciones se debe, pues, a esa estúpida animosidad. Una buena parte del valle más allá del Fuerte Fillmore está despoblado. Vivaqueamos en un punto en donde el camino pasa junto al río. Se llama Los Alamitos y es uno de los más bellos parajes de los linderos del río Grande. Estábamos en un bosquecillo de viejos álamos, por entre los cuales se divisan los picachos dispares de la Sierra de la Soledad. Las mulas fueron apacentadas a la luz de la luna, y como siempre, bien vigiladas. Pero a pesar de nuestra atención, una de ellas amaneció con un flechazo en una pata; prueba de que un indio anduvo muy cerca de nosotros.

A fin de apresurar el papeleo de la aduana en la frontera mexicana de El Paso, Mr. Mayer se adelantó conmigo a la caravana. Era una jornada de más o menos veinticinco millas. No vimos nada de particular en el valle hasta que llegamos al punto en donde el río fluye por entre el estrecho desfiladero de más allá de El Paso; pero la zona se vuelve allí muy interesante. La serranía alarga aquí hacia el este una estribación que se separa del núcleo principal de las Sierras de la Soledad y de Los Organos, y sigue por el otro lado del río en dirección norte hasta formar un grupo de cerros. Entre estas altas sierras, el valle se llena de lomas pedregosas por en medio de las cuales el río se ha labrado un lecho angosto. En la entrada del valle hay rocas areniscas, en tanto que más abajo el compo-

nente de las lomas es granito y pórfido. Conectado con ellas hay estrato metamórfico, que parece fue originalmente piedra arenisca, e incrustadas en el estrato se ven claramente conchas.²⁸ Al pie del raudal hay un molino perteneciente a Mr. Hart, oficial norteamericano que peleó en la guerra méxico-americana y que, habiéndose casado con una dama mexicana de las más encopetadas familias de Chihuahua, levantó una hermosa casa y llevó allá buena maquinaria. Quiere mucho valor hacer lo que él hizo. El camino que va por los cerros vecinos es malo e inseguro. Los viajeros, aún los carreteros más pobres, caminan siempre armados. La situación del molino es agreste y extraña en medio de esa naturaleza tan típicamente neomexicana. Los cerros que bordean el valle son puntiagudos y rocosos, rasos, grises y de muy caprichosas formas. De sus bases se extienden hacia el valle planicies aluviales que unidas a las rocas próximas al río forman una barra a través del valle. El río corre con ímpetu entre rocas desprendidas de los cerros. En sus riberas sólo crecen unos pocos álamos; ningún otro árbol. Pero, no obstante la falta de verdor, se halla entre las rocas una variadísima, interesante y linda flora. En medio de una casi infinita multiplicidad de plantas enanas surgen racimos de verdes y largos renuevos de "Fouquieras". Una mata alta de espadillo, de hojas ensiformes, lanza al aire su corona palmeada; mientras que por doquiera se ven los gigantescos equinocactus. La opuntia reptante en terreno pedregoso, y pequeñas equinocactáceas brotan entre lozanas mamalóneas. Pequeños magueyes, en racimos que los mexicanos llaman lechuguillas, se esparcen en el suelo como yerba. Todas estas plantas, rígidas, hirsutas y espinosas, armonizan curiosamente con el terreno pedregoso y los escarpados cerros sin asomos de vegetación. Pero en la primavera, cuando el mezquite se viste del verde tenue de su fresco y plumoso follaje y de flores cerdosas, cuando los gigantescos retoños del espadillo se coronan con centenares de blancas campanillas —blancas como los lirios del valle— aunque tan grandes como el tulipán; cuando los renuevos de la "Fouquiera" se engalanan de panículas escarlata, y en el suelo los grandes capullos rojo-encendido de las mamalóneas encienden la vista; cuando un cielo azul de Prusia —de brillo tan lúcido que un escandinavo no podrá nunca imaginarse— se expande sobre el paisaje, cuando el aire da al ambiente la más exquisita sensación de salud y fuerza, y de vigor para realizar cualquier empresa, entonces rendimos pleitesía a la belleza de este extraordinario país.

Tales son las características del escenario por el cual me llevará mi prolongado viaje; así que, para evitar repeticiones, de aquí en adelante sólo me referiré a los más claros distintivos de cada zona. Los mexicanos llaman chaparral a un sitio poblado de arbustos enanos que crecen abundantemente en la mayor parte del norte de México. Al principio se aplicó el término a una espesura de encinas, llamadas entonces chaparras. Pero ahora tiene un significado más amplio, aunque no al extremo de como lo aplican los norteamericanos, que a toda espesura o maleza de México, y

²⁸ Mr. Bartlett, en su libro "Personal Narrative", habla de piedra caliza. Yo no ví nada de eso. Pero como mis dos viajes no me permitieron hacer detenidos estudios científicos, puede ser que él tenga razón.

de tierras que fueron antes mexicanas, pero ahora de Estados Unidos, lo llaman chaparral. Es evidente que el término se corrompió en su proceso de adopción.²⁰

A mediodía entramos en El Paso. La ciudad yace en la margen occidental del río, que vadeamos a caballo. Pero en la noche regresamos a la margen oriental, en donde están situadas Franklin y, unas dos millas más allá del valle, Macgoffinville, pueblos pertenecientes a Texas. Actualmente sólo tienen unas cuantas casas. Cerca de Franklin están las construcciones abandonadas de adobe del viejo Fuerte Franklin, estadounidense, que fue trasladado a las inmediaciones de Macgoffinville con el nombre de Fuerte Bliss. Pasamos la noche en este poblado, en la fonda de un alemán. Este hombre ha olvidado mucho de su idioma materno, y también del inglés que aprendió en Estados Unidos; el idioma francés, que llegó a dominar, se ha borrado casi completamente de su memoria; y de español sólo sabe unas pocas frases. En resumen, no habla bien ninguna lengua. Tenía el hombre un billar y todo cuanto apetecen los bebedores. En otro respecto sus bienes eran muy limitados, bienes que, a no ser por la vida que nos ha tocado vivir, diríamos que son deleznable. Café con leche y un pan bien horneado fueron lujos que nos dimos allí, y dormí otra vez en una cama tan profundamente, y me desperté tan revigorizado, que olvidé el desaseo de aquel hombre que en la mañana me llevó un mantel sucio en vez de toalla.

²⁰ Hasta Mr. Bartlett lo deletrea siempre "chapporal".

CAPITULO IX

El Paso y sus contornos — Paisajes — Productos — Arboles y mena de plata en los cerros — Estratos en los montes próximos a Franklin — Inseguridad del país — Indios pueblo — El estudio geodésico del coronel Langberg de la frontera mexicana — Arreglos con los funcionarios aduaneros y su falsía — Continuación del viaje — Dos caminos — Viajeros armados y caballería mexicana — Fracaso de colonias militares — Guadalupe — Expedición de los lugareños — Topografía del camino — El Cantarrecio — El paso de la Sierra de la Ventana — Charcos del Grado — Remolinos y columnas de polvo — Cerro del Lucero y Ojo del Lucero — Primavera en la cumbre de una loma — Eflorescencias de soda — Laguna de los Patos y panorama de la llanura — Ojo de la Laguna — Carrizal — Riqueza moribunda de la localidad — Ojo Caliente — Peces de agua tibia — Chihuate — Huesos de hombres y de animales — Gran hacienda de ganado — Manada de antílopes — Laguna de Encinillas — Llegada a Chihuahua

El Paso es una pequeña ciudad aparentemente desierta, cuya población, como a menudo ocurre en la América hispana, primero negligente, y después retrógrada, se ha dejado desmoralizar por la influencia de elementos foráneos. Sus habitantes le calculan 5,000 almas; pero la ciudad se esparce en casas aisladas entre montes y valles, huertas y viñedos, a lo largo de los álamos que bordean el río, en una extensión de ocho o diez millas, con un total de 14 a 15,000 habitantes. Su mercado llama la atención del forastero. A un lado está la iglesia que es un edificio rectangular con una sola nave de techo plano, sin ningún rasgo de belleza arquitectónica. Tiene su torre separada. Al otro costado del mercado hay casas de dos pisos con portales sostenidos por pilares ordinarios. El perfil de los cerros desnudos se recorta detrás de los techos. En su mercado primitivo se acucillan las indias ante sus bateas de cebollas, frijoles, chile, frutas frescas y papas, etc. Todo allí es caro, lo cual contrasta extrañamente con la pobreza del lugar. Pero todas las familias siembran lo que consumen, y puesto que puede pasar un día entero sin que ningún viajero o comerciante norteamericano se aparezca por esos lados a comprar media docena de

huevos o un melón —que quizá sea todo el haber de una pobre mujer— el valor de su espera lo agrega la vendedora al precio del artículo. Pero bien, eso mismo sucede en casi todo Hispanoamérica.

Los jardines y huertas de El Paso se riegan con agua del río. Nada crece allí sin ella; viñedos y demás sembrados dependen de esa agua. Por donde quiera se ven las acequias que fertilizan el suelo. Su clima es delicioso. Está la ciudad a 3,800 pies sobre el nivel del mar, y las parcelas bien cultivadas contrastan vivamente con las faldas de los cerros grises y rocosos de las inmediaciones. Eso es lo que da al lugar el encanto peculiar de los paisajes del norte de México, que tiene algo de la fisonomía que distingue al oriente y al norte de África.

Mejores casas y más seguridad para la vida humana en la zona harían de El Paso una ciudad encantadora, aunque a decir verdad sus alrededores serían extraños y poco amenos para el gusto alemán. Quienes prefieren el verdor, las masas de follaje, y la niebla perlina típica de nuestros paisajes nórdicos, encontrarían aquí una atmósfera demasiado transparente, el cielo demasiado azul y metálico, la belleza de los yermos en extremo severa y plástica, y, sobre todo, la visible falta de verdor. Le hice ver esto a un inteligente paseño, y su respuesta fue: “En México creemos que lo verde es más para el ganado que para la gente”; y todo comerciante sabe que los géneros de ese color no tienen aceptación allí. Hay ciertos productos de las huertas y sembrados del campo que merecen comentario. Los vinos se hacen de uva muy buena, pero debe perfeccionarse su cultivo y beneficio con un mejor manejo para hacerlos de primera calidad; los que se fabrican ahora son una mescolanza de Málaga y vinagre. De la uva hacen mucho aguardiente. En El Paso comen las uvas pasas cocidas, como en Europa se comen las ciruelas pasas. El membrillo abunda en las huertas. Las peras sólo son buenas cocidas, pero su sabor es delicioso. El albaricoque, que no se cultiva en Estados Unidos, y aquí sí, es pequeño y poco recomendable. Los duraznos son cualquier cosa, y las manzanas se dan mejor en las zonas más frías de la Sierra Madre; pero la calidad de todas estas frutas puede mejorarse fácilmente. Hay gran variedad de legumbres; el tamaño y el sabor de las cebollas son extraordinarios, y mejores que las de California.

Con la salvedad de los árboles frutales de los jardines y las huertas, y de los álamos y sauces de las orillas del río, en las cercanías de El Paso no se ven otros. Los chaparrales de las serranías son como ya los describí, y se los encuentra, con ligeras variaciones de orden botánico, en lugares como los mencionados y hasta más allá de Chihuahua. Pero en la cordillera del noreste de El Paso hay bosques de pinos en sus laderas orientales, y ya hay establecidos allí leñadores norteamericanos que serruchan tablas a mano. La única madera de aquí es el álamo, y la labran los carpinteros y ebanistas. Dícese que las montañas de los costados del valle son ricas en mena de plomo. Un norteamericano halló en un pinar grandes terrones de ese metal, y lo fundió sin separar el plomo de la plata que contenía. No supe cuál fue el resultado de tan rudimentario laboreo.

Debido a la inseguridad del país y al limitado tiempo de que disponía, no pude examinar la estructura geológica de las serranías aledañas, en las que predominan la piedra caliza, la piedra arenisca, el pórfido, el granito y otras rocas metamórficas. Me parecieron muy interesantes los guijarros y segmentos de tierras de aluvión de los alrededores de Franklin, que pude examinar cerca de donde acampamos. Su composición es de pórfido y granito, muy revueltos siempre; hay también masas metamórficas en las que aún pueden observarse la piedra caliza y la piedra arenisca; mientras que en otros casos ha desaparecido la naturaleza original de la roca en sus diferentes grados de transformación entre las masas sedimentarias, plutónicas y volcánicas. En las proximidades del molino de Mr. Hart encontré masas metamórficas entre los fragmentos desprendidos que contenían conchas y cristales feldespáticos.

La falta de seguridad en México impide al naturalista hacer allí investigaciones. Y no es que yo tuviera miedo, sino que tanto se me instaba a recelar de todo lo que me rodeaba, que hubiera sido tontería desestimar los consejos. “¿Qué hay de los indios?”, fue la primera pregunta que Mr. Mayer hizo al llegar a El Paso. “Son malísimos ahora”,* fue la respuesta. Poco antes habían asaltado las haciendas del lado estadounidense del río, y llevádose ganado de las casas aledañas a Franklin y Macgoffinville. Habían atacado también a varias caravanas cerca de El Paso. Aquí hice amistad con el coronel Langberg, danés educado en Alemania, quien después entró al servicio de la república mexicana, como comandante de las fuerzas fronterizas; él me aconsejó de manera terminante no salirme solo del camino, pero ni siquiera veinte pasos. Aun cuando acampamos en las afueras de Franklin, se juzgó necesario llevar en la noche las mulas al patio del abandonado fuerte, y vigilarlas.

Estos temidos pieles rojas son principalmente apaches, que habitan las zonas montañosas de Nuevo México, Chihuahua y el oeste de Texas. Los indios bautizados del valle del río Grande, a quienes se les conoce como indios pueblo, son agricultores pacíficos, y gozan de todos los derechos ciudadanos. Son dueños de un pueblo llamado Sinecú, dentro de los términos de El Paso, y todos los días llegan a la ciudad, los hombres con sus largas trenzas y las mujeres con la cara pintada.³⁰ Cuando los comanches no están incursionando en los alrededores de El Paso, la tregua se debe sin duda a la hostilidad que existe entre ellos y los apaches. Más adelante hablaré de un tratado —redactado por el coronel Langberg— que fue concertado entre el Estado de Chihuahua y los comanches contra los apaches, el que por cierto ha dado buen resultado. Este oficial, al hacer un estudio de carácter militar de la frontera oriental de México, desde El Paso al río Grande inferior, visitó la toltería de una poderosa tribu

* (Así en español).

³⁰ Los norteamericanos llaman a estos indios “pueblos”, usando de manera incorrecta el nombre de su tribu. Pero “pueblo”, conforme a la antigua ley de los tiempos coloniales españoles, en vigor todavía en México, es una comunidad de indios reconocida por el gobierno, y con ciertos derechos y privilegios. Por tanto, los indios “pueblos” pertenecen al Estado de México, y gozan de derechos civiles.

apache. El coronel me enseñó algunos planos topográficos de ese estudio bellamente trazados por un caballero polaco que le acompañó en la jira.

Los asuntos de El Paso nos ocuparon del 3 al 9 de Noviembre. Las negociaciones con las autoridades aduaneras nos llevaron la mayor parte del tiempo, y a mí me tocó hacer un inventario en español de todos los artículos que llevábamos. Así fue que me di cuenta de las triquiñuelas a que comerciantes y autoridades aduaneras recurren cuando hay de por medio una buena cantidad de mercaderías. Los aduaneros echan mano de todo truco para calcular en provecho propio el monto del impuesto, mientras que por su parte el comerciante saca ventaja del incentivo del soborno y de la ignorancia de los otros respecto del verdadero precio de la mercancía. Y así por varios días se entabla una pugna simulada, hasta que al fin se llega a un acuerdo sobre el total que rara vez pasa de la tercera parte de lo que legalmente debía ser. Y aun así tuvimos que desembolsar \$10,000 dólares por derechos aduaneros.

Del 7 al 8 cruzamos el río que, por estar crecido, nos obligó a servirnos del transbordador; de lo contrario, los vagones hubieran podido pasarlo sin dificultad, aunque sí a toda velocidad debido a las arenas movedizas de su lecho. El 9 fueron aforados los géneros en la aduana, lo cual fue sólo un simulacro, puesto que ya habíamos cancelado la cantidad convenida. Hay artículos cuya importación es prohibida; entre éstos está la ropa hecha. Llevábamos varios cofres de tales cosas, y Mr. Mayer las había declarado a la hora de hacer el arreglo con los aduaneros; pero cuando llegamos a Chihuahua supimos que las habían denunciado como contrabando. Este fue un acto de perfidia que surtió gratis de ropa elegante y cara a los aduaneros de Chihuahua.

Pernoctamos la noche del 9 al 10 tres millas más allá de la ciudad, en el límite extremo del valle. Mientras hacía yo mi turno oí un sordo gruñido que los muleros mexicanos dijeron era de oso.

Para los primeros cinco o seis días de viaje de El Paso a Chihuahua había dos caminos. Uno bastante más corto pero peligroso y difícil, pues va por el sur sobre los famosos médanos; el otro los soslaya siguiendo el curso del río durante dos días hasta el pueblo de Guadalupe, para luego empalmar con el camino real más allá por el norte de Carrizal. Nos decidimos por éste y la caravana siguió sobre el valle hasta Guadalupe.

El camino se desarrolló primero a lo largo de la base de la terraza aluvial, a través de un bosquecillo de mezquites y de una planta charralosa del orden de las compuestas; después bordeó la terraza, que consiste de arena, cascajo y fragmentos de rocas, poblada de mezquite, larrea, fouquiera, artemisa, plantas labiadas, cactus, espadillos, etc. Hay lugares en donde el río ha tajado su cauce adyacente a la terraza, formando un acantilado perpendicular, con lo que el camino se hace allí bastante peligroso. Encontramos algunos viajeros, solos o en grupos, a pie y a caballo, pero todos, sin excepción, armados de revólveres, lanzas y hasta arcos y flechas.

Nos alcanzó y pasó un escuadrón de caballería mexicana; su armamento consistía de carabinas, revólveres, lanzas, sables y escudos. El coronel Langberg había sido enviado con sus tropas a sofocar una sublevación de la colonia militar de Guadalupe, en donde se habían alzado a causa del hambre que estaban pasando. Sublevación que el coronel aplacó con toda magnanimidad. La milicia había echado de allí a su comandante, apoderándose de algunas reses y exigiendo su sueldo retrasado. Algunos desertaron cruzando el río para internarse en Texas.

Las colonias militares mexicanas son pueblos para soldados casados, quienes tienen a su cargo el cultivo y la defensa de la tierra; pero parece que este plan no ha dado buen resultado. Aun cuando esta colonia³¹ dista sólo pocas millas de Guadalupe, la noche antes de nuestra llegada los apaches se habían llevado treinta reses de los alrededores. Un respetable lugareño me contó que “los soldados se están muriendo de hambre y no tienen caballos ni ropa; ¿y así cómo van a protegernos de los indios?” Los mismos soldados les temen tanto como los guadalupanos; y éstos temen tanto a los soldados como a los indios.

Entramos en Guadalupe al anoecer del 12. Pocos eran los hombres que habían quedado en el pueblo, pues ochenta andaban persiguiendo a los pieles rojas. Campañas como esas son frecuentes en el norte de México, y sería erróneo suponer que a las gentes les falten valor y ánimo, aunque rara vez tienen éxito. Los guadalupanos son principalmente inmigrantes de Nuevo México llegados allí desde la anexión de ese territorio a Estados Unidos. Estos hombres constituyen lo mejorcito de la población. Otros elementos de Nuevo México fundaron —unas seis millas río abajo— el pueblo de San Ignacio.

De allí en adelante, dejando la Sierra de Cantarrecio a la izquierda, y la de Guadalupe a la derecha, el camino sube a tierras más altas del río Grande. El espacio entre dichas sierras es una llanura que se eleva un poco hacia el sur, y está cubierta por los chaparrales propios de la zona. A mediodía hicimos alto en Cantarrecio, un abrevadero en donde sólo hallamos un poquito de agua cenagosa. Al entrar la noche pasamos —torciendo hacia el oeste, al tiempo que subíamos una llanura de tierra arcillosa reducida a un ancho desfiladero— una sierra que separa la terraza de Cantarrecio de los médanos, y ya de noche vivaqueamos al otro lado, en un prado yerboso. Los picachos de los cerros próximos al desfiladero son pelados y rocosos, y algunos tienen formas grotescas. A la derecha hay un túnel que perfora de lado a lado un cerro, razón por la cual un mexicano me dijo que el lugar se llamaba Sierra de la Ventana. Sin embargo, parece que no todos le aplican tal nombre, pues un caballero que nos acompañaba desde El Paso, la llamaba Sierra de los Médanos. Al otro lado de ésta se alzan, aproximándonos por el este, los picachos de la Sierra de la Ranchería, muy parecida a la Sierra de los Organos. Más hacia el oeste aparece una serranía similar que lleva el nombre de Sierra del Can-

³¹ No he podido hallar su nombre entre mis notas.

delero. En la base de aquélla están los Charcos del Grado, que son pozas orladas de mimbre.³² Llegamos allí en la mañana, y encontramos huellas frescas de pieles rojas, por lo que redoblamos la vigilancia. En la tarde vimos, o creímos ver, cinco columnas de humo por el sur; pero al día siguiente descubrimos que lo que habíamos divisado eran simples remolinos de polvo. Vi otros de esos, pero más grandes, en el camino a California, en los yermos del Estado de Sonora. La inmovilidad y duración de estos remolinos son tan curiosas como ilusorias; a menudo los he visto por horas, fijos en el mismo punto. Este fenómeno tiene mucho de parecido con las trombas marinas. Nunca he sabido que sean en las llanuras tan peligrosos como los que siempre han amenazado a las tropas francesas en el sur de las montañas Atlas,³³ en Africa. En la tarde avanzamos por una llanura plana rumbo a una cadena de cerros de peñascos perpendiculares, entre los cuales llama la atención por su forma angular el Cerro del Lucero. Seguimos viajando por la noche hasta acampar a la mañana siguiente en Ojo de Lucero, manantial de las cercanías de la Laguna de los Patos. Esta queda a la izquierda del camino. La pradera está en gran parte enyerbada, pero cerca del Cerro del Lucero hay trechos cubiertos de eflorescencias de lo que parece ser carbonato de soda. Nuestro camino, por lo menos, nos llevó a tierras de tal naturaleza; y, por lo que vimos, parecía probable que a su derecha hubiera bastante de aquéllo. Fue sobre esta parte de la llanura que habíamos divisado —y ahora los veíamos de cerca— los remolinos de polvo; el hecho de que ocurran en el mismo lugar puede atribuirse a la naturaleza del terreno.

No lejos de Ojo de Lucero vimos otro surtidor llamado Ojo de Coyote, notable porque estando en la cima de una loma de arena lanza su columna de agua a unos 20 ó 30 pies de altura. Lo curioso de esto tiene su explicación, y es que el surtidor ha formado la loma. Lo rodea por completo la misma clase de aquella eflorescencia. Los mexicanos llaman a esta sal tequestite, y la usan en la elaboración del jabón; es, evidentemente, voz azteca. Unas cuantas millas más allá, no muy distante de la Laguna de los Patos, hay una fuente de agua termal que hace remolinos en medio de una arena blanca. Forma la fuente un arroyo de agua templada que a la orilla del camino afluye en una poza bordeada de altos carrizales. Había allí muchas aves acuáticas: patos, cierta clase de pato marino, y un pájaro negro, grande y palmípedo, de patas larguísimas, cuello y pico también largos que los mexicanos llaman gallareda. Alzaron vuelo formando triángulo y estirando el cuello, como los gansos. A la fuente y la poza las llaman Ojo de la Laguna. El agua tiene ligero sabor alcalino, y en los bordes eflorescencias blancas.

³² El mimbre es un precioso arbolillo que en el norte de México, del río Grande a California, crece en las riberas de los ríos de corriente intermitente. Es una planta bignoniácea, con flores blancas y rosadas, y largas y péndulas hojas lanceoladas.

³³ Entre las hermosas vistas del sur de Abisinia, en la bellísima obra de Bernaz, hay una que representa exactamente a lo que yo vi en Sonora, sólo que a una distancia mucho mayor.

El 17 por la mañana llegamos a Carrizal, hoy en ruinas, pero antaño un pueblo importante cuando fue puesto militar establecido allí para proteger a la población de los ataques de los apaches. Estos enemigos de la civilización tienen una rancharía en uno de los cerros vecinos. Desde las casas del pueblo me señalaron sus fragosidades, y esos bandidos pueden siempre, desde sus atalayas rocosas, espiar el ganado que en cualquier momento puede pasar a sus manos. Los habitantes de Carrizal, al igual que en todas las localidades del norte de México, viven como alertas pastores de rebaños contra los apaches, y por eso es que todos los hombres andan armados. Semejante modo de vivir ha hecho de los carrizaleños gente indómita y brutal, así que es mejor que los viajeros se anden con cuidado allí.

Se asienta este lugar en uno de los más bellos parajes de las llanuras del norte de México. A una vasta planicie, regada por varias corrientes, la circunda allá lejos un cinturón de cerros rasos y empinados. De ellos baja una clara corriente que riega y fertiliza la pradera mediante acequias que por millas y millas se desparraman en ella; indican su curso largas hileras de álamos. Centenares de miles de reses pastaban hace veinte años en esta pradera. Ahora su número ha bajado a sólo una sombra de aquéllo; y, comparando el estado actual de esta localidad con la riqueza de que antaño disfrutó, se llega a la conclusión de que entre los animales dañinos, el hombre es el peor de todos.

El lugar, completamente en ruinas, descansa sobre una eminencia de barro colorado, con guijarros y fragmentos de piedra arenisca —seguramente transformados por el calor— más pórvido rojo, lava negra, escoria verde y amarilla, muy parecida a la piedra pómez, y numerosos guijarros de calcedonia. En ese sitio no hay árboles, salvo los álamos que crecen en las orillas de las acequias; estos son los únicos que se ven en todo el camino del río Grande a Chihuahua.

La dama que nos acompañaba, habiendo sufrido un grave percance, tuvo que someterse al tratamiento de algunas mujeres del lugar, quienes le dieron a beber un menjunge con cáscaras de ciertas marañas, puestas a cocer junto con el anillo de oro que comúnmente llevan las pacientes. Eso hizo que la caravana tuviera que aguardar todo el día allí. Acampamos en las afueras del poblado, pero los aullidos de una manada de lobos que llegó atraída por los despojos de una mula muerta esa misma noche, no nos dejaron dormir.

En la tarde del 19 reemprendimos el viaje, y al anochecer llegamos a una fuente de agua bastante tibia, llamada Ojo Caliente, que nace al pie de una serranía fonolítica. El agua, que es clara y de sabor agradable, forma un riachuelo bastante largo; pero no sé si llega hasta la Laguna de los Patos, o si la represan para regar la pradera. No puedo decir qué temperatura tiene porque no llevaba instrumentos para medirla; pero los numerosos peces que nadaban en ella parecían encantados de vivir en ese ambiente. Estuvimos allí hasta muy entrada la noche.

El otro día fue uno de los pocos que nos llovió en todo el viaje. Mas ello no impidió que camináramos de sol a sol, entre serranías yermas, sobre lomas rocosas, sin árboles, pero enzacatadas, y pasamos parte de la noche en el ancho y plano desfiladero de Chihuante, sitio famoso en donde numerosos esqueletos de hombres y animales nos advertían que no debíamos olvidar nuestras armas. Muchos grupos de viajeros han sido atacados allí por los pieles rojas, y muchos también fueron muertos. Las piedras son de pórfido fonolítico, gris y muy duro.

Partimos a las dos de la mañana con el propósito de hacer sin parar la jornada hasta la Laguna de Encinillas. A eso de las ocho comenzamos a bajar una cuesta que, por el nombre de una hacienda del otro lado de la sierra, se llama Cuesta de Agua Nueva, y conduce al lado de abajo de la laguna. La hacienda de Agua Nueva es una de las pocas grandes ganaderías del norte de México, en donde se crían rebaños al estilo y magnitud del antiguo México. Su dueño, Don Estanislao Porras, de Chihuahua, es uno de los rarísimos casos en este país de un hombre que ha acumulado una gran fortuna a fuerza de trabajo. Protege su ganado de las correrías de los pieles rojas manteniendo un numeroso grupo de hombres armados, aun cuando dos de sus hijos y varios criados han sido asesinados por los indios. Mientras bajábamos la cuesta pasó la más grande manada de antílopes que jamás he visto; calculé su número en más de 1,000, y se extendía de un cerro a otro a través de la pradera. Desaparecieron de nuestra vista casi tan de repente como el pensamiento.

La pradera en que está la laguna de Encinillas queda entre cerros escarpados, y es uno de los mejores y más valiosos sitios del mundo para la cría de ganado; en otros tiempos pastaban en ella grandes hatos de reses. Actualmente es casi un desierto. Más adelante volveré a hablar de esta zona y de la hacienda de Encinillas, propiedad que ocupa un área casi tan grande como la que media entre El Paso y Chihuahua, y que, en Europa, sería un ducado.

Continuamos la marcha bordeando la ribera oriental de la laguna. El 23 de Noviembre me adelanté, junto con el señor Mayer y su esposa, a llegar a Chihuahua. Desde donde habíamos acampado la distancia era de cincuenta millas, jornada que hicimos de las cuatro de la mañana a la una de la tarde; los señores Mayer iban en coche, y yo a caballo con mi criado. El camino pasa frente a las casas de Rancho Sacramento, lugar en donde, durante la guerra méxico-americana se libró una importante batalla. Al llegar a la ciudad fui recibido hospitalariamente por el comerciante alemán William Feldman, de Hamburgo.

CAPITULO X

Permanencia en Chihuahua — Situación, nombre, esplendor de antaño y decadencia actual de la ciudad — Broza de plata empleada como material de construcción — El acueducto — Influencias climáticas y fisiológicas — Inseguridad de la región — Historia de las últimas peleas con los pieles rojas del norte de México — Ejemplos de heroísmo mexicano — Medidas gubernamentales — Excursiones — Cerró Grande — Jinetes y caballos mexicanos — Cacerías — Santa Eulalia y sus minas de plata.

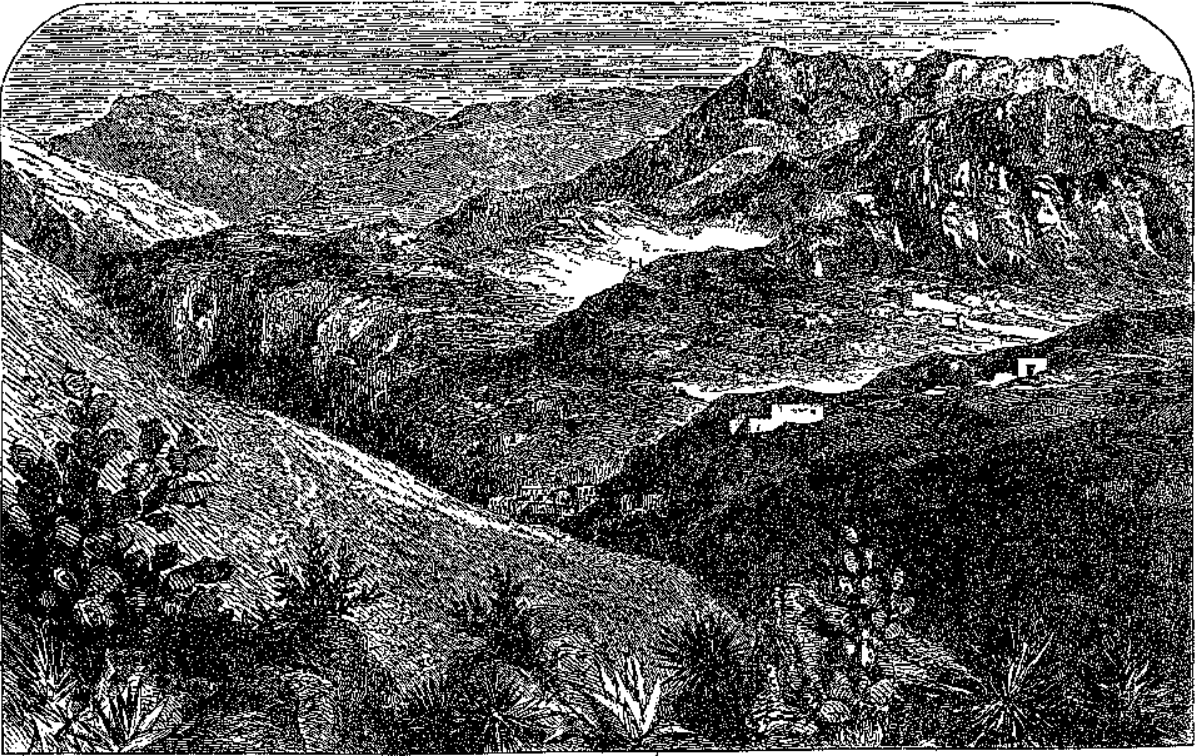
La ciudad de Chihuahua, en la que con pocas interrupciones residí desde Noviembre de 1852 a Mayo de 1853, se asienta sobre una planicie confinada entre cerros rasos y rocosos. El doctor Wislizenus pone su altura a 4,680 pies sobre el nivel del mar, es decir a unos 800 ó 900 pies más alto que el valle del río Grande, en El Paso. A pesar del aspecto desértico de sus cerros, esta zona es bella, no sólo por la grandeza de su escenario, sino también por las singularidades de sus perfiles y estructura geológica. Dos pequeñas corrientes de agua —que bajan de los cerros al pie de uno de los cuales está la ciudad— se unen a media milla de allí para formar un río que desagua en el Conchos, o que, al decir de otros, muere antes de llegar a él. Uno de estos pequeños ríos nace en los cerros de Sacramento y Torreón, situados al suroeste de la laguna de Encinillas; el otro en los desfiladeros rocosos del suroeste de la ciudad. Unidos ambos, fluyen por entre un estrecho paso de cerros que por el este amurallan la llanura; y luego riegan los maizales del valle de Tavalope, al otro lado de estos cerros. Al punto de la juntura le llaman La Junta. Al pie de uno de los cerros hay una plantación de piñuelas con molino, rodeado éste de viejos álamos que dan sombra a pozas de agua muy clara, y, más abajo, este mismo río, pasando alborotadamente por entre una estrechura de los montes, presenta un panorama de gran belleza. A este lugar acuden los vecinos en sus paseos, y parecería que la palabra Chihuahua, que significa lugar de recreo, fuera especialmente aplicada a él. La voz es con toda probabilidad de la lengua tarumare, en la que los nombres de lugares tienen un "tchi" o "tchic", que generalmente añaden como final de la palabra. En los últimos tiempos se han establecido aquí talleres de fundición, en los cuales se beneficia la mena de plata traída de las viejas minas de

Santa Eulalia, o de otras nuevas. Estas minas distan de doce a quince millas de Chihuahua; y de 1703 a 1833, a pesar de la distancia, el mineral se trajo aquí para beneficiarlo. Las ricas minas de Santa Eulalia dieron antes fortuna y esplendor a Chihuahua, cuya decadencia actual es efecto del ocaso de las minas. Su población, que durante el auge minero llegó a 76,000 habitantes, ha disminuido, desde su decaimiento, e independencia de España, a 12,000; y, con la excepción de unas pocas familias que han podido conservar sus propiedades, o forjado capital en virtud de su espíritu emprendedor, la pobreza impera sobre la generalidad. La ciudad no ofrece completas seguridades. Iba yo una noche, poco después de mi llegada, para el patio, cuando Mr. Mayer me aconsejó llevar mi revólver, y como le dijera yo que el patio estaba cerrado por todos lados, me advirtió que me fijara en las ventanas abiertas de las casas contiguas. Y esto que vivíamos en una de las mejores residencias del mejor barrio de la ciudad; desde entonces, mientras estuvimos en Chihuahua, nunca dejé de dormir con el arma bajo la almohada. La prostitución es cosa común aquí; mas no debemos pronunciarnos al respecto con demasiada severidad. Esta gente tiene buenas cualidades, y no carecen de nobles sentimientos; pero el cambio efectuado en una sola generación de cuando vivían con lujo, les dejó el grato sabor de los placeres, y habiendo llegado ahora a la extrema pobreza —expuestos a la seducción de ricos comerciantes libertinos— tenían que caer hasta el punto de degradación en que al presente se hallan. Agréguese que la Iglesia Católica Romana en México, como es también corriente en la mayor parte de la América hispana, cobra tanto dinero por casar a sus feligreses que los más pobres no tienen con qué pagar el valor de la ceremonia. Y como allá no hay matrimonio civil, no debe sorprendernos, pues, el bajo nivel de moralidad que tiene esa ciudad. Ciertos viajeros que pasan por Chihuahua no dan importancia al mal y se hacen de una concubina por un rato.

El trazado de la ciudad, con sus bonitas calles y hermosos edificios, es testimonio de su esplendor de antaño; y aun en su presente decadencia es, en conjunto, más linda que cualquier ciudad de su extensión en los Estados Unidos.

El lector podrá darse cuenta de las enormes cantidades de mena de plata que se fundía aquí, cuando sepa que centenares de casas, y las tapias de todos los jardines y huertas de las afueras, fueron construidas con la broza que, según análisis fidedignos, contiene todavía suficiente plata para refundirla conforme a métodos modernos y hacer un negocio lucrativo. En 130 años se extrajeron de estas minas cerca de veintidós millones de libras de plata pura. Más adelante describiré detalladamente las minas de Santa Eulalia. Por ahora sólo diré que tienen ante sí un renovado y largo período de esplendor y de bonanza, puesto que, tarde o temprano, se encontrará capital y espíritu emprendedor para seguir explotando los recursos naturales de esta bendita zona.

La ciudad descansa al pie del cerro Grande, pico aislado de la ribera oriental del río que busca el sur. La bajura en que ésta está impide que



**Vista del Distrito Minero de Santa Eulalia, con las Ruinas del antiguo pueblo
minero de Magallanes.—Libro II, Cap. 10.**

sus aguas rieguen tierras más altas, pero un acueducto de piedra levantado sobre una magnífica arcada que se alarga muchas millas, lleva el agua de un riachuelo que baja de los cerros a regar los campos labrantíos, y ofrece en las calles de la ciudad agua abundante y excelente. Este hermoso acueducto, que sería ornato de la más grande ciudad, fue costado por una sola persona. Además de embellecer el paisaje fertiliza huertas y jardines. Porque, si bien las lluvias bañan los maizales, sin el agua del acueducto los jardines se secarían. Las características generales del clima de Chihuahua son las mismas de las regiones altas del norte de México, que es una singular transparencia y sequedad de la atmósfera durante más de medio año, lo cual produce una agradable sensación de salud y fuerza. Tiene positivamente uno de los más saludables climas del mundo; y si es verdad que allí la gente padece de muchas enfermedades, es más verdad aún que eso se debe a la miseria que sufren las clases más destituidas de la población, carente de buena alimentación y de ropas adecuadas para soportar el frío. En el invierno cae un poco de nieve, y en las mañanas amanece congelada la superficie del agua. Pero a estas noches frías suceden días luminosos que yo aprovechaba para hacer jiras cortas cuando el trabajo me lo permitía.

Mas la inseguridad de la región era, para estas excursiones mías, un obstáculo más grande que mis ocupaciones. No se podía salir pero ni a las goteras de la ciudad sin llevar uno sus armas. A pocos centenares de yardas de las casas había cruces que señalaban el sitio en donde los indios habían asesinado a alguien. Y los pastores de ovejas iban siempre armados también. El trabajo de estos hombres es peligrosísimo, y sólo su resignación o un valor desmedido lo hacen soportable. A esta clase de gente pertenecen aquellos que año con año caen ante la salvajada de los pieles rojas; y el hecho es estadísticamente tan claro, que los comerciantes vacilan en conceder crédito a los más respetables de ellos, "porque en cualquier momento pueden ser asesinados por los indios".

En su lucha con los pieles rojas es injusto calificar de cobardes a los mexicanos. Muy al contrario, los de clase más humilde derrochan coraje; y si bien muchos en el norte de México caen ante la furia de los salvajes, con frecuencia son éstos los que llevan la peor parte. Aquellos amos que sin escrúpulos exponen a semejante peligro a los pastores, son en verdad culpables, y lo es sobre todo el gobierno que por pusilanimidad y negligencia no les facilitan armas para defenderse, y tampoco tienen vigor ni voluntad para hacerlo. Los habitantes del Estado de Chihuahua —habiéndoles los indios robado su ganado, y llevándoseles algunas mujeres y niños, y habiéndoles también matado algunos hombres— llamaron en su ayuda a los vecinos de otro pueblo, y juntos emprendieron la persecución de los indios en las sierras; pero el gobierno los sancionó por haber tomado la medida de ayudarse unos a otros arrogándose así, les dijo, facultades del Estado. Y mientras estos administradores de la cosa pública sienten celos de ver que los ciudadanos se asisten mutuamente, los funcionarios de categoría inferior se vuelven contra los de arriba pidiéndoles ayuda y protección. El Pronunciamiento de la guarnición de Chihuahua el 23 de

Diciembre, dio pie a la revolución de 1852 y 1853, y una de las faltas atribuidas entonces al presidente Arista fue la ausencia de protección contra los indios en los estados fronterizos.

En otros párrafos de mi narración saldrán a luz las tristes condiciones en que se vive en esas zonas de México expuestas a los desmanes de los pieles rojas; por ahora sólo mencionaré unos pocos ejemplos de la valentía de los muy difamados mexicanos. Fueron casos de que me enteré durante mi residencia en Chihuahua.

Gabriel Guzmán, vaquero de un Estado vecino, y siete más, sostuvieron una lucha de nueve horas contra sesenta y siete comanches que intentaban robar el ganado que pastoreaban. Y no huyeron, pudiéndolo haber hecho; los ocho hombres resistieron la arremetida matando e hiriendo a muchísimos salvajes. Al final encontraron a Guzmán y a un indio prendidos ambos del cabello del otro, y ambos también con su cuchillo clavado en el cuerpo del adversario. Esto había ocurrido no mucho antes de mi llegada.

Otro de esa misma estirpe, Jesús Domínguez, me acompañó en varias excursiones, y tenía fama de osado y muy valiente; de él hablaré cuando relate mi viaje a Sierra Madre. Cuando lo conocí supe que había sido herido varias veces, y para entonces se curaba de un flechazo cerca de la columna vertebral. Cierta vez, yendo en misión de recuperar algunos caballos valiosos de su patrón que los apaches habían robado, junto con otros siguió a los ladrones hasta cerca de su toldería en las sierras. Al anocheecer llegaron a la vista de ellos. Domínguez, que de muchacho había sido prisionero de los apaches, se quitó la ropa que llevaba y adoptó la facha de guerrero comanche. Por un atajo se llegó sigilosamente casi junto a los apaches, y mientras sus compañeros se acercaban a caballo, él irrumpió de pronto detrás de una peña lanzando el grito de guerra de los comanches; tiró a dos apaches y de tal modo los aterrorizó que, en el tumulto, no sólo recobró los caballos robados sino que también se llevó otros.

Pero otras veces hazañas similares a esa han sido pagadas con la más ruin ingratitud. En uno de tantos lances a Domínguez le mataron su caballo; y jamás se le ocurrió al patrón, que era un hombre muy rico, repenérsele. El miserable y cobarde egoísmo de la clase acaudalada, a la cual pertenecen casi todos los rancheros mexicanos, es causa del desastroso estado en que se hallan las tierras expuestas a los ataques de los indios. Se han visto, es verdad, unos pocos casos dignos de elogio entre los de la clase alta, pero pesan menos en la balanza. Don Pedro Zuloaga, miembro de una de las principales familias de Chihuahua, quien con otros andaba en persecución de una pandilla de indios que habían incursionado en las inmediaciones de la ciudad, cayó —vergonzosamente abandonado por sus compañeros— en manos de los indios que lo descuartizaron vivo. Trozos de sus carnes fueron hallados después colgando entre la maleza.

Muchas distinguidas familias del norte de México lamentan la pérdida de niños robados por los indios. La siguiente historia me la contó en Chihuahua uno de los miembros de la familia afectada.

Eran dos hermanas de Durango que vivían cada una con un niño —varón y mujercita— en el rancho La Tinaja, a dos leguas de la ciudad. Los comanches atacaron los alrededores, y las señoras, cuyos maridos no se encontraban en la hacienda, salieron huyendo a refugiarse en la ciudad, pero en el camino fueron interceptadas por los indios. En esos momentos llegaba uno de los maridos que al ver a su esposa en manos de un piel roja, le disparó los dos tiros de su escopeta, pero erró; y fue inmediatamente flechado por aquél. La señora por dicha se desmayó, y los indios, que iban siendo perseguidos, huyeron dejando por muerta a la señora. La otra señora escapó por pura suerte.

La indiada, huyendo rápidamente a caballo, llegó a un río en donde pararon. Mientras se bañaban allí, los caballos robados y los de los indios también, se escaparon dejándolos a pie, y así corrieron detrás de las bestias. Se quedaron sólo con los dos niños. La niña, que era muy lista, rogó al indio que la llevaba montada por delante, que la soltara, y logró que la dejara cerca de una casa. Pero el muchacho, según se supo, luchó con el indio a puñetazo limpio. En castigo le quitaron su ropa de rico vistiéndolo con la de un pobrecito a quien también habían secuestrado, y que después logró escapar. Desde entonces no se ha vuelto a saber del niño rico, aun cuando su familia ha ofrecido un rescate de 4,000 dólares a quien lo lleve a casa vivo. Yo divulgué la noticia de la recompensa en Texas y otros lugares fronterizos, pero sin éxito, y ya los años han pasado. Si el chico vive aún debe ser un salvaje, y hasta probablemente ha ganado ya sus primeros lauros como un genuino comanche ladrón. Se asegura por allí que los muchachos de buena crianza que han sido robados por los indios y criados por ellos, resultan más peligrosos ladrones y peores enemigos de la gente civilizada que los mismos indios.

El gobierno de Chihuahua ha puesto en práctica muchos planes encaminados a acabar con estos pieles rojas, o echarlos de su territorio. Las medidas tomadas no dejan de tener cierto interés, y aquí contaré lo que supe al respecto.

Hace cosa de quince años, un irlandés aventurero llamado James Kirker, que se había hecho jefe de una banda de indios shawnee, llegó, no sé cómo, a esta región, y con su gente entró al servicio del Estado de Chihuahua contratado para hacer una guerra de exterminio contra los apaches; y cumplieron su palabra, hasta que, debilitado su número en los encuentros, vieron que ya no podían seguir luchando contra las abrumadoras fuerzas enemigas.

Con igual fin, en 1850, el gobierno enroló en sus fuerzas a un desalmado texano de nombre Glanton, quien con una banda similar se encontraba en Chihuahua de paso para California. Esos bandidos, a quienes se había

prometido un tanto y cuanto por cada cabellera de piel roja que presentaran a las autoridades, discurrieron que era más fácil llevar cabelleras de los propios mexicanos y vendérselas al gobierno como de pieles rojas. Y así lo hicieron. Con la excepción de la canallada que perpetraron traicionando y asesinando a una tribu entera que invitaron a una plática de paz, fue muy poco el daño que infligieron a los apaches. Y muy pronto fueron mayor amenaza para el Estado de Chihuahua que los mismos indios; así que todo mundo se alegró cuando al fin prosiguieron viaje a California. En la margen del río Colorado, en donde se adueñaron del paso para cobrar un alto peaje a los que debían cruzarlo, fueron muertos en una chamusquina con los indios yuma.

A principios de 1852, el coronel Langberg, mientras hacía los estudios topográficos del territorio del río Grande, en el Estado de Coahuila, se encontró con el jefe de los pieles rojas seminole apodado "Wild Cat" (Gato Montés), notorio en la historia de las guerras indias de La Florida, y con él al conocido negro Gover Jones, junto con los demás expulsados seminole. El coronel los contrató a todos y los llevó a Chihuahua con el propósito de lanzarlos contra los apaches y otras tribus hostiles de pieles rojas. Pero el gobierno estatal, bien por temor a los seminole, o por celos del coronel Langberg, o por falta de dinero, rehusó ratificar el tratado; y los dos héroes que habían conquistado renombre en la guerra de La Florida, salieron indignados de Chihuahua diciendo que no había un solo funcionario gubernamental que fuera caballero.

Aunque en este caso fracasaron los esfuerzos realizados por el coronel Langberg, el tratado que él mismo concertó entre el gobierno de Chihuahua y los comanches del Bolsón de Mápimi contra los apaches ha dado buenos resultados. Los dominios de estos últimos no se extienden al sur del Estado de Chihuahua, y cuando incursionan en esa dirección se encuentran con sus enemigos los comanches. El gobierno ha sacado provecho de la enemistad de esas dos tribus enfrentándolas una contra la otra.

La historia de las guerras de estos indios, que afecta a la civilizada o semicivilizada población del país, está llena de interesantes episodios que el novelista Fenimore Cooper sabría relatar para deleite de sus lectores. Cuando el coronel Langberg visitó a los comanches del sur que habitaban la pradera del Mápimi, una vieja era la que abanderaba la tribu; los mexicanos la llamaban "la generala de todos los comanches". El hijo mayor de esa princesa se llamaba "Bajo el Sol". Se había elevado sobre el nivel de los demás de su tribu, y, de haber vivido, hubiera sido su reformador. Tenía él como cosa sagrada el cumplimiento de su palabra empeñada con el gobierno de Chihuahua que era de luchar contra los apaches en donde quiera que los encontrara. En una expedición que en compañía de algunos jóvenes guerreros de su tribu emprendió con el fin de averiguar dónde se encontraba el enemigo, dio de improviso con una toldería de apaches, de la tribu de los espejos. Como no habían sido vistos, los compañeros del joven le aconsejaron que era mejor retirarse; pero él desechó la idea. "He dado mi palabra de destruir a los apaches", dijo, "y Bajo el Sol la

cumplirá". Y acto seguido lanzó el grito de guerra de su tribu; seis de sus compañeros le siguieron, y como fieras irrumpieron en la toldería enemiga arrasando con todo a su paso y sembrando la muerte y el terror por todas partes hasta que él y todos sus hombres cayeron en la lucha. Estas cosas se saben en México porque las cuentan los cautivos que logran escapar; y los mismos mexicanos, conscientes de la sangre india que corre por sus venas, divulgan con orgullo esas hazañas; esto a mí me consta. Muerto "Bajo el Sol", su hermano, que le sucedió en la jefatura de la tribu, se sintió obligado a continuar la guerra contra los apaches. Durante mi permanencia en Chihuahua atacó una de sus rancherías y volvió con treinta y siete cabelleras enemigas. Después, en mi viaje de Chihuahua a Texas, pasé por el Presidio del Norte (en el río Grande, más allá de El Paso); de donde poco antes los espejo-apaches se habían llevado a varias muchachas. Los norteños pidieron ayuda a los comanches, y con ellos salieron en campaña a Sierra Rica, en donde vivían los espejos; y como nosotros habíamos acampado cerca del Presidio, nos despertamos en la noche al oír las risotadas y las canciones de una caballería que pasaba en frente. Eran los norteños y comanches de la expedición. Supe después que lograron echar a la tribu apache de Sierra Rica a territorio texano. En otro viaje que hice de Texas a California, en la base del este de las montañas de Limpia, me encontré con el resto de esa tribu, la cual, habiéndose aliado con otra de los mescaleros-apaches,³⁴ fueron por mucho tiempo el terror de otra zona del Estado de Chihuahua. Los mismos hicieron amagos de atacar nuestra caravana.

Durante mi estadía en Chihuahua, los mescaleros, viéndose en apuros por los ataques de los comanches, enviaron delegados para concertar la paz. En tales ocasiones, los comisionados viajan con salvoconducto. Se me dijo que los delegados fueron asesinados en su viaje de regreso por orden del gobierno, pero yo no me atrevo a avalar el cuento. Sin embargo, alevosías de esa especie fueron cometidas en los tiempos de aquel Glanton.

Para completar mi lista de las medidas adoptadas por el gobierno, quiero referirme a las colonias militares, de las cuales hablé en el capítulo anterior. Y dije entonces de su ineficacia. Un sistema militar totalmente diferente, como sería el establecimiento de una milicia bien pertrechada, armando a toda la población, dándole al mismo tiempo libertad de movimiento, en resumidas cuentas, la descentralización de todas las medidas ofensivas y defensivas, y el estímulo de toda manifestación de fuerza individual, pronto refrenaría las actividades de los pieles rojas, y con el tiempo se les sometería, pero sólo siempre y cuando el gobierno mexicano se resolviera a poner en práctica un sistema así.

³⁴ Los espejos son sólo una subdivisión de los mescaleros. Tal vez ya no haya más de ellos. Su nombre era el plural del de su jefe, el llamado Espejo. Muchas pequeñas bandas de indios, de existencia efímera, derivaban su nombre de manera similar.

Hay, sin embargo, un medio por el cual se ha estimulado en este sentido a la iniciativa individual. El gobierno ha fijado una elevada recompensa por cada piel roja que se capture o se mate. Da 200 dólares por cada indio adulto, muerto o vivo. Para el primer caso deben presentarse la cabellera y las orejas de la víctima. Una india viva vale 250 dólares, por un muchacho vivo se da la misma cantidad, y si muerto 100 dólares. A los niños indios cautivos los coloca el gobierno en hogares de buenas familias para que los críen y los eduquen. He visto a muchos de ellos ya civilizados. Las muchachas llegan a ser buenas sirvientas, pero los muchachos, por regla general, se escapan tan pronto alcanzan cierta edad.

Después de esta digresión reanudo el relato de mis excursiones. Una de mis primeras fue al cerro Grande. Las escarpadas faldas de este cerro aislado, que son de pórvido traquíutico rojizo, están enyerbadas y contienen varias especies de cactus y otras plantas propias de la región. Desde su cúspide se divisan valles, praderas y montañas. En su base, por el sudeste, aflora un filón de manganeso. El mineral es psilomelano. Alguien cavó allí un hoyo no muy hondo, esperando quizá encontrar un metal más valioso.

Se puede bordear el cerro pasando un alto y ancho desfiladero de atrás de la ciudad, y regresar por el valle de Tavalope. Este recorrido, que describe un círculo de más o menos diez millas, lo hice a caballo con un hombre de quien me ocuparé más adelante. Don Guillermo me facilitó un caballo que no todos hubieran querido montar, y que a mí me costó mucho gobernar. Pero aunque varias veces estuve a punto de salir por las orejas, pude correr a campo traviesa y desigual por entre profundas acequias y espinosos chaparrales sin perder del todo los estribos. Nos habíamos alejado bastante de la ciudad cuando nos dimos cuenta de que andábamos sin armas, y que, si nos encontrábamos con pieles rojas, nuestra seguridad dependería de la velocidad y firmeza de las patas de nuestros caballos. Cuando salimos al camino de Tavalope, fuera ya de los chaparrales, les soltamos las riendas. Y a lo largo del lecho del río, entre rocas elevadas, y bajo la clara luz de un plenilunio mexicano, mientras volábamos en nuestras bestias, don Guillermo recitaba encantado los más bellos versos del Don Juan Tenorio, de Zorrilla. Ese fue sin duda un auténtico paseo mexicano, que nadie puede figurárselo si no conoce el paisaje, el terreno, el cielo y los peligros mexicanos y, sobre todo, si no conoce los caballos mexicanos. La firmeza de remos y resistencia de estas bestias en los terrenos más quebrados no tiene igual. En las cacerías galopan de arriba para abajo en las faldas empinadas, y hasta corren a toda velocidad en terrenos lávicos. Y ya que estoy hablando de la excelencia de los caballos mexicanos, quiero recordar que cierta vez don Guillermo cabalgó 90 leguas en dos días, sin cambiar de caballo.

Las cacerías que casi todos los domingos emprendíamos en Tavalope añadieron muchas horas de gozo a los meses que pasé en Chihuahua. Hacíamos un viaje de seis u ocho millas, y luego, dejando coche y caballos al cuidado de los criados, nos dedicábamos a cazar, y volvíamos a vernos

hasta la caída de la tarde con lo que cada quien traía. El río, las acequias y numerosas pozas ocultas entre las altas yerbas y entre árboles y arbustos son refugios de un mundo de patos de varias clases. Hay allí también gansos, y los conejos abundan en los matorrales. Llevábamos escopetas de dos cañones y, para en caso de que tuviéramos que defendernos, un par de revólveres al cinto; nunca, por suerte, tuvimos necesidad de ellos. Casi siempre cobramos un número de piezas suficiente para sustentar a dos familias por toda una semana.

En compañía de un francés naturalizado, que tiene mucho interés en las minas del Estado, fui a Santa Eulalia, pequeño pueblo montañoso de las proximidades de las minas que ya mencioné. Por el lado este del cerro Grande, cruzando una planicie de diez millas de ancho, se llega a una serranía escarpada, en un angosto valle en el cual se asienta Santa Eulalia. Es un pueblo bonito. En las sierras altas crecen yerbas, espadillos y cactus, y ciertos lugares los cubre un espeso manto de piñuelas como césped de tamaño agrandado. Las casas de adobe son de un solo piso y techo plano, y están arruinándose, pero una buena parte de sus habitantes —unos 1,500 tal vez— viven en cuevas cavadas en los paredones rocosos que ciñen el valle. El agua suele faltar en el verano, de modo que los trabajos de fundición —para lo cual es elemento indispensable— tienen que suspenderse. Fue principalmente por esa razón que aquí dejó de fundirse la plata, teniendo que llevarse el mineral a Chihuahua, en donde se dispone de suficiente fuerza hidráulica. En Santa Eulalia escasea también el agua potable, pues las partículas metálicas han contaminado la del pueblo. Pero yo no puedo afirmar esto que se dice allí. Sin embargo, dos cosas sí son ciertas: primero, que la gente pudiente de Chihuahua que se traslada por algún tiempo a Santa Eulalia, no bebe sino agua que llevan consigo de Chihuahua; y, segundo, que yo me enfermé el día siguiente de haber llegado al pueblo; sufrí de calentura gástrica, afección que mis compañeros atribuyeron al agua que había bebido allí. La mayoría de los vecinos, no obstante, carece de los medios para mandar diariamente a traer agua a Chihuahua, doce millas distante de Santa Eulalia. Quizá la obtengan de vertientes de los cerros aledaños.

Sirva pues mi enfermedad de excusa por si el lector juzga insuficientes los datos que doy de este interesante lugar. Caí enfermo al día siguiente de mi llegada, pero en la mañana fui a ver la mina Guadalupe que poco antes habían comenzado a explotar en el cerro. El mineral, consistente más que todo en cloruro y bromuro de plata,³⁵ aflora en una vena que entra casi horizontalmente en el cerro. Aquí, como también en Chihuahua, poco se sabe de la composición de estos minerales. Lo que yo había dicho respecto de su naturaleza química fue confirmado después en el análisis que hizo el doctor Genth, de Filadelfia. La formación del mineral parece haber resultado del contacto de la piedra caliza con las masas de pórfido, alternadas repetidamente. En proporción menor el estrato contiene galena argentífera, y en volúmenes mayores carbonato de plomo, junto con carbonato de hierro.

³⁵ Parte cloruro puro, y parte embolita.

Estos minerales se fundían antes en el valle, y la plata se obtenía mediante la copelación. Yo presencié el laboreo, pero no tengo los suficientes conocimientos técnicos para describirlo ante un metalúrgico profesional; puedo sí decir que es muy imperfecto. Llevan el mineral de la mina a lomo de mula, y ese trabajo es tan duro que muchas mueren en el curso del año. El escenario es primitivo y "sui géneris". Desde lo alto vi en un cerro de enfrente los pozos de varias minas en desuso, y en el valle las ruinas de un pueblo llamado Magallanes.

En la tarde exploré el cerro por el costado sur del valle, y seguí hasta la cumbre a un venado que no me dejó hacerle tiro. Allí también observé la mezcla de la piedra caliza con el pórfido. Cerca de la cumbre hay un arroyo profundo, cuyos barrancos estaban cubiertos de gigantescos y lindos tallos de espadillos florecidos. Espadillos, opuntias y piñuelas pespuntan las faldas de los cerros, junto con charrales espinosos, acacias, coberlinias, plantas berberideas trifoliadas, etc., propias de esa tierra. Era el último día de Marzo, y todas las matas que habían logrado subsistir sin las lluvias del verano estaban en plena floración primaveral.

Las montañas comprendidas en un radio de seis millas a la redonda de Santa Eulalia contienen plata. Allí se han abierto más de doscientas minas, y arriba de cincuenta tienen pozos de más de seiscientos pies de profundidad. Algunas galerías son tan largas que se tarda un día en recorrerlas.

Cuando la producción de estas minas estaba en su apogeo se cobraba un impuesto de dos granos de plata por cada media libra que se extraía de ese metal, para construir la Catedral de Chihuahua y la Iglesia de Santa Eulalia. La primera costó \$600,000 dólares y la segunda \$150,000 dólares. El monto del impuesto indica que las minas produjeron siete millones doscientas cincuenta mil libras.³⁸ Dije atrás que de 1703 a 1833 —esto es 130 años—, de conformidad con el censo levantado en la última fecha, las minas de Santa Eulalia produjeron cerca de veintidós millones de libras de plata.

Desde 1833, cuando estas minas dejaron de ser explotadas, hasta el presente, los habitantes del pueblo se las han ingeniado para sacar de ellas el sustento diario. A los que aun careciendo de conocimientos científicos hallan el modo de extraer la plata de las minas abandonadas, los mexicanos los llaman "gambusinos". Y la población entera de Santa Eulalia es eso. Según las leyes mexicanas, quien deja de explotar una mina cesa de ser su dueño; y, más aún, quien quiera que demuestre poder explotarla con más provecho que su dueño, puede obligarlo a dejársela a él, previo pago de un arriendo proporcionado al volumen de mineral que aquél extrai-

³⁸ Según Wislizenus, la construcción de la Catedral de Chihuahua tardó 73 años y costó 800,000 dólares.

ga. Por tanto, la mayor parte de las minas de Santa Eulalia pueden hoy ser consideradas sin dueño, y cualquiera —natural del país o extranjero— que sea capaz de explotarla, puede tomarla para sí. Para ciertos adinerados de Chihuahua que durante mi residencia allí establecieron talleres de fundición en La Junta, era más lucrativo comprar el mineral en Santa Eulalia que explotar la mina por cuenta propia.

Respecto de su composición, el mineral de Santa Eulalia es, en cuanto a rendimiento, el más pobre del Estado de Chihuahua, y sólo por las enormes cantidades que extraen es que se obtienen semejantes resultados. Pocas veces se extraen tres onzas de plata de 300 libras de mineral.

La calentura me obligó a guardar cama el día siguiente, y tuve que volverme en coche a Chihuahua, pues no podía montar a caballo.

En el próximo capítulo hablaré de viajes más largos que hice desde Chihuahua.

CAPITULO XI

Región occidental del Estado de Chihuahua — Jesús Domínguez — “Novedades” — Cañada del Fresno — Distintivos de la vegetación — Belleza plástica del escenario mexicano — Santa Isabel — Campesinos mexicanos — Hospitalidad y sencillez — Idilios de amor en la vida del norte de México — La meseta — La Bufa de Cosihuiríachic y la Sierra Madre — Observaciones orográficas — Paso y valle de Coyáchic — Lagunas de la meseta — La laguna de Castilla y sus alrededores — Valle del río de Papigóchic y divisoria de aguas del Océano Pacífico — Villa de la Concepción y otros lugares del valle — Datos estadísticos de las minas de Jesús María — Los indios tarumares y sus costumbres — Formación cretácea de la Sierra Madre — Altibajos de la población de la República — Episodios de la vida mexicana — Capitán de ladrones — Mexicano irreverente — Falsa alarma — Regreso a Chihuahua.

A principios de Febrero se me presentó la gran oportunidad de conocer el oeste del Estado de Chihuahua. Un comerciante de la ciudad, que ya dije se llamaba don Guillermo, tenía que ir por aquellos lejanos rumbos a cobrar un dinero, y me invitó a acompañarle. La invitación no era del todo desinteresada, puesto que siendo el viaje aventurado él quería llevar un compañero de toda su confianza. No sólo porque el camino pasa por las peligrosas zonas de los apaches, sino también porque allí hay sitios en que merodean otras cuadrillas de ladrones. En zonas de México en donde ya no hay pieles rojas, comienzan ahora a aparecer ladrones más civilizados, y hay lugares expuestos al pillaje de éstos y aquéllos. El propósito de don Guillermo de coleccionar ese dinero nos hizo recordar a ciertos caballeros de antaño que acostumbraban realizar sus heroicas hazañas en las vecindades de la Villa de la Concepción, y en el camino que conduce a las minas de Jesús María, tal vez sólo para corregir las injusticias de Nuestra Señora la Fortuna en la mesa de juegos. Sin embargo, a la par del grado de valor que se necesitaba para emprender ese viaje estaba la gentil invitación que se me hacía; y, dado que yo también andaba en busca de un buen compañero para ir a la Sierra Madre, quedaba mano a mano con

don Guillermo. Así pues, acepté su invitación. Nos fuimos en un coche tirado por dos buenos caballos. Don Guillermo guiaba, y en lugares peligrosos me sentaba junto a él con el arma en las rodillas, listo para apretar el gatillo. Llevaba yo mi escopeta de dos cañones, y él lo mismo, más un rifle en el coche. Y además de eso contábamos cada uno con dos revólveres de seis tiros y de calibre más grueso. Un criado, el mismo Jesús Domínguez de quien hice elogios en el capítulo anterior, cabalgaba al lado del coche armado de un rifle y dos pistolas de un solo tiro. Sumaban, pues, treinta y dos balas para cualquier emergencia.

Jesús Domínguez valía para nosotros tanto como diez hombres. Los valientes de este país prefieren un pequeño grupo de hombres seguros a una numerosa caravana. Domínguez se hubiera dejado desollar vivo antes que correrse. Y aquí quiero trazar una semblanza de su carácter. Era tan bueno como un niño, cosa que contrastaba agradablemente con su poderosa constitución física. Se sulfuraba, pero sabía dominarse, y porque se conocía bien jamás tomaba licor. Era además humorista y filósofo, y gustaba de hacer observaciones sobre todo lo que veía. Como remedador no tenía igual; podía imitar perfectamente a los indios en sus diferentes costumbres domésticas, así como los tonos de su voz, sus gestos y expresiones; y de esa manera se divertía asustando a la gente, para en seguida reírse de ellos. Llegó a conocerlos a la perfección cuando de muchacho fue su prisionero, y cuando después siguió tratándolos. Su padre y su hermano fueron asesinados por ellos; pero tuvo la suerte de caerle bien a Gómez, quien por aquel tiempo era el más temido de los pieles rojas del norte de México. Lo quiso tanto Gómez que le concedió la libertad y personalmente fue a dejarlo cerca de la ciudad de Chihuahua, en donde, al despedirse, le dio el buen consejo de no volver a juntarse con los apaches. “Cuando andes de viaje”, le dijo el viejo jefe, “no vayas nunca por el camino. Búscate un sendero a cientos de yardas del camino, pues los apaches pueden emboscarte”. Y esto que por las venas de Domínguez corría sangre india. Su tez era cobriza y su pelo negro y lacio le caía sobre su ancha cara.

Salimos de Chihuahua el 3 de Febrero por la tarde, y tomamos el camino de Santa Isabel, pequeña ciudad o pueblo situado unas treinta millas al sur de la capital. En las afueras de la ciudad se toma un camino que va sobre terreno de pórvido y fragmentos basálticos, luego sobre profundas torrenteras, que, aunque secas entonces, en la estación lluviosa acarrear correntadas. Aun aquí el viajero debe precaverse, pues muchos pobres leñadores desarmados han sido tirados allí por indios ocultos mientras seguían inocentemente detrás de su mula cargada. Esa tarde no hicimos más que doce millas, y vivaqueamos cerca de las casas de Rancho del Fresno.³⁷ Pronto se hizo una fogata en la que Domínguez cocinó la comida, y a cuyo alrededor se sentaron otros viajeros. Pasamos la velada

³⁷ Un “rancho” es por estos lados una finca rústica, o una casucha levantada en el campo en donde se cría ganado. Las propiedades rurales grandes se llaman haciendas. En una hacienda puede haber varios ranchos.

en alegre conversación, cuyo tema principal fue el peligro del camino. Un hombre que del río Conchos venía a la ciudad con una pequeña partida de ganado, trajo "novedades"³⁸ acontecidas al sur del Estado. Varios hombres de Chihuahua que iban en viaje a Durango, habían sido emboscados por una banda de comanches; algunos perdieron la vida y también unos 3,000 dólares en mercancías. Un viejo de Villa de la Concepción, hacia donde íbamos, dijo que los apaches habían cometido últimamente numerosas fechorías en esa localidad, y nos enseñó las cicatrices de heridas de balas y de flechas recibidas en varios encuentros con ellos. Yo era allí el único que ni directa ni indirectamente había sido víctima de los pieles rojas.

A la mañana siguiente debíamos pasar la Caña del Fresno, uno de los lugares de más reconocido peligro del Estado de Chihuahua. Es un desfiladero de unas cuatro millas de largo; queda entre bosques de robles achaparrados y asciende gradualmente hasta la meseta. En este paso han aprovechado tanto los apaches las ventajas del terreno que, sin exageración, en su longitud de cuatro millas no hay un solo trecho de cien pasos en donde no haya corrido sangre de algún desdichado viandante. Un gobernador de Chihuahua que pasó un día por allí encontró tan lleno de cruces el camino que parecía un cementerio, por lo que ordenó quitarlas todas y quemarlas, pues que al verlas, dijo, los hombres se acobardaban. Mas, con todo y eso, son tantas ahora las nuevas cruces que se han puesto, que los viajeros se acostumbran a la idea de la muerte. Fue suerte que nosotros llegáramos hasta arriba sin "novedad". Allí pastaban numerosos hatos de ganado, y pudimos ver las hermosas casas de la hacienda Los Charcos. Esta bella y valiosa propiedad pertenece a don Estanislao Porras, mencionado en el capítulo anterior. En esos días estaba él construyendo un sólido edificio en el extremo superior de la cañada, en el cual pudieran estar los viajeros a salvo de los indios. El edificio se hallaba casi terminado. Pero cuatro semanas después, estando ya nosotros de vuelta en Chihuahua, los apaches se apoderaron de él de noche, y al amanecer atacaron a una caravana que pasaba por allí, matando a doce o quince personas. En la sabana de arriba vimos otra prueba del espíritu emprendedor de don Estanislao. Tratábase de un canal que había cortado bajando de las montañas con rumbo al noreste, hasta llegar al camino, que es una distancia de por lo menos ocho o diez millas, con el propósito de regar la tierra comprendida en ese espacio, que es toda suya. Pero los apaches se sirven del canal como de camino cubierto por el cual llegan sin ser vistos a orillas del camino real, y, agazapados en acecho, tiran a los viajeros cuando no son numerosos.

Antes de continuar con mi narración, quiero decir que la fisonomía vegetal del sudoeste de Chihuahua cambia visiblemente. Los chaparrales de

³⁸ Al vocablo "novedades" se le da en este país el significado de desgracias, especialmente a las causadas por los indios. "¿No tiene usted novedades?" Equivale a preguntar "¿no le ha ocurrido ninguna desgracia?" Y, "no hay novedades", quiere generalmente decir que "el camino es seguro ahora. No hemos visto indios".

la meseta del río Grande, que se extienden por el noroeste desde el río Gila al California, y por el sudeste hasta el Golfo de México, desaparecen de las más húmedas zonas de la base oriental de las montañas que bordean la meseta por el oeste. Sería inútil tratar de ver aquí cactus o espadillos, piñuelas, mezquites, y la larrea, o los largos y espinosos tallos de fouquieras, la cerdosa y áfila "koberlinia", las artemisas, los arbustos quenopodáceos, y en fin ninguna otra planta propia de la región chaparralosa. En vez de esta extraña vegetación, las sabanas de altura se cubren de una espesa alfombra de finísimo césped, las escarpadas laderas de las sierras ceden lugar a bosques de inmarcesibles laureles dándoles más bien apariencia de parques, mientras que los altos picachos de la Sierra Madre se arropan en masas oscuras de pinos. Las llanuras y los desiertos, y las peñas desnudas, y los breñales grises, sólo vuelven a verse en la zona baja de Sonora, que es la base occidental de la sierra.

La llanura de más allá de la Cañada del Fresno es una de las escenas típicas del norte de México, la cual, aunque la haya uno visto centenares de veces, jamás deja de impresionar con su belleza única al viajero inteligente. La naturaleza muestra allí sus encantos, y nada pueden agregarle la imaginación ni el entusiasmo para ensalzar su grandeza. No hay árboles que sombreando el verde y suave césped le inviten a uno a caminar entre ellos para llegar a casa. Ningún arroyuelo estimuló nuestro deseo para ir por el valle a las distantes tierras que busca su corriente. Ni una sola nube flota sobre nuestra cabeza. La atmósfera no forma aquí parte del paisaje, es sólo un espacio vacío; las lejanas montañas enmarcan tan armoniosamente el cuadro, y de manera tan perfecta, que uno se olvida de pensar acerca de lo que puede existir detrás de ellas. Es la pura belleza plástica de la escena lo que afecta tan poderosamente los sentidos. Ante nuestra vista se despliega una llanura lisa rodeada de sierras sin árboles. El contraste entre sus ásperas líneas alpinas y la blanda llanura lo suaviza una fina curvatura que delinea su base. No se ve nada que altere sus formas ni ningún ornamento supérfluo. Su conjunto, como diría un pintor, lo ha realizado la naturaleza en la estricta pureza del estilo histórico. Y en verdad que es histórico el cuadro; pues ha sido testigo de maravillas naturales.

El camino que atraviesa la llanura es liso como una mesa. Don Guillermo, por divertirse, le soltó las riendas a los caballos sólo para hacernos ver la rapidez a que podrían correr en caso de necesidad. Y volamos sobre la yerbosa pradera, veloces como un tren. Pronto quedó la llanura atrás y entramos en la montaña por un desfiladero que baja al valle de Santa Isabel, terreno de pórvido, traquita, diorita y basalto con fragmentos dispersos de calcedonia azul y verde. Aquí a la orilla de un arroyo bordeado de álamos y de sauces, los verdes campos de trigo eran prueba de valor del riego, mientras las ramillas péndulas de los sauces, y los hinchados cogollos de los álamos patentizaban la influencia de un sol de Febrero. Más entrado el año, cuando estos árboles entolden el arroyo cuyas aguas transparentes fluyan sobre miriadas de piedras de colores, cuando los maizales ondulan al paso del viento y los prados de los alrededores de la ciudad se

engalanan de flores silvestres, Santa Isabel debe ser un paraíso. Altos cerros de extravagantes perfiles circundan el valle. Varios de ellos situados al norte fueron refugio de una tribu de apaches. Cuando estos salvajes tenían allí sus danzas nocturnas, en la ciudad se oía el tarantantán de sus tambores; de ahí su nombre: Sierra del Tambor. Sus población fue primeramente una misión católico-romana destinada a catequizar a los indios tarumare, y su posición, como otros lugares similares, fue admirablemente escogida.

En la tarde, mientras don Guillermo se ocupaba en sus asuntos, tomé mi escopeta para ir a tirar patos en un maizal de la orilla del río. Allí, entre álamos y sauces, me encontré de pronto con un hombre que me miraba con pasmo, igual al que yo habría manifestado si hubiera visto caer a mi lado un pedazo de la luna. “¿De dónde viene su excelencia?”, me preguntó con tímida expresión. “De Europa”, le dije en chanza. “¿Ahora, ahorita?”, volvió a preguntarme. “Hace poco”, fue mi respuesta. “Pero ahora ¿de dónde viene, ahorita?” “De su pueblo”. “Pero ¿cómo llegó su excelencia allá?” “En coche”. “¿Con quién?” “Con don Guillermo”. “¡Ah! Con don Guillermo de Chihuahua”, dijo, aparentemente satisfecho. “Yo conozco muy bien a don Guillermo; y ya que su excelencia ha recorrido el mundo, tal vez pueda decirme si acaso conoce a un joven que es pariente mío. Se lo enviamos por cuatro años a cierta persona de Doñana para que allí aprendiera cuatro oficios, y ya han pasado seis años sin que ahora hayamos sabido nada de él”.

La jornada del día siguiente fue corta. Salimos de Santa Isabel a mediodía y a las cuatro entrábamos en Carretas. Este pueblo está en un bien cultivado valle que es, como otros de la misma región, una depresión de las tierras aluviales que forman esta meseta y probablemente quede a 500 ó 600 pies más abajo del nivel medio. Aquí pasamos todo el día siguiente, que era domingo, y no podré decir cuán amablemente nos recibieron don Felipe y su familia. No hay en verdad nada que supere la amabilidad, la inafectada bondad, la buena crianza y la cortesía de los campesinos mexicanos. En casi todo respecto son superiores a nuestros labriegos alemanes, y resalta en ellos la candidez de sus hábitos naturales, muy distintos de la burda indecencia de que he sido testigo en el ambiente familiar de aquéllos. En suma, el ranchero mexicano es mucho más refinado. La gazmoñería puritana no tiene lugar en ellos. Habiendo visto que en la noche nos habían preparado camas en la sala, le dije a don Guillermo que me sentía cansado, y quería que la familia nos dejara solos para irnos a acostar. “Si es así tendrá usted que esperar mucho”, me respondió, “pues todos aquí están esperando que nos desvistamos delante de ellos”. Y tuvimos que hacerlo ceremoniosamente ante las señoritas que con la mayor urbanidad y decoro iban viendo cómo caían al suelo nuestras piezas, una por una, hasta la más última; y sólo hasta que nos vieron tendidos en la cama se retiraron dándonos las buenas noches.

El domingo por la mañana se reunieron en la casa los principales hombres del pueblo, y, como de costumbre, contaron cuentos de los indios.

Uno de ellos es tan típico de la vida novelesca del norte de México, y me interesó tanto, que voy a repetirlo.

Hace algunos años un jefe apache, educado cristianamente en casa de un cura del Estado de Sonora, se convirtió en el terror de estos lados. Se aprovechó de que sabía leer y escribir, tal como en su situación lo hubiera hecho un salteador de caminos civilizado. Interceptaba el correo de las minas para saber cuándo y por dónde enviarían las cargas de plata y mercaderías, y planeaba con éxito el asalto. Pero al fin cayó con su banda en una emboscada que le pusieron las tropas mexicanas, y todos fueron exterminados. Este indio vivía con una muchacha mexicana a quien había robado de casa de sus padres. En el encuentro de la emboscada ella peleó contra las tropas a la par de los hombres, y unos soldados que la reconocieron le gritaron que si se rendía le perdonarían la vida. La muchacha desestimó la propuesta y cayó junto con los demás, habiendo antes matado a flechazos a varios soldados. En un viaje posterior que hice a través del continente supe de un caso similar que me contó un vecino de Mesilla (en el río Grande) respecto de una sobrina suya que había sido raptada por los apaches, y que entonces vivía por su gusto con ellos. El tío la encontró un día en Santa Bárbara con el jefe de la tribu apache "mina de cobre" — en paz en aquel momento con los norteamericanos— y le dijo el indio que él no se oponía a que la muchacha, si quería, volviera a casa de sus padres; pero ella rechazó indignada el ofrecimiento, y cuando su tío trató de convencerla, ella se negó a hablarle. "¡Y era muchacha cristiana!", advirtió, y acto seguido explicó despectivamente: "¡Pero aindiada, apachada!"*

El día siguiente proseguimos el viaje. Llegados a la cima vimos a nuestros pies el pueblo en medio de verdes maizales. Al lado de allá del valle la vista se explaya sobre el confín de la meseta de enfrente, cuyos perfiles de picos roqueños se destacan contra un límpido cielo azul.

En la meseta el camino sigue rumbo noroeste, y sube y sube más y más alto por diez o doce millas. Ante nosotros se alzaban dos cerros cónicos como dos islas en el horizonte. El camino pasa por entre la depresión que los separa, y la llaman Puerta de Coyáchic. A primera vista no se explica uno el por qué del nombre, pues el territorio circundante es tan plano como el piso de una sala. Pero más cerca de los cerros, hay hoyadas que cortan la llanura, y que no se ven hasta llegar al borde de ellas. A la izquierda de los cerros gemelos, más allá de un claro, se alza otro cerro solitario. Este es el Bufo de Cosihuijáchic. El doctor Wislizenus fue quien primero fijó la posición geográfica correcta de este cerro; porque los geógrafos europeos yerran al ponerlo como uno de los principales picos y vértebras de la Sierra Madre. Este cerro queda en la meseta, sobre la cual no se alza gran cosa. Pertenece a los núcleos aislados que están entre la Sierra Madre y la ciudad de Chihuahua.

* (Todo eso está en español en el texto inglés).

Respecto de esta serranía y de su famoso nombre —y con el objeto de rectificar errores— me extenderé más adelante al hacer un estudio general sobre la orografía de la América del Norte. Por ahora sólo diré que en México (con inclusión de Nuevo México y California) hay varias cordilleras llamadas Sierra Madre, sin que entre ellas haya la menor conexión, pero que los cartógrafos las han colocado erróneamente una junto a la otra, y que la Sierra Madre mencionada en esta parte de mi viaje debe describírsela como un cinturón de montañas, consistente de eslabones estrechamente unidos, que forman el límite orográfico occidental y fin de la meseta mexicana, pero que, en un sentido hidrográfico, está en la vertiente del Océano Pacífico; puesto que los ríos que fluyen a través de esta región en dirección al Golfo de California nacen al lado este de la cordillera, en la propia meseta, y sólo llegan al lado oeste abriéndose paso a través de este cinturón de montañas. Esta definición calza de manera perfecta con el término usado en el país, conforme al cual el nombre de Sierra Madre jamás se extiende a las serranías y núcleos de una meseta. Porque, en realidad, éstas no pueden bajo ningún punto de vista ser consideradas como estribaciones de esa barrera de montañas. Por el contrario, casi todas corren paralelas a ellas, elevándose sobre la planicie, igual a como surgen del mar las islas de un archipiélago.

Según Wislezenus, el cerro Bufo Cosihuiríachic está a 7,918 pies sobre el nivel del mar, y a 1,643 sobre el pueblito de Cosihuiríachic. Y puesto que éste queda en una depresión de la meseta que rodea al cerro, en una bajura de por lo menos 700 pies, la cumbre del cerro debe lógicamente estar a unos 900 pies sobre la meseta, y ésta a 7,000 pies sobre el nivel del mar. Desde aquí, en dirección noroeste hasta Cerro Prieto, cuya laguna queda en la extensa cuenca que abarca desde el Golfo de México al Golfo de California, el nivel del terreno se eleva gradualmente. En Carretas sucede lo contrario, allí es más bajo, y en Santa Isabel más bajo todavía. La llanura de Chihuahua, como ya se dijo, está a sólo 4,600 pies sobre el nivel del mar, y el río Grande, en cierta parte de su curso, tiene un desnivel de 3,000 a 4,000 pies. De ahí se deduce que, del río Grande a la base oriental de la Sierra Madre, el nivel general de la meseta sube gradualmente de 3,000 a 4,000 pies.

Pero sigamos con nuestro viaje. El camino que subía insensiblemente por la planicie era tan bueno que mi caballo hizo las dieciocho millas hasta el pie del desfiladero de Coyáchic en un constante trote. Desde lo alto es bello el escenario. Vese la sabana cubierta de excelente pasto. A la derecha y la izquierda teníamos las primeras faldas que caen a los valles por ambos lados flanqueando la meseta. Matorrales y bosquesillos de roble retorcidos, del tamaño de los perales, crecen en estas faldas, y respunteando la llanura le dan aspecto de parque. Por el oeste, casi paralela a nuestro camino, se alarga la Sierra de San Borja, toda enmontada y separada de nosotros por una honda y estrecha hoyada que al principio no podíamos ver, ya que las montañas del otro lado parecían surgir del mismo nivel de la llanura que íbamos cruzando. El pueblo de San Borja está

en ella, y es la misma en cuya parte superior están Coyáchic y Cosihuiríachi.

Llegamos pues al pie del desfiladero de Coyáchic, en donde el camino se torna más escabroso y empinado. Pero no tuvimos dificultad en subirlo. Allá arriba el paisaje es muy áspero: grotescos peñascos de pórfido esmaltados de líquenes verdes, grises y amarillos, surgen de los riscos, y los hay hasta en las cumbres de los dos picachos. Varias clases de robles, y pinos con agujas de medió pie de largo crecen en las hendeduras. En varios lugares se ven entradas de cuevas.

Tan pronto como se llega a la cima del desfiladero mira uno de repente a lo profundo de un valle, o más bien al otro lado de él, que es una cañada de forma extraña cortada en una enorme aglomeración aluvial, o conglomerado. Parece imposible que un carruaje pueda bajar a ese abismo y que luego suba al otro lado; pero la bajada, que los carreteros conocen con el nombre de Cuesta de Coyáchic, es menos trabajosa de lo que parece. Un hombre emprendedor y rico, el Padre Gallejo, cura de Coyáchic, hizo un camino por cuenta propia, demostrando así ser un buen patriota y avisado especulador. Cuando llegamos al valle mandó a un muchacho a pedirnos medio dólar de peaje. El aspecto del camino hasta el pueblo, con su bonita misión católica, las peñas de figura grotesca y las cañadas de la llanura, más las serranías que se elevaban detrás de nosotros, formaban un conjunto muy singular.

Al otro lado del pueblo encontramos acampada una recua que llevaba cargas de monedas a otros pueblos, y como íbamos en la misma dirección nos juntamos para no pasar solos el peligroso desfiladero de Casas Coloradas. Así pues, con la recua partimos al manifestarse los primeros albores de la mañana siguiente. El camino sube por entre robles de un terreno quebrado de la meseta. Cerca de la cumbre son tan escarpadas sus laderas que unos pocos pasos le llevan a uno a lo que parece ser otro país. De la parte boscosa se pasa a una ancha sabana enyerbada que más allá se ramifica por entre serranías que en los espacios intermedios tienen lagunas y lagunetas, algunas de las cuales no están lejos del camino. Detrás de ellas, hacia el sudoeste, la Laguna de los Llanos extiende su extensa superficie al pie de las distantes montañas que pertenecen a la Sierra de los Ojos Azules. Por el norte, no muy lejos —pero invisible desde el camino— está la laguna de Castilla, la más grande del norte de México, circundada de riquísimos pastizales regados por corrientes de agua tibia que los mantienen verdes tanto en invierno como en verano. Me dijeron que mide veinte leguas de diámetro, lo cual me pareció exagerado. Es, no obstante, digno de notarse que esta laguna no figura en ningún mapa, por lo menos de los que yo conozco.³⁹ Personas conocedoras de ella y de sus

³⁹ Mr. Herman Ehrenberg confeccionó un mapa que publicó en San Francisco basado en trazos y notas que yo le di, el cual envié al Departamento de Guerra, en Washington. Véase el "*Mapa de la Compra de Gadsen, Sonora, y partes de Nuevo México, Chihuahua, y California*", por Herman Ehrenberg, C.E. De sus notas personales, de las del mayor Heintzelman, del capitán Sitgreaves, de los tenientes Derby, Bartlett, Gray, Julius Froebel y de otros. San Francisco, 1854.

contornos me dijeron que en ciertos puntos de sus riberas la tierra es tan fofo que puede tragarse a un hombre a caballo. Su situación es geográficamente interesante, ya que ocupa la cima de una parte central de la meseta. De sus orillas parten manantiales de ríos y de arroyos hacia los cuatro puntos cardinales: por el sur y el este hacia el río Conchos, y de allí al río Grande; por el oeste hacia el río Yaqui, que desagua en el Golfo de Baja California; y por el norte hacia el río del Carmen, el río de Santa María, el río de Las Casas Grandes, y algunos riachuelos, y luego parten a la laguna de Encinillas, la laguna de los Patos, la laguna de Candelario, laguna de Santa María y la laguna de Guzmán. Esta región, con todas sus lagunas, es la parte menos explorada de México.

Viajamos con la recua rumbo al norte sobre la meseta, acercándonos a una serranía que comienza aquí y se alarga hacia el noroeste hasta que la dejamos en Puerto de las Casas Coloradas. Bien pudimos haber bordeado el extremo sur de esta serranía, pero nuestros compañeros de viaje, a quienes seguíamos, tenían pasar por el Bajío del Chato, sitio famoso por los crímenes perpetrados allí por el jefe de los indios de esa zona. El desfiladero de las Casas Coloradas tiene reputación casi igualmente mala. En varios lugares encontramos restos de vagones saqueados y destruidos por los apaches. Pasado el desfiladero llegamos al Cerro Prieto, prolongación de la meseta que se extiende alrededor de la base meridional de la serranía. Aquí, por primera vez, llegamos a un sector de la propia Sierra Madre, larga cordillera cubierta de tupidos pinares. Ésta se junta a la llanura en el Cerro Prieto, y cierra el suroeste una pequeña y estrecha franja de la meseta, que, limitada al noreste por la Sierra de las Casas Coloradas y sus estribaciones, aprisiona un riachuelo que va a dar a la vertiente del Pacífico. En la cuenca hay una laguna que llaman de Cerro Prieto. La planicie que la rodea es una verdadera llanura alpina, a la cual baja el bosque de altos pinos de la Sierra Madre. El pueblo de Cerro Prieto queda al suroeste de la laguna; los dejamos al oeste de nuestra ruta. El agua y sus riberas estaban atestadas de gansos y de patos. Continuamos rumbo noroeste sobre la estrecha franja de la meseta mencionada atrás. Esta forma al principio la base del valle entre estas dos serranías; pero gradualmente, a medida que el lecho del río cava más y más hondo en la tierra de aluvión, se forman terrazas anchas, cuya superficie perteneció tal vez originalmente al declive que baja al Golfo de México, mientras que el lecho desgastado del río sigue rumbo al Océano Pacífico. El riachuelo, nutrido copiosamente por los torrentes de las montañas, forma uno de los afluentes del río Yaqui, de Sonora.

Pasamos una miserable noche de hambre y frío cerca de unas casas inhospitalarias que llaman Los Ranchitos. Habiendo pasado las casas del deshabitado Rancho del Rosario, cuyos términos comprenden un bellissimo territorio, y por el pueblo de San Antonio —en donde por ser el valle más seguro vimos pastar las primeras manadas de reses en los prados— llegamos al día siguiente a la Villa de la Concepción, el más importante lugar de la zona occidental del Estado de Chihuahua. El nombre indio de este pueblo, que es Papigóchic, y significa espiadero, es voz de la lengua taru-

mare. El riachuelo que habíamos pasado se junta aquí con una colmada corriente que baja de las montañas desde un valle lateral de la Sierra Madre. Y así nutrido y rumbo en dirección noroeste, el río Papigóchic pasa por los pueblos de Santo Tomás, Tejológachic, Mátachic y Temósachic, y, entre este último y Yepómera, tuerce bruscamente hacia el oeste, a través de la Sierra Madre.

Este valle de altura es la parte más rica del Estado de Chihuahua, y se le considera su granero. Cuando en los bajos hay sequía, jamás falta la lluvia aquí ni tampoco en los ríos para el riego. El panorama es bello y el clima ideal. Es verdad que en invierno cae nieve, pero nunca es demasiado baja la temperatura; y el calor no es sofocante en verano. Las manzanas que se dan en esta zona son riquísimas, y se envían a vender hasta Sonora. Una carga de mula de esta fruta que aquí vale 3 dólares, se vende por 40 en Guaymas; y allí también se cambian por naranjas. Las famosas minas de Jesús María, en la Sierra Madre, cerca de la frontera con Sonora, quedan a pocos días de La Concepción, o La Villa, como se la llama aquí, y hasta allá se envían trigo, maíz y otros cereales. Estas minas, ahora muy desatendidas, hicieron antes de La Concepción un emporio comercial, y todavía contienen bastantes riquezas. Los comerciantes de Chihuahua tienen a sus habitantes por clientes de gran valía, y hacen su agosto cuando de La Villa llegan recuas a hacer sus compras. Pero aquí, como en todas partes, la manera fácil aunque precaria de hacerse rico ejerce influencia dañina en la moralidad de la población. Sus habitantes son los más empedernidos tahures del Estado; y así como en otros lugares el crédito de una persona depende del buen o mal negocio que esté haciendo, aquí todo gira al ritmo de la ruleta o de la buena o mala suerte con los naipes o los dados. “¿Me pagará don N. N.?”, preguntó confidencialmente un comerciante a otro. “Sí, creo que sí; ayer ganó 5,000 pesos”, fue la respuesta.

Daré unos datos que recabé de buena fuente acerca de las famosas minas de Jesús María.

Estas minas, que contienen mena de plata aurífera, están cerca del nacimiento del río Mayo, en el puro corazón de la montaña. De algunas de ellas sólo se extrae oro, como es la Mina del Rosario, la que en ciertas semanas ha llegado a producir hasta 10,000 dólares en oro. La plata es el producto principal, pero debido a su constante mixtura con el oro, media libra de plata de la Jesús María vale 10 dólares en la casa de moneda de la nación, en tanto que la media libra de pura plata vale sólo 8 dólares y un cuarto. Entre las minas de esta localidad, la de Santa Ludubigen está siendo explotada desde la Independencia; y en seis meses, de Mayo a Octubre de 1839, produjo una utilidad neta de 400,000 dólares. Pero la mina principal de Jesús María es la de Santa Juliana. No se la ha explotado desde la expulsión de los españoles, y actualmente está inundada. Según los entendidos, costaría 200,000 dólares desaguarla para poder reanudar su explotación. Su mineral nunca ha rendido menos de libra y media de plata por carga de 300 libras de mineral, y a veces hasta dos

libras y media, lo cual es extraordinario; tenemos pues que la carga de mineral que lleva una mula puede llegar a valer 400 dólares. Aún ahora, cuando las minas no están siendo explotadas como se debe, la ciudad vive del laboreo empírico de los gambusinos, quienes, al recibir anticipos de dinero que les hacen los capitalistas, se comprometen a venderles mensualmente el mineral que extraen con un 16% menos del valor que tiene en la casa de moneda de Chihuahua. Un hombre que invirtió 20,000 dólares en esa clase de especulación duplicó su inversión en un año. Pero si bien la casa de moneda de Chihuahua paga un 16% más de lo que el gambusino percibe por el mineral, da un 20% menos de su verdadero valor. Es fácil, por tanto, darse cuenta del extraordinario rendimiento que puede obtenerse de estas minas.

En la Villa de la Concepción fuimos recibidos de manera muy cordial en casa de uno de los caballeros más conspicuos. Don Rafael, habiéndose dado cuenta de que yo quería saber algo acerca de los indios tarumare, me dio a conocer varios datos que, después de obtener en otras fuentes que corroboraron lo que él me dijo, creo que debieran ser mejor conocidos de lo que son.

Antes de pasar adelante quiero sentar como premisa que a todos los indios civilizados del Estado de Chihuahua se les llama tarumares, aun cuando no todos son de la misma estirpe. Sin embargo, la gran mayoría de ellos tienen un mismo origen y hablan la misma lengua, cuya gramática es muy conocida, pues aún existe un texto de ella publicado en México. No puedo decir si la lengua de los llamados tarumares, que no son de la verdadera tribu, aunque diferente, tiene o no alguna afinidad con la auténtica lengua tarumare.

Estos indios constituyen parte de la población de la Villa de la Concepción, así como también de todas las otras comunidades del valle; y todas ellas tienen los mismos derechos de los indios pueblo, aun cuando la mayor parte de sus actuales habitantes son "gente de razón",* como se autodenominan los mestizos mexicanos, en contraposición a los indios. Estos tarumares, aun cuando conservan su viejo idioma, han renunciado a la mayor parte de sus antiguas tradiciones. Pero en apartados rincones de las montañas quedan todavía restos de ellos en estado primitivo; y aunque dicen ser cristianos, y tienen ciertos nexos políticos con el gobierno, siguen apegados a las costumbres de su viejo sistema social. Poseen la tierra en común, la que de tiempo en tiempo subdividen en proporción a las necesidades de cada familia. Una parte se reserva para las exigencias de los ancianos, los enfermos y los desvalidos; se trabaja mediante el esfuerzo común de la tribu, y el producto se guarda en graneros públicos. Estos depósitos están bajo el control de funcionarios de ambos sexos a quienes llaman "tenaches". Existe, sin embargo, una tribu de tarumares en uno de los valles de la Sierra Madre, cerca de las famosas minas de Batoseáchic, que conserva sin cambiar en nada su

* (Así en español).

antigua religión y costumbres sociales. Esta gente, aunque no exactamente hostil a los mestizos mexicanos, se abstienen de todo trato con los extraños. Si un viajero, por ejemplo, entra en su casa, salen de ella; si le ven venir se van al monte; si se les habla, no contestan, aun cuando entiendan la pregunta; y ni por todo el oro del mundo le venden a uno nada de lo que tienen. Bien podría un extraño morir de hambre en una de sus rancherías sin que ellos le den de comer, a menos que él se apropie de lo que fuere justamente necesario, cosa que esta gente hurafía permite. La característica terquedad y la esquivez de su raza se manifiestan entre ellos en su forma más rústica, aunque pasiva.

Mucho supe de ciertos juegos de los tarumares y de otros pueblos indios de los estados de Chihuahua y Sonora. Tribus o comunidades enteras sostienen competencias de carreras a pie que duran de sol a sol, y cuyo objetivo es ver quién aguanta más. Cada grupo empuja por delante, sobre colinas y valles, una pelota. Me contaron que cuando un indio cae exhausto le hacen una sangría en las piernas, y las mujeres se colocan en lugares estratégicos para echarle agua encima a los que se desmayan.

Dejamos el coche en La Concepción y seguimos por el valle a caballo. El primer pueblo que se encuentra en el camino es Santo Tomás. Su situación tiene gran interés geológico. La sierra oriental se alza aquí a su mayor altura, formando el Cerro de Santo Tomás, a cuyo pie se despliega el valle cruzando por estratos de tierra y arcilla con pedernal. Y hay una estrecha quebrada de paredones escarpados por la cual fluye la corriente. Más allá de esta singular entrada pasa la corriente por el pueblo de Tejológachic hasta llegar al valle que tiene la misma fisonomía del valle mencionado atrás. Seguimos adelante sin parar, y pasamos la noche en Máta-chic. Dos días antes los apaches habían robado aquí 150 reses, y casi toda la población masculina del pueblo, junto con la de Tejológachic, Santo Tomás, Temosáchic y Yepómera, andaban persiguiéndolos. Entre Máta-chic y Temosáchic paramos en un rancho perteneciente a un amigo de don Guillermo. Encontramos a don Blas en estado lastimoso. La semana anterior un apache de un lanzaso le había pasado el cuerpo de claro en claro; me pareció que recuperaría. De regreso dormimos en el mismo rancho, y me llamó la atención el hecho de que el número de muertos a manos de los indios sería en breve repuesto por los sobrevivientes. “¡Qué muchachería!”* exclamó Domínguez cuando al entrar en la casa nos vimos de pronto rodeados por una docena de mujeres jóvenes seguidas de una porción de chamacos, hijos todos de ellas. No vi allí un número proporcionado de padres. Pero, sea como fuere, en este país son comunes las madres prolíficas. En Santo Tomás conocí a una mujer joven todavía que tenía ocho hijos.

Temosáchic era el punto final de nuestro viaje. El río quiebra aquí hacia el oeste por entre una cañada tan estrecha de la Sierra Madre que apenas si se ve por dónde va. El pueblo de Yepómera, situado pocas mi-

* (Así en español).

llas al norte, es el último de esta región del Estado de Chihuahua. Región despoblada, con casas en ruinas destruidas por los apaches, con ganado cimarrón, resto de grandes rebaños, que se extiende hacia Corralitos, Casas Grandes y Yanos, lo más extremo del Estado hacia donde desde aquí lleva un camino muy solo. Hay en el valle, cerca de Temosáchic y Yepómera, muchos manantiales; algunos son lo suficientemente tibios como para hacer crecer en invierno el pasto, y muy beneficiosos para el ganado de los pueblos vecinos.

Aprovecharé la oportunidad para hablar del sistema de servidumbre que actualmente rige en México.

Un hombre respetable de Temosáchic compraba de tiempo en tiempo mercancías a don Guillermo en Chihuahua, y éste le daba crédito hasta por varios cientos de dólares; el otro pagaba cumplidamente. El hombre murió y su hijo llegó a Chihuahua un día con una carta escrita al parecer por su padre agonizante, en la cual pedía al comerciante fuese con su hijo tan bondadoso como lo había sido con él. Don Guillermo cumplió con la solicitud y dio al joven mercaderías por unos pocos cientos de dólares. Pero pasaron tres años sin que hiciera ningún abono a la cuenta ni se volviera a saber del joven; en eso fue que se apareció don Guillermo en Temosáchic. “¿Dónde vive Natividad Andrade?”, preguntó don Guillermo al primero que encontramos al entrar al pueblo. “Allá vive su madre”, fue la respuesta. Paramos frente a la puerta abierta de la casa, y allí estaba una señora de edad proveya. “¿Está Natividad?” “No señor”. “¿Pero anda por aquí?” “Sí, anda en el pueblo”. “Que me lo busquen, por favor; quiero hablar con él”. A los dos minutos llegó. Era un joven más alto que bajo, bien proporcionado, y bien parecido, pero una vida irregular comenzaba a deteriorarlo. “Natividad”, le dijo don Guillermo, “como no has ido a verme yo he tenido que venir. ¿Por qué no volviste nunca por allá?” “No he tenido para pagarle, señor”. “¿Me puedes pagar ahora?” “No, señor; estoy muy pobre, no tengo con qué”. “¿Sabes cuánto me debes?” “No sé exactamente cuánto”. “Son trescientos dólares”. “Si usted lo dice eso debe ser”. “¿Podrías hacerme un abono siquiera?” “No tengo nada, señor”. “Entonces vente conmigo y me lo desquitas con trabajo”. “Estoy listo; es justo lo que usted dice, señor”. “Prepárate, pues, porque no puedo esperar”. “Ya estoy listo; aquí estoy todo”. Y por todo llevaba un viejo sombrero de palma, una camisa ordinaria de algodón, pantalones de lo mismo, guaraches, y un sarape plomo de lana que la gente pobre se echa con cierta donosura sobre sus harapos.

En el curso de este diálogo que afectaba profundamente la suerte de varias personas, no nos habíamos apeado del caballo, y la anciana no había hablado palabra. Pero luego rompió a llorar, y, volviéndose a don Guillermo, le dijo: “Su merced tiene razón; pero considere lo vieja y pobre que estoy... Natividad es mi único hijo. Sin embargo, ya sabía yo que él no me serviría de nada en mi vejez; no ha querido seguir el ejemplo de su padre. ¿Pero no quieren los caballeros entrar a mi pobre casa?”, añadió con la cortesía que ni los españoles de la más humilde condición olvi-

dan. “Sí”, dijo don Guillermo, mientras entrábamos en su chocita de barro, “su marido era un hombre honorable. ¿Cómo es que su hijo se ha degradado tanto?” “¡Ah, señor!, se ha dedicado al juego y todo lo ha perdido”. “Si le di crédito fue por la carta de su padre. ¿Pero cómo me pudo haber recomendado a un hijo cuya conducta conocía?” “¡Ah, señor, mi marido no le escribió esa carta; mi hijo la falsificó por malos consejos de sus amigos”. “Entonces mereces ser castigado”, dijo don Guillermo al joven. “Y usted, señora”, continuó dirigiéndose a la madre, “debe consolarse. Porque tal como él está ahora, de nada le sirve su hijo. Yo me encargaré de él. Voy a enseñarle a trabajar y a vivir como persona de respeto, y ha de volver un día a esta casa convertido en hombre honorable, como lo fue su padre. Tú te vienes conmigo a Texas”, añadió mirando al joven. “A donde usted quiera llevarme”. Y después de un rato allí, durante el cual la buena señora nos regaló tortillas y frijoles, Natividad se despidió de una joven y besó a un niño. Salimos de la casita y emprendimos viaje de regreso.

Cabe observar que esta transacción, que no llevó más de media hora, se hizo sin intervención de ninguna autoridad ni abogado.

Un arreglo similar se llevó a efecto con otro deudor de don Guillermo cuando íbamos de vuelta a Villa de la Concepción. Guadalupe Vargas era un tipo taimado y satírico, pero al mismo tiempo atolondrado y humorista. Después, en momentos de íntimas confidencias, sentado a la sombra de un roble en una montaña californiana, me confesó que por cierto tiempo había sido miembro de una banda de ladrones. Tal vez don Guillermo no sabía eso cuando le abrió crédito por varios centenares de dólares en mercancías para que se dedicara a buhonero. El hombre vendió la mercancía en un momento, y asimismo jugó y perdió todo el producto. El Guadalupe no volvió a pensar en lo que debía hasta el día en que don Guillermo lo sorprendió igual que a Natividad. En pocas palabras, Guadalupe, lo mismo que el otro malapaga, estaba anuente a seguir y servir como simple peón a su acreedor, aun cuando veía su suerte de modo diferente. Cuando supo que debía acompañar a su amo a Texas, pidió permiso de ver antes por última vez a su anciana madre, que vivía en un pueblo vecino. “Quiero que mi madre me eche la bendición antes de irme en tan largo y peligroso viaje a un país extraño”, dijo, con una mezcla de piadosa mojigatería y guasa. Natividad, que con todo y sus vicios era más serio y afectuoso, suspiró profundamente: “Mi madre”, exclamó con tristeza de verdadero penitente, “no me bendijo”. “¿Por qué afligirse, hombre?”, le dijo su compañero de infortunio, “de nada sirve el arrepentimiento. Comencemos una nueva vida! ¿Acaso no está don Guillermo, que es todo un caballero, abriéndote las puertas del mundo? ¿Qué sabes tú del mundo? ¡Nada!; ahora vas a conocerlo. ¡Vas a conocer los Estados Unidos! ¡Vas a hacer te hombre! ¡Vas a pagar tus deudas! Y después de unos años de ausencia vuelves a tu pueblo, aunque ya tu madre tal vez esté muerta, pero tus hijos serán grandes, y quién podrá decir que su padre no llegue a ser alcalde de Temópachic?” Todo esto es tan del humor mexicano que no he querido dejar de hacérselo ver al lector tal cual lo oí y vi. Estos dos

hombres, con quienes me tocó viajar después miles de millas, y de quienes por tanto debo hablar, son ejemplos de las buenas y malas cualidades del mexicano; y, aun cuando el primero pueda ser opacado por el segundo, puedo en verdad decir que más tarde ambos fueron incansables en el trabajo, complacientes y de honradez irreprochable. Su destino es semejante al de su patria, un país que, en toda la historia de los pueblos hispanos, ha tenido un lentísimo desenvolvimiento moral; pero que dueño de grandes cualidades, las aprovechará un día para regenerar al Nuevo Mundo.

Cuando estábamos en casa de quien ahora era nuestro sirviente, llegó una joven a preguntar por su marido que dijo había ido a Chihuahua y no había vuelto a saber de él. Llamábase éste don José Jesús de la Luz Miramontes. ¡Cuán armonioso suena . . . pero qué ruido tan vacío para un nombre! En cualquier otro país se hubiera llamado Dick, o Jack o Bill. Es de veras trágico que tenga un pueblo idioma tan bello, porque de haber sido así de musical el idioma de los ingleses y de los norteamericanos, nunca hubieran podido forjarse un carácter del recio temple que tienen.

La joven me impresionó sobremanera. Tenía pelo claro, ojos azules y un cutis tan fresco y delicado como el de cualquier alemanita. No es raro encontrar este tipo de gente en tierras frías, que son las de regiones altas del norte de México. No me atrevo a decir si esto es prueba de la influencia del clima y del poder de adaptación de la naturaleza humana, o lo contrario: de la inmutabilidad de tipos y de razas.

Cuando volvimos a montar para salir de Temósachic, me dolió el alma ver que Natividad tendría que seguirnos a pie, y a paso rápido para mantenerse a la par de los caballos. Pero yo no podía cambiar las cosas, y me sorprendió ver cómo él, igual que un perro fiel, trotaba adelante y luego atrás, y otra vez a nuestro lado. Vargas se le juntó en la villa, y, aunque al principio no podía apareársenos, pronto aprendió a mover las piernas, pues muy claro vio que tenía que ser así o exponerse a que algún apache lo encontrara rezagado en el camino y le cortara el cuero cabelludo. La manera de tratar a estos hombres fue ciertamente cruel; pero en México no se juzga eso así. Para las clases humildes de allá es común correr con rapidez y aguantar lo indecible. En el próximo capítulo citaré ejemplos casi increíbles de esta naturaleza.

De regreso paramos de noche en casa del alcalde de Santo Tomás. Se nos había dicho que este hombre, a pesar de ser el funcionario de más alta jerarquía en el pueblo, era ni más ni menos capitán de una cuadrilla de ladrones. En la mesa don Guillermo le preguntó en chanza si sabía lo que de él se decía. “¡Ah!, sí lo sé”, respondió riéndose. “Es divertido. El nombre de pila y el apellido de ese ladrón son los mismos míos, y su esposa tiene también el nombre de la mía; pero ese es otro hombre que vive en Cerro Prieto”. Y era verdad. A la cuadrilla de ese sujeto perteneció nuestro amigo Guadalupe, según su propia confesión, y más tarde me contó muchas cosas de eso. “Su merced pudo haber viajado seguro conmigo por allí”; me dijo, “en compañía mía nadie le hubiera tocado un pelo”.

Santo Tomás fue primeramente una misión de los jesuitas, y en la iglesia del lugar están enterrados todos los padres que trabajaron en ella; entre ellos el fundador de la propia misión, que debe haber sido establecida a principios del siglo XVII. El alcalde nos enseñó la iglesia y nos llevó a la cripta, hacia donde Domínguez se nos había adelantado. Lo encontramos de pie ante el cuerpo embalsamado de un padre canonizado, al que habiéndolo sacado de su tumba y puesto derecho contra la pared, le decía: "Así que ya eras santo, ¿eh? Pero no debes haber sido muy inteligente; tu cabeza es muy chiquita". Y en verdad que el cráneo era sumamente pequeño. El alcalde se rió. Nos esmeramos cuidando de que los sagrados restos volvieran a su tumba, y ayudamos a cerrarla poniéndole su lápida encima.

Siempre yendo de regreso llegamos a Cerro Prieto, dejando esta vez al este la laguna que está cerca de él. Don Guillermo visitó aquí, entre otros, al capitán de la banda de ladrones; y de habernos sido posible le hubiéramos llevado como peón, pues él también le debía dinero a don Guillermo. Pero a los peces gordos no se les puede tragar igual que a los chicos; y es que, además de ser cabecilla de una partida de desalmados, el hombre era uno de los figurones del lugar. No obstante, recibió a don Guillermo con las mayores muestras de cortesía, y todo se arregló con muchos cumplimientos mutuos. Claro que no hubo pago, y, de todos modos, si lo hubiéramos colectado, probablemente en el camino habríamos tenido que renunciar a él, por la fuerza, se entiende.

Y luego entramos en Los Llanos, pueblo situado a la orilla de aquella laguna del mismo nombre que ya dije. Don Guillermo tenía allí otro deudor moroso, a quien hubiera querido llevarse como peón, pero el hombre se negó a irse, y el juez ante quien se expuso el caso falló a su favor. Con la decisión del juez todo se arregló en una hora.

Al pasar por el Bajío del Chato, tuvimos una ligera alarma. Vimos a lo lejos alzar vuelo a una bandada de gansos y de garzas que creímos habían sido espantadas por los apaches. Nuestra infantería, compuesta por Natividad y Guadalupe, se asustó, y la caballería, que era sólo Domínguez, partió al galope a practicar un reconocimiento. Estaba en su elemento. Tirando su sombrero dentro del coche, y enrollándose un pañuelo rojo en la cabeza, picó espuelas y rifle en mano se dirigió al galope directamente al punto sospechoso. Una depresión del terreno lo ocultó a nuestra vista, y hacia un lado a corta distancia vimos a un montado que, con gestos descomedidos nos hacía toda clase de señas incomprensibles. Como desde el lugar en que él estaba, podía ver a nuestro criado, dimos por seguro que había caído en manos de los indios. Y no podíamos abandonarlo. Don Guillermo lanzó el coche a la carrera, y nuestra infantería nos siguió jadeando, dándose con los talones.

Pero cuando llegamos donde el hombre lo hallamos tranquilamente junto a un desconocido que le había hablado en el camino. Fue éste quien había espantado a los gansos y las garzas. Pero hasta incidentes tan mínimos como ese son típicos de un viaje por el norte de México. El 20 arribamos sanos y salvos a Chihuahua; nuestro viaje había durado diecisiete días.

CAPITULO XII

Marcha de la brigada del general Trías de Chihuahua a El Paso, y regreso del autor a los médanos — Causa del movimiento militar — El Valle de Mesilla — Cosas de la política mexicana — Pronunciamiento de la guarnición de Chihuahua — Don Angel Trías — Partida de la brigada — En qué capacidad iba el autor — La jornada, y escenas de vivac — Noticias importantes — Praderas en llamas e insolencia de los pieles rojas — El Sauce — Rebaños de ovejas pastoreados por la artillería — La hacienda de Encinillas— Ojos de la Laguna — Plan de Alamos — El Carmen — Punta de Agua — Carrizal — Marcha forzada de ochenta y cuatro millas en veinticuatro horas — El Paso — Cama eléctrica — Regreso — Ojo de Samalayuca — Viaje sobre los médanos, y un jardín natural con flores de tamaño gigantesco.

En Abril de 1853, mientras México ardía en una de sus numerosas revoluciones, parecía que la cuestión fronteriza más trivial bastaría para provocar un rompimiento entre esa república y Estados Unidos. Las dificultades surgieron en el seno de una comisión mixta de ambas repúblicas que trataba de fijar la línea divisoria de la frontera, cuyo corolario fue hacer del pueblo de Mesilla, con una parte del valle de la derecha del río Grande, la causa de una grave disputa. Este pequeño territorio, bajo el inapropiado nombre de Valle de Mesilla, ha adquirido una reputación que por ningún punto se merece. Aun cuando su superficie no pasa de unas pocas millas cuadradas, y no forma un valle separado, es parte de la más bella y fértil zona de la cuenca del río Grande. La cuestión fue, no obstante, solucionada por la República de México cuando gobernaba Santa Ana, quien accedió a vender a Estados Unidos una franja de su frontera norte, a la cual, además de un desierto de 300 a 400 millas de longitud, pertenecía la amena planicie de Mesilla, con el pueblo incluso. Sin embargo, antes de llegarse a este acuerdo, algunos especuladores norteamericanos habían tratado de recurrir a medios menos pacíficos para obtener esta deseada anexión territorial; y lograron hacer que el gobernador de Nuevo México lanzara una proclama con amenazas de apoderarse de Mesilla por la fuerza.

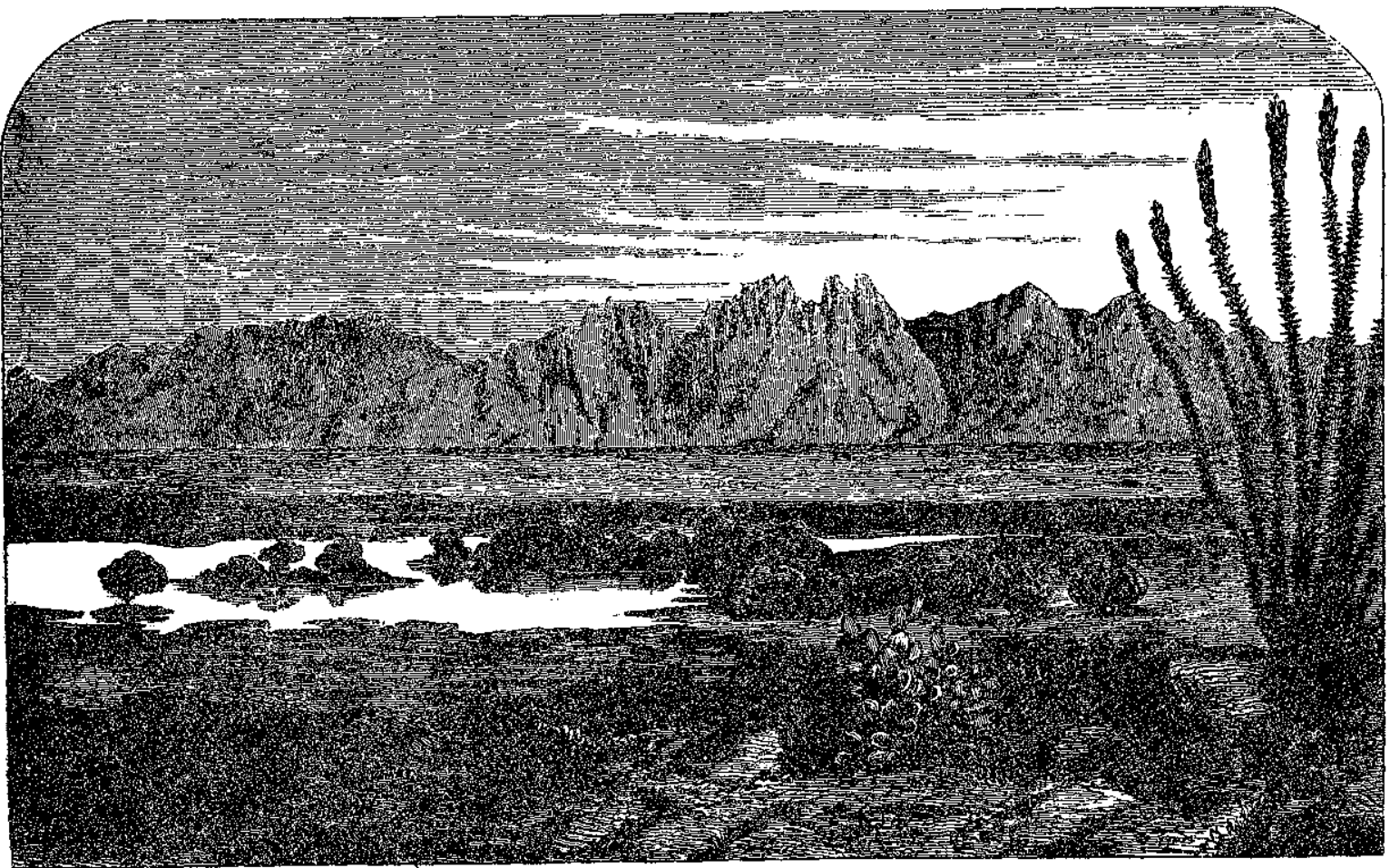
Así las cosas, el fogoso gobernador de Nuevo México le enseñó los dientes al no menos fogoso gobernador de Chihuahua, colocado entonces en circunstancias que recomendaban una acción decisiva.

La revolución que derrocó al presidente Arista y que por primera providencia llevó al poder al viejo Santa Ana, había estado en fermentación desde los últimos seis meses de 1852. El estallido ocurrió en Octubre, en Guadalajara, y el Pronunciamiento llamado Plan de Jalisco se propagó rápidamente por todos los estados de la federación mexicana. En Enero Arista tuvo que dejar la Presidencia, y pocos meses después Santa Ana tomó las riendas del poder. En ese intervalo estuvo vacante la silla presidencial, y quizá hubo muchos que pensaban ser ellos los llamados a ocuparla.

Como extranjero completamente ajeno a los problemas mexicanos, y como recién llegado al país, me sorprendió mucho saber una mañana de Diciembre —vispera de Navidad— que la guarnición de Chihuahua había depuesto al gobierno estatal, y que el general Trias, a la sazón comandante del Estado, había ocupado provisionalmente la gobernación. Nadie se opuso a ello, así que todo se llevó a cabo sin derramamiento de sangre, y si bien enemistades individuales provocaron cierta animosidad, el general Trias no era hombre que por espíritu de partido recurriría a las persecuciones, de modo que la revolución de Chihuahua fue la más pacífica y sana de cuantas he sido testigo.

Por supuesto que la ebullición política subió de punto, y para un extranjero como yo aquello fue más interesante que para los propios mexicanos; pero el europeo se equivocará de plano si cree que una alteración política de tal orden en el territorio mexicano menos civilizado tiene por fuerza que ser más implacable que en Europa, justamente orgullosa de su refinamiento. Chihuahua por lo menos, en donde el cambio afectó más directa y profundamente al pueblo de allí que al de otras partes del país, pudo haber avergonzado con su ejemplo al espíritu partidista de muchos estados alemanes que se hubieran visto en circunstancias análogas. La controversia se ventiló en la prensa con vigor, pero sin encono. En esos días se publicaban cinco periódicos en el pueblo, y los voceadores los pregonaban —junto con otros que salieron temporalmente— a gritos en las calles. En las noches, de rato en rato las campanas echadas a vuelo despertaban a los vecinos para anunciarles noticias importantes de triunfos de su partido. El 31 de Enero se supo en Chihuahua que de Guadalajara habían llamado al general Trias para que se pusiera al frente del ejército pronunciado allí, y marchara a la capital, y que, de tener éxito, se le prometía ayuda para hacerle presidente de la República.

Don Angel Trias es un hombre muy bien conocido en México y Estados Unidos. En esos días me lo presentó el coronel Langberg, y pasé con él una noche hablando de historia natural, de literatura y de los últimos sucesos políticos de Europa. Al referirnos a la geología del país, me enseñó una muela bien conservada de mastodonte encontrada en las faldas



Valle del Río Grande, cerca de Mesilla.—Libro II, Cap. 12.

Digitizado por:

ENRIQUE BOLAÑOS
F U N D A C I O N
W W W . E N R I Q U E B O L A N O S . O R G

orientales de la Sierra Madre, cerca de la Villa de la Concepción. El general Trías sabe alemán, y en su biblioteca tiene las obras de Schiller y de Goethe. Habla también inglés y francés. Me contaron muchas anécdotas de su juventud, y de cómo hizo muchos largos viajes. Relataré algo aquí de eso, sin hacerme responsable, desde luego, de su autenticidad. Por una aventura de juventud en que se vio envuelto, su confesor se negó a darle la absolución, remitiendo el caso al obispo de Durango. El obispo de Durango hizo lo mismo, remitiéndolo al arzobispo de México. El arzobispo lo remitió a su vez al Papa en Roma, quien le ordenó ir en peregrinaje a Jerusalén, y hacer acto de contrición ante el Santo Sepulcro, donde al fin recibió la absolución. En su viaje de regreso por Turquía, y luego Danubio arriba, llegó a Alemania y vivió por cierto tiempo en algunas de sus principales ciudades.

Quando a Chihuahua llegó la noticia de que el gobernador de Nuevo México planeaba apoderarse de Mesilla, el general Trías puso inmediatamente en movimiento a las fuerzas mexicanas bajo su mando, y sin esperar órdenes de la entonces desorganizada autoridad central, partió el 7 de Abril de Chihuahua a El Paso con su brigada.

Me pareció interesante incorporarme a esa expedición con el cargo que me dieron. Para el transporte de su impedimenta, el destacamento había contratado con mis amigos Mayer and Co., diez de los más grandes vagones de la caravana que habíamos traído de Estados Unidos, junto con 110 mulas, muleros, mayoresales y el mayordomo, por la suma de 3,000 dólares; y yo representé a la compañía durante el viaje, y aún después de su llegada a El Paso. El carácter del general, y la amistad que hice con varios oficiales de la brigada, que eran los coroneles Langberg y Justiniani, hicieron agradable mi trabajo, y el viaje me dio la oportunidad de conocer parte del Estado que aún no conocía, pues la sequía que azotaba el camino a Carrizal nos obligaba a pasar por El Carmen.

El destacamento consistía de 500 hombres de infantería, 50 ó 60 de caballería, y 6 u 8 cañones. La mayoría de los soldados iban bien vestidos, e imponían respeto; pero había algunos de apariencia y cualidades dudosas, que más que tropas de una república parecían una caravana de gitanos. Esa turba, con las mujeres y los niños que siempre se pegan a un ejército en marcha, le daban en los vivaques aspecto extravagante y abigarrado. Iba uno allí que por todo uniforme llevaba camisa y sombrero de palma; otro envolvía su desnudo cuerpo en un sarape de rayas chillonas, y adornaba su pelo chirizo con un morrión de caballería ligera; y otro más, con sólo pantalones que por cuenta los consideraba supérfluos, pues se había enrollado uno de los pernils hasta arriba de la rodilla. Por aquí una mujer con un niño en brazos y otro en el cuadril, siguiendo día y noche en la marcha a su hombre sin quejarse; por allá otra llevando dos grandes calabazas repletas de agua —una en cada mano más arriba de su cabeza— las que había llenado millas atrás en una vertiente, dispuesta, a pesar del trabajo que le costaba, a compartirla con cualquier sediento. La abnegación de estas mujeres es admirable; porque es únicamente por

el deseo de estar junto a su hombre, y ayudarlo en el camino y también en el cuartel o el vivac, que las arrastra a acompañarlo en la jornada, en cuyo primer día de viaje muchos soldados se desvanecieron a causa de la insolación.

Y, sin embargo, con todo y las dificultades de la marcha, nuestro campamento fue siempre escenario de diversión y buen humor. Tres bandas de música se encargaban de mantener un ambiente fiestero; y cocinábamos, comíamos y bebíamos entre pláticas, bromas y carcajadas. La conversación de los mexicanos es ingeniosa, y sus temas están muy lejos de ser chabacanos. Dos de nuestros mayores, uno de Nuevo México y el otro de Chihuahua, sostuvieron un diálogo que era sarcasmo de buena ley. “En Nuevo México”, le oí decir al primero, “la gente compone buenos versos, y tú no puedes hacerlos”.* “Es verdad”, dijo el de Chihuahua, “no es tan poeta la gente de mi pueblo, pero son los que saben más del mundo”.* Me gustaría saber en qué camino de Alemania se podría encontrar a dos carreteros que abordaran un tema semejante de conversación. Cierta día, deambulando por el campamento, vi a un soldado leyendo un libro sobre la revolución francesa. Hablamos un rato sobre la materia y luego pasamos a comentar la situación en que se encontraba México, y se expresó de manera pesimista.

A mediodía hicimos alto en el Rancho del Sacramento, escenario de una batalla poco a propósito para infundir esperanzas halagüeñas a nuestros soldados. Cerca de la casa-hacienda sirvieron en el suelo el almuerzo para el mayordomo y para mí, y cuando apenas nos habíamos sentado a la manera oriental, un chanco pasó gruñendo y en carrera sobre los platos. La comida se desparramó y un gallo que andaba por ahí corrió a picotearla llamando a su serrallo, y antes de un minuto quedó limpito el suelo. Pero al día siguiente se enmendó la plana. El general, con todas las formalidades de la etiqueta, mandó con un oficial a invitarme a cenar con él en su tienda de campaña. Los convidados eran todos alegres y platicones, y los temas de la conversación a la par de los europeos de su clase. Me preguntaron dónde había nacido. “En Rudolstadt”, les dije. “¡Ah!, en Schwarzburg-Rudolstadt”, observó uno de los oficiales. “Allí también está el principado de Schwarzburg-Sonderhausen”. Lo miré sorprendido. “¿Pero cree usted acaso que los mexicanos somos salvajes, que no sabemos nada de geografía?”, dijo riéndose, al notar mi sorpresa. El conocimiento que este mexicano tenía de Alemania era en verdad sorprendente.

El 14 estábamos vivaqueando en Punta del Agua, lugar muy ameno, cuando llegó un correo de Chihuahua con despachos de la capital de México. Decía la noticia que Santa Ana era presidente y que aprobaba la expedición a Mesilla. Al instante reventó el campamento en gritos y alegría. Una de las bandas se pasó la noche tocando ante la tienda del general, y los soldados, sin romper la disciplina, rebosaban de gozo. Algunos que, a pesar de la prohibición, se pusieron a jugar naipes, fueron fuer-

* (Así en español).

temente castigados. El general, entre tanto, salió a la puerta de su tienda y en su propia copa de plata dio vino a algunos de los soldados. No puedo decir si la alegría demostrada por el triunfo de Santa Ana fue sincera.

La audacia con que los indios actuaron durante la marcha de un destacamento de soldados tan numerosos fue prueba de lo difícil que es refrenarlos. Tan pronto como se escogió el lugar en donde vivaquearíamos, la caballería tuvo que desplegarse activamente por todos lados para mantenerlos a raya; pero apenas obscureció vimos la pradera arder en llamas muy cerca de nosotros. Casi sin excepción, todas las noches tuvimos iluminación de esa clase. Por suerte la yerba de esa zona no es tupida ni alta, pues de otro modo nos hubiéramos visto muchas veces en peligro; no obstante, pasamos sustos por temor a una explosión de nuestros depósitos de municiones. La primera noche acampamos cerca de las casas del Rancho de El Sauce, pertenecientes a la hacienda de Encinillas. En la mañana de ese día los apaches habían asesinado a un hombre allí. Seis mil ovejas estaban siendo apacentadas allí mismo protegidas por dos piezas de artillería que, una a cada lado del rebaño, las llevaban de arriba para abajo de la pradera. Sin embargo, pocas semanas después que regresaba yo de El Paso, vi cubiertos de ovejas muertas y moribundas los alrededores de las casas. No quedaba una sola de las ovejas, y los cañones yacían abandonados. Las mujeres salieron a recibirnos anegadas en lágrimas y lamentándose. Una banda de apaches había atacado el rebaño, asesinando a los pastores, haciendo huir a los artilleros, llevándose gran parte de las ovejas a la montaña, y por puro gusto habían flechado a unas cien, gusto que estos salvajes nunca dejan de darse en tales ocasiones. Pocos días después estos mismos fueron sorprendidos a su vez por los habitantes del pueblo de San Andrés, quienes recuperaron las ovejas, y de vuelta a Chihuahua llevaron en triunfo dieciséis o dieciocho cabelleras de los apaches. En Mayo hice un viaje de Chihuahua al Presidio del Norte. Al segundo día llegamos a la Hacienda de Bachimba, en donde encontramos a sus moradores sumamente atemorizados. Los apaches acababan de matar, en el camino muy cerca de allí, a un grupo de hombres, mujeres y niños —catorce en total— que regresaban de los baños termales de Julimas. Cuatro cadáveres de mujeres fueron hallados traspasados a lanzadas, sin ropas, y sus cabelleras anudadas; los niños habían sido estrellados contra las rocas; los hombres muertos a flechazos, probablemente antes de que advirtieran el peligro. Esto fue venganza de los pieles rojas por la derrota sufrida a manos de los hombres de San Andrés, y como secuela de su sangriento ataque al Rancho del Sauce.

De este rancho, la brigada se salió del camino que lleva directamente a Carrizal, el cual yo ya conocía. Dejándolo a la derecha, torcimos hacia las principales casas de la Hacienda de Encinillas, que constituyen un pueblo entero, con su iglesia, y seguimos la marcha por el lado occidental de la laguna, mientras que el camino rumba hacia el este. Del 10 al 11 descansamos junto a un manantial del límite noroeste de la laguna, al pie de las ruinas de un rancho desierto. Llámase este lugar Ojo de la Laguna. Estuvimos allí hasta el mediodía del siguiente día, pues teníamos por de-

lante 42 millas sin agua, y debíamos recorrerlas de noche, y sin parar. Aproveché la oportunidad para examinar los alrededores. Los chaparrales de las vecindades del campamento eran de las mismas plantas de las llanuras del norte de México, pero nunca las había visto tan abundantes y vigorosas. Aquí es el tepotote, planta efedra, cuyas ramitas se usan para hacer escobas, son envaradas, verdes y áfilas, como el juncáceo "spartium" crecen tan altas como medio cuerpo de hombre. En otros lugares veíanse bonitas flores primaverales, tales como son las asclepias enanas, las enoceras, las gilijs, y muchas otras. La llanura es baja, tiene el mismo nivel de la laguna, es pantanosa y sus riberas están entapizadas de carrizales, entre los cuales se ve la tierra cubierta de soda. Es difícil llegar al agua, pues quien lo intenta se hunde entre los carrizales, pero yo logré tirar y cobrar allí una avoceta y otras aves acuáticas. Patos, somormujos, gallinitas de agua, agachadizas, chorlitos, alcaravanes, garzas, halcones y quebrantahuesos volaban en tan grandes números sobre mí, que de veras no sabía en qué dirección tirar. La llanura en que reposa esta laguna está rodeada de empinadas y casi desnudas serranías. Dícese que en los valles de las sierras occidentales hay bosques de pinos. En su conjunto, este paraje es característico de algunas de las peculiares modificaciones de la naturaleza del norte de México.

Llegamos en la madrugada del siguiente día al Plan de Alamos, pradera con abundancia de pasto y agua, circundada de cerros rasos y empinados; aquello era un regalo a la vista. Por entre el rico pastizal fluía una corriente tan clara como el cristal orlada de mímulus amarillos en plena floración. Los alrededores, no reverdecidos aún por la falta de lluvias veraniegas, estaban mustios y plomizos, en medio de lo cual este oasis parecía una isla de verdor. Seguí por unos 500 pasos el curso de la corriente, y di con dos grandes pozas circulares de las que brotaban los surtidores.

Pasando sobre una llanura seca y polvosa, de un nivel más alto, llegamos a un prado verde con árboles frondosos por entre los cuales baja de las montañas una rápida corriente. El pueblo de El Carmen, cerca de unas minas de plata abandonadas, descansa a la orilla de la corriente. Aún puede verse allí uno de los molinos, con su enorme rueda hidráulica en buen estado todavía, y también quedan los restos de los talleres de fundición. Dicese que estas minas no han sido totalmente explotadas, pero han corrido la misma mala suerte de muchas otras de la región. Los cerros aledaños son rasos, pero las sierras del oeste están pobladas de bosques. Este valle sería un lugar ideal para radicarse en él, si no fuera por el peligro de los apaches que habitan las sierras cercanas. El río quiebra al noreste por entre una angosta quebrada que baja del valle, y entra en una planicie en la cual álamos y sauces indican su curso hasta que desaparece. Llámase el lugar Punta del Agua. Aquí fue donde recibimos la noticia de que Santa Ana había asumido la Presidencia.

Continuamos la marcha sobre una zona sin agua y de yerba marchita, hasta que, al pie de una sierra rocosa, aparecieron otra vez los álamos y los sauces, entre los cuales fluía un hilo de agua. Surge éste no lejos de

aquí, y se dice, no sé si correctamente, que es el mismo río del Carmen que reaparece acá. El lugar en donde vuelve a ver la luz se llama Alamos de Peña. Mientras pescaba allí vi huellas frescas de indios y venados.

De ese lugar partimos a Carrizal, en donde caímos al camino entre Chihuahua y El Paso. Habiendo descrito ya esta localidad, poco me queda por decir del resto de nuestra jornada.

En Carrizal supimos que no hallaríamos agua en Charcos del Grado ni en Cantarrecio, así que nos preparamos para hacer una marcha forzada de muchos riesgos. En preparación de ella, nos dimos todo un día de asueto en Ojo de Lucero. Al caer el sol iniciamos la marcha que, con dos cortas interrupciones, duró 24 horas, hasta que llegamos al anochecer del siguiente día a Guadalupe, sobre el río Grande. En el curso de esta terrible jornada vi a los soldados de infantería, con las mujeres y los niños, mantenerse por horas trotando al paso de la caballería, de la artillería y de los vagones de la impedimenta. En los dos lugares de descanso fue triste ver llegar exhaustas a las pobres criaturas rezagadas caminando lentamente. Pero sabían que marchar a la zaga era morir, si no de hambre y sed, a manos de los pieles rojas que como manada de lobos nos seguían sedientos de sangre. La brigada hizo 28 leguas, o sea 84 millas, en 24 horas! De Guadalupe nos enviaron unas pipas con agua que recibimos cinco o seis millas antes de llegar al pueblo.

El domingo, 24 de Abril, la brigada entró en El Paso. Las huertas y jardines de los alrededores rebosaban de belleza. Todo era un primor, como hecho expofeso para el pincel de los pintores.

En nuestra permanencia en El Paso, que fue en los últimos días de Abril, aparecieron los primeros indicios de las lluvias que se aproximaban. Hasta entonces el cielo había estado siempre despejado; ahora veíamos densos nubarrones allá arriba. Tronó y relampagueó, pero no cayó una gota de agua, y el cielo se despejó. En la noche me asustaron las chispas eléctricas que saltaban a cada movimiento que hacía en la cama de mi coche-dormitorio. Tenía encima dos frazadas de lana de las que, al separarlas, brincaban chispas crepitantes que iluminaban el interior del coche. Cuando tocaba las frazadas, de las puntas de mis dedos brotaban chispitas que yo sentía como pinchazos de agujas finas. Esto cesó un rato después, pero volví a sentir las luego de haberme quedado quieto; debajo de mí tenía un cuero peludo de búfalo.

Mi contrato terminó el 30 de Abril. Le pedí al general una escolta de diez soldados para mi viaje de regreso, y me la concedió en el acto. De esa manera, tranquilo en cierto grado por mi seguridad personal, salimos al anochecer de aquel mismo día. Siendo nuestros vagones livianos, resolvimos tomar un camino mucho más corto: el de los médanos. Comenzamos a subir por la derecha del valle, rodamos toda la noche y al amanecer del día siguiente llegamos al último aguadero antes de entrar al Sahara en miniatura.

El manantial de Samalayuca es un ameno y lindo oasis en el que abundan diversidad de plantas alrededor del agua; infinidad de palomas revoloteaban entre ellas, y bandadas de perdices llegaban a beber a la orilla.

Si el Sahara africano ha sido comparado con el océano, puede decirse que estos médanos parecen un gran lago. Oleadas de arenas a la deriva, como las olas del mar, yacen entre sierras de piedra caliza que enclaustran a los médanos como un lago. Pero los que han visto los campos nevados que se extienden entre los picachos de los Alpes pueden todavía formarse una idea mejor de su semejanza. El viento que avienta la arena para formar lomas de cien pies de altura, produce las mismas sinuosidades, y segmentos que se ven en los ventisqueros de Mont Blanc y Monte Rosa, en tanto que los afilados conos de la Sierra de la Ranchería y de la del Candelario, pueden muy bien compararse a los picachos de los Alpes.

Salimos del manantial en la tarde y al anochecer entramos en los médanos. De la fuente para allá el camino es de piedra caliza, después comienza a verse la piedra arenisca, pero no puedo decir si las arenas rotativas proceden de aquí o de otra parte. Al comienzo del arenal dejamos la mitad de los vagones a fin de aplicar a los otros todo el poder de las mulas. Con algunos hombres me quedé a la orilla de los médanos para cuidar los vagones. El día había sido terriblemente caluroso, y la noche era muy fría, y tanto así que las vasijas de agua amanecieron escarchadas, y, con mis pies dentro de la arena, sentía tal como si estuviera parado en la nieve. Tenía los pies tan entumecidos que creí se me iban a helar. No nos atrevíamos a encender fuego por no llamar la atención de los indios. Y ni una fatigosa caminata de cinco horas que hicimos de medianoche en adelante —cuando volvieron las mulas a llevarnos— pudo calentar nuestros ateridos pies. Este camino es sumamente trabajoso. Con las ruedas hundiéndose en la arena hasta el eje, los vagones tienen que subir las cortas pero empinadas cuestas, que a veces miden hasta cien pies de altura. El caminante se hunde hasta las rodillas, y, en las subidas, resbala a veces para atrás casi tanto como avanza. Los gritos de los muleros, los chasquidos de los látigos, los lastimeros pujidos de las mulas, la noche, el frío y el cansancio, todo junto es una patética escena. Con el alba de la mañana siguiente llegamos exhaustos a Mezquite Alto, un árbol que sirve de límite a los médanos. Allí, al suave calor de los rayos solares, caímos muertos de sueño en la arena. Luego llevaron las mulas al aguadero de Samalayuca.

Sólo me queda ya por describir una localidad y una escena característica de nuestro largo viaje de regreso a Chihuahua.

El camino sigue desenvolviéndose desde el límite meridional de los médanos, sobre la planicie alta, entre la Sierra del Candelario y la de la Ranchería, desde donde se contempla una vista muy hermosa. Las espadillos de largos tallos se alzan de un duro suelo cubierto de aguzados guijarros de pórvido, jaspé y piedra caliza, y en el horizonte se ven serranías de caprichosos perfiles: cuernos, crestas, picos, cumbres y pináculos. Era como un escenario de magia, como el despertar de una edad pretérita al presente; en suma, un jardín para una raza de gigantes.

CAPITULO XIII

Regreso a Estados Unidos — De Chihuahua a Presidio del Norte — Espléndido panorama del desierto — El Presidio y sus contornos — Los norteños — Leaton's Fort — Un episodio de la Edad Media — Distintivos orográficos desde El Presidio a San Antonio de Bexar — Pormenores del viaje — Aguaderos — Cueva de leones — El Saucillo — La terraza de pórfido de San Esteban — Ojo de Berendo — Puerto del Paisano, y Ojo del Paisano — Ojo de León — Desayuno con un león — Agua Delgada, y camino de El Paso — Ojo de Ahuancha — Ojo Escondido — Vegetación de últimos de Mayo — El río Pecos — Diligencia de El Paso y niñeras barbadas — Arroyo del Roble — Las fuentes de Howard — Un búfalo extraviado — Árboles y arbustos entre Pecos y el río del Diablo — Valle de éste — Salvajada de los pieles rojas — Tristes soledades — Otra vez el río del Diablo — Antigua cabaña y recuerdos terribles — Naturaleza de las tierras de más al este — Abundante caza — Puesto militar — Primer establecimiento en el camino — De regreso a la civilización — Estadía en San Antonio — Colonos alemanes en el Guadalupe superior — Desborde repentino de ríos texanos — Aventura peligrosa — Indianola — Regreso a Nueva York.

El comercio en el interior del norte de México está tan en pañales todavía que las remesas de pagos por mercaderías se hacen casi siempre en dinero contante y sonante. Llegó por consiguiente el tiempo que mis amigos tuvieron que enviar a Estados Unidos unas cuantas carretadas de dólares mexicanos. La remesa debía hacerse por la vía de Texas, y yo aproveché la oportunidad para volver al este. Encabezaba la caravana don Guillermo, de quien he hablado en capítulos anteriores. Consistía de siete vagones y unas 100 mulas, con suficiente número de hombres. A don Guillermo le convenía llevar con las mulas criados mexicanos de sobra, porque después, a su regreso a Chihuahua, los llevaría de muleros, ya que tenía que volver con un nuevo cargamento de mercaderías.

Hiciéronse los preparativos. El dinero se puso en zurrónes de cuero crudo dividido en paquetes de 3,000 dólares que iban en dos vagones; los otros cinco llevaban el maíz de las mulas y las provisiones de nosotros. Cuando todo estuvo listo partimos en la tarde del 12 de Mayo con rumbo al Presidio del Norte, subiendo por el Cerro Grande. Nos acompañaron amigos del pueblo hasta que la noche los obligó a volverse.

El 20 llegamos al Presidio. El camino cruza un desierto grande que ofrece al naturalista amplio campo para sus investigaciones. El Cañón del Ojito, desfiladero situado entre los valles de Mápula y Bachimba, merece la más detenida atención de los geólogos, ya que parece encerrar la clave de las formaciones de esta zona. Viajando a prisa como íbamos, y restringidos al camino, sólo pude verlo de lejos. Cerca había únicamente cúmulos de tierras de aluvión, con grietas secas y barrancos, en cuyos paredones veíase una diversidad de mimbres blancos y rojos florecidos; los corimbo amarillos de las acacias embalsamaban el aire.

Ya dije de las atrocidades cometidas por los apaches en la Hacienda de Bachimba una hora antes de nuestra llegada allí. Habiendo divisado las casas, me adelanté a la caravana. Al llegar me encontré a las mujeres y los hombres apiñados en el techo plano de la casa principal, muy alarmados; los hombres trataban de montar un cañón de pequeño calibre, y pronto me enteré de lo que había pasado. Estuve a sólo un pelo de toparme con la banda.

Entre Bachimba y los baños termales de Julimas, cruzamos una llanura poblada de espadillos florecidos; es la vista más amena que puede ofrecer el panorama mexicano. Sus grandes panículas, cubiertas de la más rica profusión de campanillas blancas, emergen de un círculo de hojas rígidas y brillantes, sobre un tallo de diez o doce pies de alto.

El pueblo de Julimas es un balneario de gran reputación en el norte de México, y allí encontramos a muchos de nuestros amigos de Chihuahua. Entre ellos estaba el farmacéutico Jaurrieta, hombre instruido, cuyo análisis del agua de la fuente decía contener buena cantidad de cloruro de cal. Son siete las fuentes de Julimas, con temperaturas que varían de 31° a 35° grados Réammur. En la orilla de una de ellas crece una gran mata de piñuela; pero, no habiéndola medido, temo que no se me crea si doy su tamaño al cálculo. El vapor de la fuente contigua es tal vez la causa de su gran corpulencia.

El río Conchos, cerca del cual está Julimas, es una corriente de agua clara en que se hallan tortugas de concha blanda. Uno de nuestros criados cogió una que medía un pie y medio de diámetro. Sucedió entonces que un francés residente en México, el Marqués de V., se encontraba entre los presentes, y se ofreció para hacer una sopa de tortuga como sólo los franceses saben hacerla. Yo tenía los ingredientes necesarios para el caso: vino de Burdeos, Madeira, vinagre, y especias, y, como el marqués era un refinado gastrónomo, comimos un manjar digno de reyes; y no lo dis-

frutamos menos por haberlo comido en platos de hojalata y sentados en el suelo. Después, uno de los peones cogió un somormujo, bella ave pal-mípeda. Esta, que vuela poco, puede por mucho tiempo mantenerse bajo el agua, y así escapa por largo rato a sus perseguidores.

Más allá de Julimas tuvimos que hacer dos marchas forzadas, ambas de unas noventa millas, sin agua. El único aguadero del camino, llamado El Chupadero, es un pozo que primero tuvimos que limpiar para sacar el agua con un balde. Para darla de beber a los animales cavamos un hoyo, apelmazamos bien la tierra, la revestimos de piedras y luego a baldadas lo llenamos con agua del pozo. Se requiere más de medio día de trabajo para que los animales puedan probar el agua.

La piedra caliza de los alrededores de este pozo contiene muchos fósiles. Pero no tuve tiempo de examinarlos, ya que, en aquellas circunstancias, los caballos y las mulas eran más importantes que la ciencia. Mientras estábamos allí llegaron unos mexicanos que venían de comerciar con los comanches en el vecino territorio de Texas. Traían consigo a tres muchachos a quienes habían rescatado de manos de los salvajes, y los llevaban a entregar a sus familiares con la esperanza de resarcirse del desembolso que habían tenido que hacer.

El camino de Julimas a este lugar tiene las mismas majestuosas vistas de un desierto. Por aquí son llanuras rasas rodeadas de sierras empinadas de aspecto grotesco y rudo; por allá desfiladeros rocosos; luego vienen lechos de torrenteras que bajan de las sierras para entrar en terrenos sembrados de espadillo y lechuguilla en plena floración. Viajamos por la noche, bajo la luz de la luna nos embelesamos en esos fantásticos paisajes. Al amanecer bajamos de una loma de piedra caliza al deshabitado Rancho de la Mula; la desnuda, sólida y rocosa serranía nos miraba con ceño adusto. No puede la fantasía figurarse la belleza de tan fantástico escenario natural. Ni la más atrevida imaginación de un pintor podría concebir un cuadro semejante, pero ni para un cuento de hadas. A la orilla del camino crecían plantas nictáginas, derramando los delicados aromas de sus capullos entreabiertos.

Al aproximarnos al Presidio del Norte, por el río Grande, la tierra aparecía un poco menos desértica. Nunca vi allí ni en otra parte después, una región habitada que con tanta fuerza retuviera la fisonomía de una soledad salvaje. El río Conchos, corriente muy clara, hace allí su maridaje con las aguas turbias del río Grande. El punto donde éstos se juntan está rodeado de rocas y de restos de aglomeraciones aluviales consistentes en afilados fragmentos de piedras arcillosas. En el horizonte no se ven más que sombrías serranías de las más variadas e irregulares formas, mientras que aquí cerca los chaparrales altos, tupidos y espinosos, obstruyen el camino y la vista, como si resguardaran un paraíso.

Es difícil, en la maraña orográfica de esta región, describir en pocas palabras su aspecto general. Pero puede decirse esto: El valle del río Gran-

de termina en el Presidio del Norte cortado por un cerro comparable a un terraplén, el cual taja el río por un estrecho e inaccesible abismo; hay en su curso muchas cascadas y se dice que es indescritiblemente tormentoso, y que hasta perfora una montaña de lado a lado. Los geógrafos encontrarán informaciones al respecto en trabajos científicos dados a la publicidad por la Comisión México-Americana de Fronteras.

La gente aquí es muy inculta, y sus costumbres son tan rústicas como la naturaleza que los rodea. Los nortefíos — como se les llama en México a los moradores del Presidio del Norte— son los aliados, espías, suministradores de pólvora, y receptores y compradores de todo lo que se roban los comanches texanos. Tal vez la necesidad les obligue a hacer esto, porque, por lo aislados y expuestos que están a los peligros, a duras penas podrían pasarla de otra manera entre los comanches y los apaches. Su alianza con los comanches conviene a sus paisanos mexicanos, pues gracias a ella ayudan a exterminar a los apaches. Ya he dicho algo acerca de ataques efectuados contra éstos por fuerzas combinadas de nortefíos y comanches. Este trato amistoso se conserva con algunas de las tribus mediante correspondencia escrita que los jefes comanches sostienen por intermedio de sus prisioneros mexicanos. El sistema de tratados especialmente suscritos entre ciertos pueblos y ranchos con los indios es universal en México, y ni el patriotismo ni la moral pueden hacer nada contra esta adopción de la ley en defensa propia.

Para cruzar el río Grande montamos en un transbordador los vagones cargados; los vacíos lo vadearon tirados por bueyes. Acampamos al otro lado, en Texas.

El campamento no quedó lejos de un edificio largo rodeado de una muralla de adobes, llamado por los americanos Leaton's Fort, y por los mexicanos simplemente El Fortín. Un norteamericano, muerto ya para entonces, se había radicado en ese lugar con el fin de contener las correrías de los pieles rojas. Era un hombre demasiado excepcional para que lo paseamos en silencio; un personaje digno de cualquier epopeya fronteriza de esta región. Le llamaré Don Temerario. Teníamos que hacer aquí una transacción comercial con otro norteamericano, a quien sólo le faltaba la heroicidad para parecerse a aquél. Se hacía llamar "doctor", pero dudo que supiera de otra cosa que no fuera la medicina de las balas. En mi presencia le puso una pistola en el pecho a un pobre mexicano, sólo porque no le gustó el precio que le pedía por una mula. Leaton y el doctor eran enemigos, y la enemistad en estas tierras es enemistad de vida o muerte. Cierta vez que Leaton pasaba frente a un matorral oyó martillar un rifle que no disparó. Sacando en el acto su revólver arrendó su caballo al lugar ese, y halló al doctor tratando de meter otro cartucho en el arma. "Doctor, déjese de eso", le dijo Leaton con frialdad imperturbable, apuntándole con su revólver. El doctor obedeció. "Baje el rifle"; el doctor acató la orden, "ahora salga de allí"; y volvió a obedecer. "De modo, pues, doctor, le dijo Leaton cogiéndole la oreja, "que quería usted matar a Mr. Leaton, ¿no? Oiga, no trate de hacerlo otra vez; usted es

muy lerdo para eso. Y ahora véngase conmigo, será mi huésped". Luego, siempre con su revólver en la mano, se llevó al frustrado asesino hasta el patio de su casa en donde lo ató con una cadena a un poste y allí lo tuvo varios días. Le llevaba diariamente desayuno, almuerzo y comida, atormentándolo con bromas sarcásticas: "Así que, doctorcito, quería matar usted a Mr. Leaton con pólvora mojada, ¿no? Y, con todo y eso, Mr. Leaton es tan bueno que le da a usted lo mejor de lo mejor. ¿Le gusta mi comida?" Y después de haberse estado burlando de él por varios días, le dejó ir sin siquiera amonestarlo.

En la noche tuvimos varias alarmas. Primero, uno de los centinelas le voló un tiro —más en broma que otra cosa, creo yo— a una bulto que salió corriendo, y detrás de él corrieron otros que surgieron de la tierra. Se les hicieron entonces más disparos, pero en seguida se supo que los tales bultos eran mujerzuelas que andaban visitando a los muleros. Pocas horas después dispararon contra un bulto humano que sí era peligroso; pero entonces fue una cacería de sálvese quien pueda disparando contra todo lo que se movía en los charrales. Yo rezaba para que no saliera herido ningún inocente transeúnte.

El 22 de Mayo reemprendimos la jornada. Tomamos el camino que llaman de Connelly. Fue bautizado así en nombre del doctor Connelly, quien unos años antes fue el primero en cruzarlo en coche. Este camino empalma en el aguadero de Agua Dulce con otro más frecuentado que une a El Paso con San Antonio, en Texas.

Rumbeando al noreste llegamos a ese pueblo el 29. Viajábamos casi siempre de noche, y descansábamos de día, de manera que no pude hacer un examen continuado de esas tierras. Puedo sí decir, en términos generales, que el camino desde el valle del río Grande cruza arenales y lomas de cascajo, ríos profundos y lomas altas de tierras de aluvión, hasta llegar al valle. Más allá del río se sube por lomas de conglomerado, piedras areniscas y calizas, sobre cuyo carácter geológico nada puedo decir. Cruzando valles confinados entre serranías y praderas de altura, alrededor de las cuales se alzan mesetas compuestas de estratos de piedras areniscas de diferentes colores, y también de tierras calizas de varias clases, llegamos al farallón perpendicular de una terraza de pórfido, cuya superficie forma una meseta en declive. Subiendo por ella llegamos al pie de Puerto del Paisano, que es un desfiladero de la serranía porfídica que forma la continuación directa del sudeste de la Sierra del Diablo, en donde está Limpia Passes, y que en sentido más general, pertenece a la continuación meridional de las Montañas Rocallosas; porque éstas, en su extremo más meridional, yacen aquí al este del río Grande, hasta que por la gran curva que hace el río, vienen a situarse en la ribera occidental, hacia Coahuila. Desde la altura de la meseta del costado oriental de esta cordillera el terreno descende en terrazas hacia el centro de Texas; el camino pasa ahora sobre la propia meseta, luego sobre los valles que la cortan, y cuyos costados generalmente los forman serranías planas. Ahora quiero hacer cuenta de los detalles que más me llamaron la atención en este viaje.

El primer aguadero que se encuentra al este del río Grande es el de Los Alamos. Llegamos a él por la mañana después de una jornada nocturna, y encontramos una vertiente orlada de álamos y carrizales, y en los alrededores lomas rasas escasamente engramadas; cactus, espadillos, lechuguillas, margaritas y muy pocos arbustos. La jornada de la noche siguiente nos llevó a un valle bien regado por numerosas corrientes y de regular extensión, con salida al río Grande.

Lo limitan lomas de conglomerado, y por el este sólo se ven unos pocos cerros aislados de perfiles caprichosos. El punto por donde el camino llega al aguadero se llama Punta del Agua. La ruta cruza este valle siguiendo el curso de un riachuelo bordeado de altos carrizales. Aquí abundan lo que los mexicanos llaman leones. Pasamos junto al cubil de una de esas fieras que huyó ante los que iban adelante; cerca había algunas osamentas de venados. Yendo a caballo vi varias serpientes entre los carrizales; eran probablemente mocasines, muy venenosas por cierto. Este valle es ancho y bastante fértil, muy adecuado, por consiguiente, para una futura colonización. A lo largo de la corriente se ven sauces y otros árboles. Las laderas de los montes son rasas y es escasa la yerba que las cubre, pero, como todas las yerbas de la región, de buena calidad. Allá en el horizonte, detrás de los cerros, se ven núcleos aislados de otros cerros, muchos de ellos de formas singulares. En el camino del Presidio para acá siempre tuvimos a la vista un cerro señero, como un castillo de leyenda. Es el llamado Cerro de Jacinto. Pocos días de viaje más allá vimos delante de nosotros el picacho de la Ciénaga de Valles, una masa rocosa semejante a una iglesia con sus torres y cúpulas.

Uno de los lugares donde paramos, con agua y pasto en abundancia, fue el Saucillo. Por un lado de la planicie se alzan lomas planas de roca sedimentaria; en tanto que por el otro se extiende el largo muro de una terraza de pórfido. Subí a una loma cercana a nuestro campamento. El estrato inferior es de piedra arenisca verde y suave; el de encima greda arenosa, y el de más arriba de piedra arenisca dura, cubierto sólo por una aglomeración ordinaria de guijarros y lajas de pórfido, lava verde vitrificada, y otras sustancias plutónicas y volcánicas. Rodamos en la noche sobre terreno parejo y duro, temprano de la mañana llegamos al pie de una terraza de pórfido. El camino sube por la Cuesta de San Estéban. Este pórfido es de color amarillo tirando a verde. Al Este hay una planicie ascendente en cuyo borde crece el arbusto llamado táscate, especie de enebro que da bayas rojas.

En esta terraza está el manantial Ojo de Berendo. El nombre es muy adecuado, pues en sus alrededores vimos muchos venados de esa especie. Los mexicanos y los indios, para cazarlos, se agazapan colocándose cornamentas de venado en la cabeza. Un virginiano que se había incorporado a nuestra caravana en El Presidio, llevaba una con ese propósito, y se sirvió de ella tratando de cazar un animal. Aunque la trepa no le dio resultado, nos divertimos mucho viéndolo hacer su papel. Con la cornamenta encajada en la cabeza daba saltos caricaturescos entre el monte tratando

de imitar a los venados, mientras centenares de ellos, formados en semicírculo, miraban curiosamente la extraña figura híbrida; pero nunca se lo dejaron acercar. Y fracasó en su intento. El aguadero es un buen manantial, pero resultó insuficiente para abreviar a nuestras bestias. Muy cerca había abundante agua estancada, de color leonado, en hoyos en el suelo, entre los cuales crecían macollas de junquillo. Esta agua está tan saturada de soda que sabía a lejía, y resbalaba en la piel como glicerina. La meseta, lisa y estéril, con sus junquillos y sus hoyos de agua, y el rocoso Picacho de la Ciénaga de Valles al fondo, era una típica estampa del desierto.

Llegamos a Puerto del Paisano, desfiladero de la montaña de muy pintoresco escenario sobre una llanura poblada de numerosísimas marmotas. La serranía, por entre la cual pasa, forma el límite oriental de la meseta, mientras que por el costado oriental de esta cordillera el terreno desciende a un nivel más bajo. Los precipicios, con los peñascos desprendidos de este desfiladero, y los álamos dispersos, producen un efecto llamativo. Valles confinados dentro de cerros escarpados, con picos afilados, cortan la cordillera; y hay peñascos que se yerguen como obeliscos señeros. Llegamos a Ojo del Paisano,⁴⁰ uno de los más amenos aguaderos de la vecindad. El valle está enclaustrado entre cerros muy encumbrados, y se expande por el este hacia la meseta. Los cerros están cubiertos de macizos de laureles, y allí no falta el pasto, aun cuando este año sólo unos pocos aguaceros habían caído para reavivar la mustia vegetación. Mas, a pesar de esto, los capullos rojos de la castilleja esmaltaban vividamente el valle.

El próximo aguadero era Ojo de León. Mejor nombre no podía tener. La avanzadilla hizo que un león abandonara su desayuno: un venado recién muerto cuya carne aún palpitaba. Los muchachos la cocinaron para comérsela. El agua de este manantial forma una corriente copiosa que fluye por una milla entre colinas planas, y luego desaparece.

De allí llegamos a una fuente exuberante: Agua Delgada. La orillan juncos y carrizales, su corriente fluye por entre una serie de pozas de agua clara pero salobre y de veinte a treinta pies de profundidad; contiene muchas tortugas. El valle que la circunda es yerboso, jaspeado de eflorescencias de sulfato sódico cristalino, de sal común, soda, etc., y termina en un pantano cubierto de carrizos. La llanura de adelante es desértica. Aquí empalma el camino del Presidio con el de El Paso. La fuente de Ahuancha, nombre originalmente indio que ha pasado a ser fuente Comanche, está a unas quince millas hacia el noreste. Aquí también se alza, sobre la pradera, un cerro larguísimo y plano, de forma extrañamente regular, y sin duda resto de una meseta más alta. En su base hallé algunos fósiles, probablemente pertenecientes al periodo de formación jurásica. En la pradera, en cosa de pocos centenares de pies a la redonda, brotan varios

⁴⁰ Con referencia al desfiladero y al aguadero, la palabra paisano es el nombre de un pájaro del que ya hablé, el "*Geococcyx viaticus*", o sea el "correcamino" de los mexicanos.

manantiales de mucha vitalidad que forman una corriente, en cuyas profundas aguas pescamos bastantes bagres. La corriente muere en la misma pradera.

Viene después Ojo Escondido, fuente clara pero salobre. Forma el Arroyo Escondido, perezoso hilito de agua cubierto de juncos y carrizos.

Hasta aquí era poco el pasto verde que habíamos encontrado para los animales que sólo venían comiendo secos rastrojos del año anterior; la excepción habían sido únicamente parches húmedos de los contornos de los aguaderos. Pero luego, cuando ya nos acercábamos al valle del Pecos, el escenario cambió radicalmente. El 31 de Mayo entramos en una pradera cundida de grama y flores, acordonada por cerros de formas regulares. El pasto y las flores eran allí tan abundantes y altos que costaba mucho a los caballos abrirse paso, y el aire se llenaba de esencias olorosas, en especial de la exquisita centaurea americana. Este cambio a otra estación climática más avanzada no obedecía a ninguna diferencia de nivel sobre el mar, sino a las fuertes lluvias que habían caído más al oeste. De aquí, rumbeando al este de Texas, la pradera estuvo siempre vestida de gala.

Alcanzamos el río Pecos el 19 de Junio y seguimos su curso por tres días, aunque el camino a veces se aleja de él, y hasta lo separan sierras aplanadas. Por los lados del valle corren paralelamente otros valles, y otros más que se ramifican del mismo. Las alturas son sin excepción cerros planos que unen sus extremos para formar mesetas horizontales de piedra caliza. El propio valle es angosto, irregular, con muchos recodos; el río fluye por un cauce profundo encajonado entre barrancos altos, de suerte que se llega hasta muy cerca de él sin notarlo antes. Por muchas millas de su curso los animales no pueden bajar al agua, pues los barrancos son tan perpendiculares que si caen los arrastra la corriente. En sus riberas crecen sauces, álamos y robles, y sus ramas cimeras, que apenas sobresalen del nivel de la pradera, dan de lejos la impresión de ser matorrales, ocultando así el curso del río. El agua es gredosa, salobre y malsana.

Cruzamos el río por un punto en donde, a causa de un pronunciado declive, se vuelve casi seco. El paso es bastante peligroso y requiere mucho cuidado y sangre fría.

Aquí nos alcanzó y pasó el correo de El Paso. Iba en dos vagones tirados cada uno por cuatro mulas; cochero, guardias y pasajeros viajaban muy bien armados. Entre los últimos iba una niña de tres o cuatro años que, al cuidado del cochero y sin otra compañía, hacía el viaje de las 700 millas que hay entre El Paso y San Antonio. Todos los otros pasajeros, sin embargo, se esmeraban en atenderla; y era impresionante ver a esos hombres, rudos, barbados, armados de rifles, revólveres y sables, haciendo de madres de la criatura. Un auténtico cuadro de la salvaje vida americana, en la que se ven las más nobles cualidades de la naturaleza humana mezcladas con palpables tosquedades.

Al este del valle el camino vuelve a subir a la meseta. El río de este lado del valle se llama Life Oak Creek; y allí el valle nos concedió un agradable lugar para descansar. Al poco rato habíamos cogido suficientes peces para el almuerzo de toda la caravana.

A nuestro alrededor se alzaba la amena escena de una pradera. Abajo, donde nos encontrábamos, la grama tierna y verde, y enebros como cipreses señalaban el comienzo del declive hacia el valle de Pecos. Más al este las ondulaciones de la pradera y sus arbustos dispersos le daban aspecto de parque. Llegamos a las Fuentes de Howard, al pie de unas lomas de piedra caliza. En el camino vimos varios venados, un oso a lo lejos, y la osamenta de un búfalo. Unos días antes habíamos encontrado la cabeza de uno de estos animales; puede que hubiera venido a parar hasta esta parte del sur perseguido por cazadores indios.

El 6 de Junio, después de una fatigosa jornada, arribamos al río del Diablo. El nombre va muy bien con el áspero escenario que lo rodea, y mejor todavía con las dificultades que pasa el viajero para llegar a él.

Bajamos al valle por una cuesta, a cuyos lados tenía muchas alturas perpendiculares y rocosas. Allí era como otro mundo. Arriba, una estepa pedregosa con yerba menuda de diferentes clases de cactus, espadillos enanos, y las esbeltas margaritas; abajo, matas de plátanos falsos, robles y nogales, matorrales de ciruelos silvestres entremezclados con vides, y altos macizos de yerba, entre la cual sobresalían las convolvuláceas escarlata, y la tradescantia azul.

Pero antes de continuar con la descripción de este valle quiero hablar de la región que recorrimos viniendo del Pecos. Característica de ella es el gran número de mezquites de tamaño considerable que encontramos secos, y otros muy tiernos todavía; no vimos que los hubiera entre uno y otro tamaño. Tal vez esto se debiera a los repetidos incendios de la pradera que destruyen la vegetación vieja. Si este fuera el caso, debe aquello obedecer al poblamiento periódico de esa zona. En Chihuahua me dijo un hombre que había residido largo tiempo allí, que en años y años los indios no habían vivido en esas praderas, y que a eso se debía la actual profusión del mezquite. Pero que después algunas tribus habían regresado y con ellas los incendios. En los últimos tiempos la invasión de los blancos ha empujado a los pieles rojas a territorio texano, impidiéndoles establecerse allí; así que, habiendo cesado los incendios, los árboles y arbustos han vuelto a crecer.

Se afirma que esto mismo puede observarse en todo el oeste de Texas; que la creciente propagación de árboles y arbustos cambia el clima y aumenta la precipitación pluvial, de manera que gradualmente las mesetas se irán cubriendo de bosques y macizos.

Yo no puedo decir si este encadenamiento de hechos es correcto o no, pero la creencia en un cambio de clima y aumento de las lluvias era en

aquellos días cosa muy generalizada en el oeste de Texas. Los mexicanos ancianos atribuían la creciente humedad a alguna misteriosa influencia de los norteamericanos, pues el cambio coincidía con su llegada. Las siguientes sequías, sin embargo, tienen que haber desvirtuado tal creencia. El repentino brote del mezquite después de un largo período de obstáculos a su desarrollo, puede encontrar explicación en su crecimiento desde las raíces, puesto que las especies de algarrobo tienen raíces muy largas y profundas.

Hicimos cuatro días más de viaje, parte a través del valle del río del Diablo, y parte sobre ramificaciones laterales del mismo, y también sobre mesetas contiguas. Este lugar es uno de los más interesantes que vi en América. El valle, con sus ramales, es prácticamente un desfiladero a través de la meseta, y se junta con el del río Grande en el punto por donde éste entra en tierras bajas de Texas. En la parte superior del valle pasamos sobre cúmulos de lajas y peñas que, en ciertos lugares, cubrían el terreno desde un cerro a otro. Estos cúmulos son terrible demostración de la pavorosa potencia que desarrollan las inundaciones periódicas. Yo vi partes de árboles enganchadas en lo alto de las ramas de otros; eso era una muestra de la increíble altura que a veces alcanzan las aguas que anegan el valle. Estas inundaciones, sin embargo, no duran mucho tiempo. Por donde nosotros entramos al valle estaba bastante seco; pero más adelante, habiéndonos desviado durante varias horas del lecho del río, volvimos a encontrar su curso arrastrando una poderosa corriente, clara como el cristal. Dícese que nace en la montaña de un solo manantial. No fui al lugar, pero me dijeron que es lindo; mas como fuentes iguales hay muchas en Texas, no dudo de la veracidad del dicho.

Aguas abajo el curso del río varía entre grandes trechos de agua estancada y contracciones de una rápida corriente. Altos árboles y arbustos bordean sus riberas. Pasamos por un viejo y abandonado campamento de indios, con vestigios de viviendas y túmulos de piedras en muchos lugares, tumbas seguramente de viajeros asesinados. En cierto lugar del río que pasa por una estrecha garganta, el camino sube por su lado oeste a la meseta que por el sur tiene aquí un considerable declive hacia el río Grande. A lo lejos se ven por el sudoeste unos altos cerros que probablemente son del Estado de Coahuila.

Cuando llegamos a un muy conocido sitio de la meseta llamado Palo Blanco, encontramos una toldería india recién abandonada. Don Guillermo, que había seguido a un venado hasta cierta distancia de nuestro campamento, encontró huellas frescas de indios que una hora antes habían cruzado el camino que llevábamos. Donde teníamos pensado vivaquear vimos algo verdaderamente repugnante. La tumba de un viajero había sido abierta junto al camino; el cuerpo putrefacto estaba afuera, su cabeza ensartada en una estaca, y en el camino veíanse las tablas de un vagón que había servido de ataúd. Imposible sería decir si eso era un reto de los indios; pero la noche pasó en calma. Continuamos nuestro camino en la mañana, y llegamos a una depresión de la meseta que nos llevó al

Arroyo de la Cueva Pinta. Este es un brazo lateral del valle del río del Diablo, y uno de los lugares más tétricos que en mi vida he visto; es tan estéril e inhóspito que producía la más aflictiva impresión. En las rocas había cárcavas llenas de agua. Los millares de margaritas, planta propia de los desiertos pedregosos del oeste de Texas, acentuaban más —en vez de mitigar— la áspera fisonomía del lugar. Su enormidad es aplastante, y tanto que me sentí allí como perdido. Este lúgubre valle descende por una honda y estrecha quebrada entre peñas de grotescas figuras, que se alzan en picos con numerosas aberturas redondas. Estas son entradas de cuevas, algunas de las cuales, según decires, contienen en sus paredes muchas pinturas; pero no tuve tiempo para ir a verlas. La quebrada queda frente a la parte inferior del valle del río del Diablo, que tiene bastante de aquella misma aspereza. El camino, después de cruzar un valle lateral, sube de nuevo a la meseta, para luego, y por última vez, empalmar con la ruta principal.

Aquí, en donde el camino se acerca de nuevo al río, este valle despliega la auténtica clásica belleza de las soledades. El río es ya una ancha corriente cristalina que fluye sobre lisas lajas bien pulidas de piedra caliza amarillentas, y en sus riberas crecen árboles de gran porte y frondosos en cuyas ramas se entrecruzan los bejucos, y más altos que ellos los cerros circundantes alzan sus puntiagudos picos. El lecho del río es interesantísimo, y la transparencia del agua tan límpida que en su marmóreo fondo se ven hasta sus más mínimos objetos. En ciertas grietas en donde el lodo se ha asentado, los carrizos tienen sus raíces bien afianzadas. La lujuriente vegetación del valle, salpicada de peñascos desnudos, y de altos árboles de hojas espejadas como el agua, e islas de carrizos enraizadas en las partes lisas del río, son distintivos raros vistos en un cuadro. Panorama éste de belleza brillante y de callada soledad.

Los restos de un rancho hecho de ramas, y de un fogón cercano, se veían desde el camino que pasa por la parte más baja del valle. Aquí, hace años, cuando esta región era menos frecuentada, se me dijo que encontraron los restos de un cuerpo humano. Unos negros prófugos de Texas se ocultaron aquí, y urgidos por el hambre mataron dormido a uno de sus compañeros y se lo comieron para salvar la vida, pero luego se arrepintieron y se entregaron voluntariamente a la justicia.

En pocos días de viaje desde el este del río del Diablo se llega a los establecimientos de Texas. La meseta a la cual se asciende por entre desfiladeros rocosos, baja gradualmente desde allí, y el paisaje cobra a cada paso más aspecto de parque. Con el mayor riego aumenta también la presencia de animales de caza, y sigue siendo así después de pasar los primeros poblados. Mientras rodábamos, el mayoral mató, en un solo día, tres venados a la orilla del camino. En ninguna otra parte de América abundan más los pavos que en las vecindades del río del Diablo. Varias veces vimos huellas de león, y en una de las primeras casas que encontramos hallamos a los niños jugando con tres oseznos.

Viniendo del oeste nos encontramos en el Fuerte Clarke con los primeros pobladores de esta ruta. Este es, o era entonces, el más remoto puesto militar de Estados Unidos en ese camino. Con el propósito de mostrar al lector un ejemplo de los contrastes americanos, diré tan sólo que en una tienda contigua al fuerte había de venta frutas en conserva, boquerones, ostras encurtidas y champán. En el camino, más al este, está el Fuerte Inge, al sur del cual pasamos al poco rato. Los mexicanos llaman a este último puesto militar de Estados Unidos Fortín de la Leona, y al primero Fortín de la Mora.⁴¹

Además de esos fuertes, el primer establecimiento que encontramos está en donde el camino cruza el río Sabinal. Es un edificio bien construido, cerca del cual se estaba construyendo otro. La posición que ocupa es ideal, y pronto será sin duda una localidad de cuenta. Hermosos especímenes del ciprés texano, llamado por los mexicanos sabina, crecen junto al río; son los primeros que se ven en este camino cuando se viene del oeste. El Cañón de Uvalde, que Víctor Considerant compró para hacer de él y su fracasada colonia su segundo hogar, queda aguas arriba de este río.

D'Hanis, al este del río Seco, fue el primer poblado de muchas casas que encontramos. Es una aldea de emigrantes oriundos de Alsacia y Würtemberg. Antes de llegar a él encontré a un hombre en el camino al que en vano hablé primero en inglés y después en español; al fin me dijo que era alemán de Alsacia. En esta región occidental de Texas hay varios establecimientos de alsacianos, y me llamó la atención que todos dijeron ser alemanes.

En el río Hondo fui bien recibido en una casa de las orillas del camino, habitada por una familia de Würtemberg. La ama de casa y su hermana, genuino tipo ésta de la "Schwabemädle", insistieron en que me sentara a la mesa con ellas, sobre la cual humeaba un succulento "spätzle". El marido de la señora, suabo puro, en respuesta a una pregunta mía de si le gustaba el lugar, me respondió: "Por de pronto está bien, pero ¿qué vale todo esto si no hay cerveza ni vino?" Pasando por Vandenburg, Quihi y Castroville, pueblos todos habitados por alsacianos y alemanes, llegamos a San Antonio, la ciudad más importante del oeste de Texas, en donde una vez más me reincorporé a la vida civilizada.

Probablemente el lector piense que describí de manera muy imperfecta la última etapa del viaje que hice de río Grande a San Antonio. La extensión que ya ocupa este Segundo Libro me obliga a mantenerme dentro de ciertos límites; pero si se digna acompañarme lo llevaré otra vez a recorrer estas calladas soledades y yermos en el Tercer Libro de esta obra.

⁴¹ Los norteamericanos adulteran constantemente este nombre convirtiéndolo en Fortín del Moro, y asimismo cambian el nombre del río de Mora, el cual desagua en el río Grande, convirtiéndolo en Moro Creek. Mora en español es el nombre de un arbusto, y éste da el nombre al fortín del río. Tal nombre nada tiene que ver con la palabra moro.

El número y la índole de los pobladores alemanes del oeste de Texas eran para mí casi completamente desconocidos, cuando, al llegar a San Antonio, me encontré de repente en un círculo de paisanos bien educados, quienes me recibieron con exquisitas muestras de bondad y simpatía. La sorpresa fue grande y muy agradable. Yo tenía pensado seguir viaje a Nueva York sin parar en el camino, pero ante la coyuntura cambié de planes, y también decidí visitar a algunos amigos radicados en el Guadalupe superior. El grupo de establecimientos alemanes en esta localidad es de gran interés, sobre todo desde el punto de vista de la civilización que han llevado a esas soledades, cosa que ha sorprendido a los anglo-americanos que pasan por allí. Bartlett, y también Olmsted, se expresaron favorablemente de ellos. El viaje de San Antonio para allá lleva un día. Al final de mi jornada tuve que cruzar el Guadalupe, pequeño río como son todos los de esta región, bordeado de cipreses y otros árboles igualmente bellos; el lugar por donde se le cruza rebosa de belleza, como muchos parajes de por aquí. La corriente, que a menudo es límpida, estaba un poco crecida, y, visto que montado es más difícil evitar las raíces y troncos de los cipreses, dejé que mi caballo me siguiera, y yo, con el agua al cuello y sosteniendo mi ropa con las manos en alto, crucé el río a pie. Continuos aguaceros de la noche siguiente hicieron subir su nivel por lo menos veinte pies, por cuya razón retrasé mi regreso a San Antonio hasta que la corriente bajó. Esas llenas, cosa común en los ríos de Texas, son un gran impedimento a toda clase de comunicaciones, además de peligrosas para el viajero imprudente. Las llenas repentinas han arrastrado ganado, gente y vagones acampados en las cercanías del río. El agua permanente de los ríos de esta región es agua clara de las fuentes, a cuyo caudal afectan poco los cambios atmosféricos. Estos ríos, sin embargo, son el drenaje de vastas praderas y terrenos montañosos, los que en la estación seca se agostan, pero cuando llueve reciben aguas en exceso. De esto sólo absorbe la tierra una pequeña parte, por ser muy dura, y por consiguiente toda el agua que invade una extensión de muchos centenares de millas cuadradas, se agolpa en un río estrecho y hondo, al cual llena con tal rapidez que lo hace subir de 20 a 30 pies sobre su nivel normal. Igual que en el valle del río del Diablo, aquí, en las riberas del Guadalupe, vi trozos y ramas de árboles enganchadas en las ramas cimeras de árboles altísimos.

Tan pronto como pude continuar mi viaje dispuse irme en la diligencia que de San Antonio sale a medianoche para Indianola. El cochero me prometió, según es costumbre allá, pasarme sacando en casa del amigo donde me hospedaba. Esta era de una sola planta, y el cuarto en donde dormía con mi amigo Mr. S. tenía una puerta de vidrio que daba al patio. A fin de estar listo a la hora que llegara la diligencia, me acosté vestido, y había dejado una luz encendida para que el cochero pudiera verme mejor y me despertara. La puerta, cosa corriente en Texas, no tenía llave.

Había dormido un rato cuando me despertó un disparo dentro del cuarto, y al incorporarme vi a Mr. S. luchando con un hombre que en su mano derecha tenía un revólver de seis tiros. Mr. S. trataba desesperadamente

de quitárselo, pero al levantarme, el hombre me hizo un disparo que por suerte erró, mas luego entre los dos pudimos sacarlo del cuarto sin poder echar llave a la puerta. En vano buscamos un arma. Mr. S. no tenía ninguna en su cuarto y yo había disparado los tiros de mi revólver antes de acostarme sin pensar que podría necesitarlos. Nuestra situación era, pues, verdaderamente crítica; el intruso metió la mano rompiendo el vidrio de la puerta y apuntó primero a Mr. S. y luego a mí. Tuvimos que tirarnos al suelo detrás de la parte baja de la puerta que era de madera, tanto para protegernos como también para mantenerla cerrada. En esa incómoda posición estábamos cuando mi amigo vio cerca un trozo de cuerda. Hizo con ella rápidamente una gaza y lazó la mano del bribón, haciéndolo de ese modo nuestro prisionero. Este hizo todavía un tercer disparo con el mismo vano resultado; y entonces metió la cabeza en el cuarto buscando cómo soltarse, pero aquí yo pude arrebatárle el revólver. En la ofuscación del momento apunté a la cabeza y disparé; erré ese tiro y también los dos que quedaban en el tambor. En seguida le echamos la cuerda al cuello y a la fuerza lo metimos en el cuarto pasándolo por entre el roto cristal de la puerta. Mientras lo atábamos llegó el celador que había oído los disparos, y no sólo se hizo cargo del prisionero, sino que también le echó, el guante a un cómplice que encontró escondido en el patio. La diligencia llegó cuando ya los dos tipos estaban a buen recaudo. Mi amigo y yo nos felicitamos mutuamente por haber salido ilesos, y pronto olvidé la tragicómica aventura. ¿Y cómo no iba a olvidarla pronto si cada cinco minutos la diligencia daba esa madrugada terribles tumbos y bandazos, y se hundía en lodo hasta más arriba del eje?

Supé después que los asaltantes eran irlandeses desertores. En Noviembre me hallaba de nuevo en San Antonio en viaje a California, y me contaron que estaban todavía presos y a punto de ser enjuiciados; que sólo esperaban mi llegada para testificar en el caso. Pero seguí en San Antonio dos meses y el juicio en veremos; al fin los dejaron libres sin imponerles ninguna pena.

Esa jornada en diligencia fue de lo más "sui géneris", y probablemente hubiera sulfurado a un viajero menos curtido; pero a mí y a mis compañeros nos divirtió de lo lindo. Pagué, si no recuerdo mal, doce dólares y medio por el asiento, precio por el cual se me concedió el privilegio de caminar tres cuartas partes de la distancia —unas 160 millas— y me vi obligado a ayudar a sacar la diligencia de fangales en que hubiera quedado atollada. El lector apenas podrá imaginarse por las que tuve que pasar. Sin entrar en detalles, diré solamente que ese fue el trabajo más duro y sucio que jamás hice en mi vida. Como todos los viajeros que de la vida salvaje pasan a la civilizada, me había pertrechado de ropa nueva de la cabeza a los pies, y todas mis galas se convirtieron en colgajos en esos dos días de viaje. En Indianola tuve que tirarlo todo y comprarme otra ropa. En la brega con los lodazales perdí mi libro de notas con cartas y valiosos datos.

Sábase que Indianola es de origen alemán. Me llamaron por mi nombre apenas salí a la calle, y reconocí a uno de los dos compañeros con quienes había viajado de San Juan del Norte a Granada, en aquella lejana Nicaragua, pero que estaba radicado aquí. Mr. S. se llevó a su casa mi equipaje del hotel, y desde ese momento fui su huésped. Ni para qué hablar de sus finezas.

De ahí a pocos días tomé el vapor que hace la travesía a Nueva Orleans. El viaje no tuvo otra novedad que la de haberme encontrado allí en compañía de varios oficiales del ejército de Estados Unidos, cuyos refinados modales corrían parejas con el interés que demostraron en todo tema de orden científico.

En Nueva Orleans era yo un extraño. Esta ciudad es en muchos aspectos muy interesante, y me hubiera gustado quedarme allí unas semanas más, pero esa época del año era nefasta para mí. La fiebre amarilla, que en el verano de 1853 hizo estragos, acababa de desatarse; todo aquel que podía se apresuraba a dejar la ciudad, así que yo decidí tomar el vapor del día siguiente para San Luis. A bordo, como era de esperarse, iba gente enferma, pero, por cuanto se supo, sólo uno murió en el viaje.

Estuve en San Luis dos días, los que pasé principalmente en compañía de un amigo de la infancia, y quien, como yo, había estado en el "bravío oeste". En el río Grande y en el Estado de Chihuahua yo había seguido los pasos del doctor Wislezenus.

El resto de mi viaje a Nueva York lo hice en el tren que desde San Luis, al sur de los Grandes Lagos, cruza directamente el país, y después desde Albany a lo largo del río Hudson. Regresé tras una ausencia de poco más de trece meses.